

# DESPUÉS DE MATAR AL OSO PARDO

JOSEMARÍA  
CAMACHO SEVILLA

---





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
Rector

M. en S.P. María Estela Delgado Maya  
Secretaria de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz  
Secretario de Investigación  
y Estudios Avanzados

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez  
Secretario de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz  
Secretario de Difusión Cultural

M. en C. Jannet Valero Vilchis  
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez  
Secretario de Administración

M. en E.U.R. Héctor Campos Alanís  
Secretario de Planeación  
y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García  
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en C.S. y Pol. Gabriela Fuentes Reyes  
Abogada General

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz  
Director General de Comunicación Universitaria

M. en R.I. Jorge Bernaldez García  
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González  
Directora General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
Contralor



Después de matar  
al oso pardo

14º PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA  
"IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO", 2016-2017

Josemaría  
Camacho Sevilla

JURADO

Héctor Orestes Aguilar, México  
Anamari Gomís, México  
Juan Arnau, España

COMITÉ ORGANIZADOR

Edgar Miranda Ortiz  
Gabriela E. Lara Torres  
Alicia Gutiérrez Romo

# DESPUÉS DE MATAR AL OSO PARDO

PQ  
7298.413  
.A363  
D47  
2017

Camacho Sevilla, Josemaría, 1979-

Después de matar al oso pardo / Josemaría Camacho Sevilla.--[1ª ed.-- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2017.]  
[189 p. ; 23 cm.] --(Colección Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-838-0

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.



Universidad Autónoma del Estado de México

*"2017, Año del Centenario de la Promulgación de la Constitución Política  
de los Estados Unidos Mexicanos"*

## PRESENTACIÓN

Primera edición, agosto 2017

*Después de matar al oso pardo*  
Josemaría Camacho Sevilla

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote.  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36  
<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:  
Camacho Sevilla, Josemaría (2017), *Después de matar al oso pardo*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-838-0

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

Juan Rulfo describió al pensador liberal Ignacio Manuel Altamirano (Tixtla, Guerrero, México, 1834-San Remo, Italia, 1893) como “la figura literaria de mayor relieve en su época, tanto por su obra personal como por su incansable labor en la ciencia y la cultura, así como por la influencia que ejerció en estimular a los escritores de varias generaciones”.<sup>1</sup>

Altamirano cursó sus estudios preparatorios en el Instituto Literario de Toluca para luego estudiar Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán. Liberal jacobino, defendió sus ideas políticas con sus escritos, pero también con las armas. Alguna vez dejó asentado que a él le hubiera gustado dedicarse exclusivamente a la literatura, pero su época y las circunstancias políticas de la naciente república mexicana lo llevaron a luchar política y militarmente en favor de la libertad, la república, la soberanía nacional y la educación pública.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México es motivo de orgullo y de contento auspiciar el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, 2016-2017, pues este certamen, que va en su decimocuarta edición, tiene por objeto honrar a este héroe nacional e ilustre egresado de nuestra alma máter y, paralelamente, promover la creatividad

---

<sup>1</sup> Juan Rulfo, “Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)”, en Julio Moguel (coord.), *Altamirano. Vida. Tiempo. Obra*. México, Cámara de Diputados/Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública/Juan Pablos Editor, 2014, pp. 21-22.

literaria de los narradores de habla hispana, al tiempo de estimular el goce estético y el pensamiento crítico en los lectores.

La presente novela, *Después de matar al oso pardo*, del escritor capitalino Josemaría Camacho Sevilla, fue electa como ganadora del premio por el jurado del concurso que conformaron los escritores mexicanos Héctor Orestes Aguilar y Anamari Gomís, así como por el narrador español Juan Arnau.

Deseamos que las voces narrativas de esta obra polifónica abra nuevos diálogos con críticos, estudiosos y lectores en general de todas las latitudes donde se habla español, y que su autor confirme el valor de su producción en ese coloquio infinito que sustenta la República de las Letras.

DR. EN ED. ALFREDO BARRERA BACA

Rector

Escribo esta historia porque el editor en jefe de una casa editorial monstruosa quiere su nuevo *bestseller* de superación para el verano y ya casi no quedan sobrevivientes del Holocausto —ni veteranos de Vietnam— suficientemente cuerdos como para hilar una narración coherente. Hay que buscar héroes un nivel más abajo. En mi grupo somos pocos los que terminamos una carrera y los que aún podemos, después del accidente que sufrimos, formar ideas abstractas. Somos pocos también, tres o cuatro, los que hemos abierto un libro en los últimos, digamos, seis meses. Que me guste leer, sin embargo, no significa que sepa escribir, así como el hecho de que haya sobrevivido a un avionazo tampoco significa que sea un sobreviviente, al menos no en la acepción de esa palabra preferida por la mayoría: la de *héroe*. En fin, veamos cómo me va. Me llamo Marcial y soy una de las 27 personas que no murió el 25 de octubre de 2019 en la caída del vuelo 405 de Bravo Air, cerca del Pico de Orizaba, en la comunidad de Atzitzintla.

Muchas personas sueñan recurrentemente con accidentes aéreos. Es un sueño muy común porque refleja un miedo también muy común: el miedo a volar. Yo le llamaría temor colectivo o incluso, aunque en distintos grados, universal. La gente sueña con el motor incendiado, con la caída, con las alarmas y los gritos. Se despierta jadeando, toma aire, se tranquiliza y vuelve a dormir. Pero algunas veces los sueños son más que simples divagaciones de la imaginación libre. Mi madre, por

ejemplo, soñó una noche que se levantaba de la cama a oscuras, corría la cortina y veía un avión en llamas cruzar el cielo hasta perderse detrás de un edificio. A la mañana siguiente se despertó con el timbre del teléfono, una voz ronca le dijo que su tío acababa de morir en un accidente aéreo, durante la madrugada, del otro lado del mundo. Fue un sueño premonitorio que derivó en una pérdida humana y en el hábito familiar de llamarle *bruja* a mi madre. En mi caso la pesadilla del accidente aéreo no es tampoco sólo un sueño, es más bien un recuerdo dolorosamente detallado.

Desde que sucedió, el accidente no ha dejado de suceder. Cada vez que veo pasar un Aeroméxico, un KLM, un British, cada vez que escucho un auto con el escape roto, cada vez que siento en el cuerpo la vibración de las patas de una silla que derrapa, estoy ahí de nuevo. Las hormigas vuelven, se me trepan al cuello, y se esfuman de nuevo la esperanza y la responsabilidad que perdí esa mañana. Me vuelvo más ligero que la posibilidad de ser ante la totalidad del tiempo. Lo que sucedió sucede, es una constante, como una grieta en el correr de la historia que me dejó sumido en un instante, atrapado, inmóvil.

Me parece un buen momento para advertirle al lector que las que encontrará aquí, más allá de su calidad literaria, no serán crónicas felices.

No sería justo decir que voy a narrar lo que viví porque, con el pasar del tiempo, he incorporado a la vivencia y al recuerdo cosas que entonces no sabía pero que aprendí después y reconocí en retrospectiva. En el momento justo —un momento de poco más de tres minutos de longitud, de las seis cincuenta y cinco a las seis cincuenta y ocho de la mañana—

no entendí casi nada de lo que sucedió. En mi memoria, hoy, la madeja de sucesos se ha vuelto más real, con más detalles. Los gritos se han evaporado, la sangre regresó a la tierra y el fuego se extinguió. Pero el hecho permanece. Yo mismo ya no soy el que era. Trataré de ser fiel a lo que vi y a lo que sentí, explicaré algunas causas y algunos desenlaces; haré referencias técnicas y pronunciaré nombres propios.

Vamos, pues, al principio.

Tenía que ir a Veracruz a visitar a un proveedor. Soy gerente y socio de una cafetería literaria en Coyoacán. *Café Verne*, en la calle Carrillo Puerto, cerca de la placita del centro. Las últimas veces el grano de Coatzacoalcos que me enviaba mi contacto en el Puerto venía diferente. Él lo compraba siempre a un mismo productor, lo tostaba y me lo enviaba aún humeante en un camioncito de esos que están hechos para ciudad. Cada quince días venía un chofer y un ayudante, descargaban y se iban. El tostado se le había pasado las últimas ocasiones. Se notaba. No soy ni pretendo ser un experto, pero sabía a quemado, como el que venden en el *Jarocho* a unas cuadras de mi local.

El vuelo más barato salía a las 6:20 de la mañana. Estaba en el aeropuerto a las cinco. No me llevé el coche de mi socio aunque me lo ofreció. Hice cuentas y me pareció muy poca la diferencia de presupuesto. Irme en avión costaba 2,300 pesos, contra 1,900 de casetas y gasolina que tendría que pagar yendo en coche. Una hora contra cinco o cinco y media, además. Estaría a las 8:00 en el puerto, en el expendio del proveedor, escuchando su interminable discurso sobre los tiempos de tostado. Volvería al aeropuerto de Veracruz a las 11:30 y estaría de vuelta en el D. F. después de la comida.

No quiero perderme en detalles. En la sala de espera las cosas fueron como son siempre, pero con pocas sillas y pocos pasajeros. A los vuelos locales les asignan las puertas más pequeñas. Hubo filas como las que se hacen para esperar el microbús y que no son necesarias; hubo café demasiado insulso, demasiado tarde, demasiado caliente; hubo gente corriendo al baño de último momento; hubo micrófonos y pequeñas bocinas de mano escupiendo instrucciones de abordaje que pocos atendieron.

En la línea de abordar la gente ya traía las ganas de sentarse y echarse una siesta. Las seis de la mañana es muy temprano, sea cual sea la ocupación de uno o su vocación o su edad. Si se quiere llegar a un punto de sueño profundo en estos vuelos tan cortos, uno tiene que sentarse, ajustarse el cinturón y cerrar los ojos de inmediato, sin hablar ni oír ni ver a nadie. El vuelo es un parpadeo, ni siquiera hay refrescos ni cacahuates. No hay tiempo de dejar caer la quijada. Tengo la impresión de que el avión no alcanza a subir hasta la altitud de crucero antes de comenzar ya el descenso. Debe ser así porque en otros vuelos el ascenso dura casi treinta minutos, más de la mitad de este trayecto. Una chica joven llevaba una falda corta. Era muy linda, la recuerdo bien. No traía maquillaje y se le notaba ese mal humor que traíamos todos. Me concentré en mirar sus piernas para pasar el rato.

Abordamos. Hay cosas de las que uno se entera sólo después de que su avión se cayó y tuvo que asistir a interminables sesiones declaratorias ante autoridades de todas jerarquías. Como el modelo, por ejemplo. Era un ERJ 135, diseñado a finales de los noventa por una empresa brasileña. Se trata de un avión pequeño utilizado para viajes regionales en distintas partes del continente. Este ejemplar específico acababa de recibir mantenimiento completo dos meses atrás. Al avión le

caben 50 pasajeros y seis tripulantes. Sus motores son Rolls Royce. Los pilotos que vuelan estas naves son los últimos en la cadena de mando, por lo tanto, son jóvenes y tienen muchas horas de vuelo y pocas de sueño acumuladas en la semana. Su esquema es de seis días de trabajo por uno de descanso, pero como sus trayectos son tan cortos, a menudo estos personajes llevan una semana laboral con cuatro o cinco recorridos por día sin haber descansado más de ocho horas entre una noche y la mañana siguiente. Por otro lado, Bravo es una de esas aerolíneas de bajo costo que ahorran hasta en el papel de los pases de abordar. Digamos que la licencia para volar estos aviones es más fácil de obtener y la formación de sus pilotos, por lo tanto, es más barata y austera. Repito, son cosas de las que uno se entera después de que aterrizó de emergencia, si a ese tremendo panzazo se le llama aún aterrizar, cerca del pico más alto del país (5,636 metros, si quiere usted el dato). En ese momento sólo vi tres sacos color azul marino, el pequeño logo de las alas extendidas de Bravo y una gorra de chofer en cada una de las tres cabezas. Dentro del saco y debajo de la gorra, tres jóvenes sonrientes. Uno de ellos con un notable barro en la nariz, recién exprimido, y otro con el pelo corto pellizcado por los bordes de la gorra, de manera que el cuero cabelludo se le veía incómodo y blanco alrededor de la cabeza. Jóvenes, sí. Muy. Choferes jóvenes, lo pensé desde que los vi por primera vez.

La azafata me indicó que me tocaba en medio, a la altura de las alas, como si yo no pudiera leer los signos y los números de cada asiento. Sonreía falsamente y me daba la indicación de seguir por el pasillo con una actitud maternal. Su mirada ya buscaba el boleto del tipo que venía detrás de mí. La miré bien aprovechando la concentración con la que hacía su trabajo de acomodador de teatro: tenía un prendedor con la palabra

Amelia y, debajo, debajo del saco y la blusa y un brasier encajado y de varilla, se adivinaban unos pechos grandes y macizos. Debía tener unos cuarenta y cinco años, caídos sin gravedad sobre las tetas y acumulados a un lado de los ojos en forma de pliegues, como anillos en el tronco de un árbol. Algo tengo con la figura de la azafata. Algo tenemos muchos. Pero no es sólo el uniforme, sino la autoridad y la actitud de *cercanía alcanzable* que proyectan, su amabilidad, el aroma de flores que despiden siempre sus cuellos y el de poliéster gastado y fibra sudada que despiden sus uniformes. En definitiva, la forma en que fingen que nada las sorprende, la forma en que desfilan por los pasillos, agujoneadas de miradas que se clavan en sus curvas más cerradas, en sus vientres, en sus entrepiernas, y la heroicidad con la que se vuelven parte del avión, un robot, un fantasma que cruza cada tanto provocando escalofríos sin clavar la vista en ningún ojo.

Seguí mi camino hacia el 8D, junto a la ventana. Avión pequeño. Había perdido de vista la falda y las piernas de la sala de espera. Las dos primeras líneas de asientos estaban muy separadas entre sí: *business class*. Me pregunté quién sería el imbécil que pagaría más por viajar cincuenta minutos con las piernas estiradas. Alguien lo haría, por supuesto: el vuelo venía lleno. Imaginé el momento en el que un hombre subiría al final, con un traje ajustado, y se sentaría en esas primeras filas con aire de suficiencia. Estiraría la mano para que Amelia le retirara el saco. Por eso pagaba, por el protagonismo, y no tanto por estirar las piernas. ¿Cuánto más cuestan esos asientos? Esa información no forma parte de la lista de cosas que descubrí después.

Llegué a mi lugar junto a la ventanilla. Los motores en estos aviones no penden de las alas, sino que están montados en la parte de atrás, debajo de los estabilizadores horizontales

(esas pequeñas *alas* de la parte posterior). Desde mi lugar en la ventanilla derecha sólo veía pavimento y ala: sobre los *flaps* pintado un letrero que decía *no pisar*. Había un aroma a chicharrón de cerdo o a fritura de maíz. El asiento estaba lleno de un polvillo blanco, azúcar quizá, y la revista estaba hecha bolas en el bolsillo del asiento delantero. Mis rodillas tocaban el respaldo de plástico de enfrente. Mido 1.73, no soy muy largo. Estos aviones son más incómodos que los vagones viejos del metro.

Justo a la altura de la fila de asientos que quedaba frente a mí se colocó Amelia. Inmune a mis miradas hizo la pantomima de los chalecos salvavidas a pesar de que volaríamos siempre sobre tierra firme. Podríamos accidentarnos justo encima de una presa o de un lago. Despegamos después de las indicaciones. Traté de dormir pero nunca he podido hacerlo en los aviones. Nunca más podré.

Un ruido como de bultos cayendo sobre el suelo fue el presagio, aunque entonces nadie sospechaba nada aún. La mayor parte de los pasajeros permaneció dormitando. Una mujer rubia de la fila cuatro giró el cuello tratando de encontrar la causa del ruido en alguien abriendo un maletero, pero no la encontró. Se notaba nerviosa. Al frente, hasta delante, vi al hombre de traje ajustado que había imaginado. Llevaba el pelo corto, enrulado, peinado con gel como si no fueran las seis de la mañana. Se levantó para ir al baño. Echó una mirada atrás buscando a su vez miradas que atestiguaran el triunfo que significa viajar en el frente de un avión, aunque ese avión sea de una aerolínea de bajo costo y se dirija a Veracruz. Entonces la cosa comenzó a suceder. El aire se ralentizó, se hizo espeso. Se inundó la cabina con una niebla invisible penetrada por los focos indicativos que se encendieron a continuación.

El mismo sonido de alerta, tranquilo y dulce, con un eco sensual, sonó dos veces. La primera acompañó el símbolo de abrocharse los cinturones; la segunda era un llamado a la azafata en jefe para que fuera de inmediato a la cabina. Amelia estaba a la mitad del pasillo, a la altura de la fila 11 o 12. Caminó a paso firme hasta la estación frontal y descolgó la bocina. Su rostro se endureció un poco, según alcancé a ver desde la distancia. No sonreía. El ruido de bultos sueltos volvió, esta vez más fuerte y por partida triple. Pasábamos la media hora de vuelo. Aparentemente íbamos unos minutos por delante de lo proyectado. El último golpe de esa serie de tres sonó más metálico, sin alfombrar. En este momento ya había comenzado el infortunio, aunque no habíamos recibido instrucción alguna. Las cosas inusuales seguían siendo mucho menos numerosas que las normales. Me refiero a que el avión seguía su curso, el sonido, salvo por los golpes referidos, era normal: turbina, seseo apaciguado, aire acondicionado. Supongo que los pasajeros asustados, en ese momento, éramos muy pocos. El hombre de traje seguía en el baño, la mayoría seguía dormida. Lo raro, en realidad, era sólo el rostro de Amelia y la llamada desde cabina justo después del símbolo de ajustar cinturones.

Que el avión siguiera su marcha —y la vida y el mundo—, no garantizaba que las cosas iban bien. La estabilidad nunca garantiza nada. Uno de los motores había fallado, suficiente como para que el vuelo rutinario y provincial comenzara a escribir noticias en el mundo. Pero eso aún no lo sabíamos. Sólo los tres de cabina y, quizás, Amelia. El devenir atroz es, sin embargo, una demoledora. Siempre viene, siempre. Algo terrible está por suceder en cualquier lugar a cada momento, no hay escapatoria. Visto con perspectiva, lo raro es lo más común del mundo. La tragedia está delante o abajo o encima de nosotros, de cada uno, a cada minuto. Elegimos no verla, pero

esa decisión no la dispersa ni la hace menos real. Comencé a sudar. Mis manos primero, el cuello después. La frente.

Probablemente fui uno de los primeros que pensó que moriría esa mañana.

Amelia fue al fondo y volvió corriendo al frente. Tenía un estuche en la mano. Las otras dos sobrecargos se amarraron a sus asientos. Yo giraba el cuello para mirar hacia el frente y hacia atrás, como imbécil. Se escuchó un ruido viciado, el de un micrófono cerca de una bocina. La voz de Amelia ya no era dulce. Dijo “su atención, por favor” y conjuró dos eventos insospechados que sucedieron a la par: un bajón del avión como atravesando una *bolsa de aire*, sea lo que eso signifique, y la caída de las máscaras de oxígeno. El escándalo en cuarta dimensión me retumbó en el fondo del estómago como estoy seguro de que sucedió con cada uno de los pasajeros. Crac, sonó, y máscaras color amarillo cayeron de golpe rebotando en ángulo quebrado, a la par, siguiendo una macabra coreografía. Todos despertaron de golpe, incluso los que veníamos ya despiertos.

El micrófono de Amelia estaba abierto. Los manotazos a las mascarillas comenzaron. Teníamos el pecho helado. El hombre sentado a un lado de mí quiso agarrar el descansabrazos y me tomó la mano. La mujer de mi fila, pero del otro lado del pasillo, recogió los pies y los escondió en tensión debajo de su asiento, como si estuviera dispuesta a saltar de un trampolín. En ese pequeño momento, uno o dos segundos, el miedo no había terminado de apoderarse de nadie. Esperábamos una indicación menor: despresurización, mascarillas como medida muy preliminar de seguridad, mal tiempo, qué sé yo. Buscamos tranquilidad en la mirada de otro pero no

la encontramos. Al contrario, en cada contacto visual, cada vez que se cruzaban dos miradas, había chispas: una mirada espoleaba el terror en la otra. Un minúsculo relámpago atravesaba la cabina, de adelante atrás, de un lado a otro. El fuego eléctrico se atizaba a sí mismo, el miedo explotaba en truenos torácicos, detrás de los ojos. Éramos partículas inquietas revolviéndonos unas a otras, alejándonos dramáticamente de la quietud a cada interacción. El miedo se contagia convertido en pavor, en pánico, en muerte. Y la muerte es una cabrona. Rondaba los pasillos, pero el avión seguía volando recto, no parecía que hubiera ninguna falla desastrosa. Afuera había humo, quizá, saliendo de la cola del avión, hacia atrás. Pero dentro nada. Siempre imaginamos los aviones como eventos instantáneos, explosiones, caídas a pique, desesperación inmediata. No, la muerte empieza a envolver el avión en un manto frío con una lentitud desesperante aunque inexorable. Yo pensé en el hombre de los rulos cortos con gel dentro del baño. Estará preocupado de no haberse meado el pantalón en ese ríspido atravesar de bolsa de aire, pensé, estará sentado en el piso, pataleando y resbalando los mocasines en su propia orina, intentando a la par incorporarse y cerrar el esfínter. El hecho de que siguiera en el baño me hacía sentir, sin explicación racional alguna, un hilo de esperanza. Hay alguien en el baño que no ha visto caer las mascarillas de oxígeno, el avión sigue en posición horizontal –aunque se escuche un ruido extraño de metal retorciéndose de a poco, aunque el motor suene acelerado y exhausto—, por lo tanto, todo está bien, o no tan mal. Busqué la mirada de Amelia. Muchos pasajeros asomaron por encima del elástico de las máscaras que bailaba haciendo ochos frente a sus rostros. Buscaban lo que siempre buscamos en un vuelo: la sonrisa tranquilizadora de la azafata. Amelia no sonreía, las otras dos estaban sujetas a sus asientos

en la parte posterior de la nave. Por fuera el cielo ya era del azul del mediodía, diáfano y profundo a la vez, aunque aún fuera tan temprano. De no haber sido por las máscaras, una fotografía de ese momento podría haber pasado por recuerdo del verano, de la tranquilidad de unas vacaciones en la playa. Habían transcurrido apenas unos segundos. Jalé la mascarilla. Amelia tomó aire y espetó un *tranquilo* tan falso, que pudo haber sido un *jálense los pelos, estamos por morir* y habríamos entendido lo mismo. Su expresión facial era realmente el lenguaje, no la voz articulada. *Colóquense las mascarillas y júlenla para recibir oxígeno. Hay problemas con un motor y aterrizaremos de emergencia en unos segundos. Ajusten sus cinturones y colóquense en posición de choque.*

En la escuela de azafatas está desterrada la palabra *choque*. Confinado aún más lejos, encerrado en un calabozo quizá, el término *posición de choque*. Es preferible usar palabras como *alerta, protocolo de seguridad* o *posición preventiva*. Pero el pánico y la responsabilidad, cuando se encuentran, tienen sus propias reglas. No era prevención, no había que estar alertas: había que prepararse para chocar a cientos de kilómetros por hora.

Puse las manos juntas sobre el respaldo del asiento delante de mí. Pegué la frente al cruce de mis dedos y miré la alfombra con intensidad. Ya el ambiente eran gritos y el incesante repique de la llamada de cabina, como una alarma. Lo que se estaría escuchando dentro de la cabina de pilotos... El hombre junto a mí no puso las manos al frente, prefirió arrugarse los pantalones a la altura del muslo. Más a mi izquierda la mujer junto al pasillo lloraba copiosamente. Una burbuja le salió de la nariz, no había cabida para el mínimo pudor. Miré sus

pies apretados dentro de sus zapatos, las venas saltadas como cañería antigua. Envejecimos mucho durante esos segundos. La esperanza había quedado muy atrás, kilómetros quizá, flotando en un aire helado. No se sentía aún la nariz del avión muy inclinada hacia abajo, no nos jalaba hacia atrás ninguna fuerza, pero el estómago trepado era el claro indicador de un descenso muy pronunciado. La presión que siempre tira de la piel del vientre hacia delante, ahora se sentía en la espalda, como si nos estuviéramos volteando hacia fuera. Caer, lo digo ahora a toro pasado, a avión caído, se siente muy parecido a volar. Sí, estoy haciendo trampa, es una frase que pensé mucho después, una metáfora que podría usarse como máxima de vida, como aforismo ingenioso de libro de apoyo. En ese momento sólo veía la alfombra plana, despeluzada, mis propios zapatos y el hilo de baba y moco de la mujer del asiento después del pasillo. No había poesía. Asomé por debajo de mi propio brazo para mirarla mejor. Su cabeza estaba demasiado gacha, yo jamás llegaría a acercarla tanto a mis rodillas. Estaba aterrada, como yo, pero con el rostro en consecuencia. Miró de lado, luego giró el rostro y me miró a los ojos. Podría decir que ese fue el momento en que perdí el último calor, aunque hubo un puente formado de aire amontonado, un instante de suspensión del miedo. Sus ojos, verdes y hendidos en sus cuencas, escondidos, variaron el foco, atravesaron la profunda capa de lágrimas y me vieron. En cualquier otra circunstancia esa mirada habría sido una sonrisa. No era una sonrisa, sino una despedida, quizá, o un imperio que se extingue.

Esos tres minutos fueron pura improvisación, nos entregamos al desatavío, comprendimos que la historia de la humanidad es una pizca de luz, es la historia del fuego cambiando de manos, consumiendo al tacto, transformando en

humo y memoria cualquier proyecto, cualquier intento. Seres primitivos cayendo. A quién le importa. Abajo, en Puebla, hombres y mujeres caminaban por los pasillos de sus oficinas y platicaban tomando agua en pequeños conos de papel. Alguien miraría hacia arriba desde la ventana de su oficina triste y vería una estela de humo. Eso éramos. Humo. En este avión que caía se podría haber caminado también, la burbuja inmersa en el fuselaje, los gritos y las máscaras, la mía, que me marcaba alrededor de la nariz y me lastimaba la barbilla, caían a la misma velocidad que el avión. Fuimos conscientes, me parece, de la totalidad y de la parte, del consciente y del subconsciente, de la futilidad y de la eternidad. Tres minutos son una filosofía entera desarrollada en sinapsis inauditas que no hubieran encontrado el terreno propicio para dispararse en otra latitud, en otro momento de la historia. Sócrates y Kant y Popper caían con nosotros. La historia de la literatura y el Siglo de Oro español caía. Y Shakespeare. Egipto, Roma, Inglaterra. Todos los reyes y los guerreros. Atila, Gengis Kan, Moctezuma y Bolívar. La membrana celular y las fases de la mitosis, las tablas de multiplicar, el álgebra avanzado. El hombre en la luna. Y el hombre. Y la luna. Caíamos. En ese momento las cosas encajaban, las piernas de la sala de espera apretujadas en esa breve falda verde, los senos de Amelia y su brasier haciendo la última marca muy debajo del pezón, en curva, en trabajo de cercenaje lento y perpetuo. Caía el mundo con nosotros. Chocaría contra el suelo de sí mismo, imploraría la percepción y la magia, las sensaciones y los cuerpos. ¿A dónde iría esa energía gastada y recuperada? ¿Quedaría embarrada junto con nuestros abdómenes entre las plantas y los hongos que crecen cerca del Pico de Orizaba? Que así es la forma en que las cosas desaparecen, detrás y delante de los párpados. Tres minutos eran mucho tiempo, un suplicio, la

pasión de Cristo y de los mártires, una vida entera, cincuenta y seis vidas arrancadas con espátula de alguna piedra, desgarradas por un árbol, llenando libros de registro —nombre, año de nacimiento, guión, 2019—, cortadas por una lámina en la que aún se alcanzará a leer, mucho tiempo después, *no pisar*.

Se acercaba el golpe. Del baño salió el hombre, tambaleante, y se apresuró a su asiento *business class*. Se amarró y se puso en posición. Caminando en un avión que cae. Amelia también se amarró y cerró los ojos, se apretó las orejas como tratando de evitar que la muerte entrara por ahí, agujeros sin párpados. Apretó también las piernas, en consecuencia. Los ruidos se hicieron agudos. No podría explicar satisfactoriamente la sensación. No parecía que estuviéramos volando, ni hacia arriba ni hacia abajo. Nadie hubiera creído que ese avión se estaba deslizando en cosa tan etérea como aire. Parecía arrastrado sobre grava, sobre piedra volcánica. El roce o el crujir del motor o de las manos de la muerte que abrazaban la nave, quizá sus uñas, rasgaban la cabina y las fibras musculosas más externas de los corazones. Se escuchó abrirse el micrófono, ese otro aire que sale de los parlantes, alarmas sofocadas y gritos dando órdenes al fondo. La voz de alguno de los pilotos, el tercero quizá, dijo *impacto en quince segundos, Dios nos ayude*.

Dios nos ayude significa *nosotros ya no podemos hacer nada*.

Justo antes del impacto hubo un silencio relativo. Las voces cesaron. Emergió el sonido de una grande y frenética bocanada colectiva. Aguantamos la respiración como los niños que brincan al agua desde la orilla de la alberca: imagino que varios inflamamos los cachetes. Y vino entonces el primer golpe.

Fuerte, muy fuerte, pero no tanto que nos hiciera polvo. Sentí una súbita presión por debajo de la barbilla, en el cuello, que atravesó hasta la parte occipital y me comenzó a arder la lengua. Algo colapsó. Por lo menos me rompí dos dientes. Tenía los ojos cerrados, no vi nada ni a nadie pero sentí de pronto un viento frío en la frente, como si tuviera el rostro mojado, y pensé que podría estar cubierto de sangre. El avión se había partido por la mitad, estábamos deslizándonos sin gracia por la tierra y el pasto seco a gran velocidad. Golpes, más, muchos. El avión no giró. La nariz se me incrustó en el rostro y por un momento pensé que había quedado ciego. Esperé el golpe final, resignado. El golpe que me llevaría en un instante al silencio absoluto y a ese otro caer en un abismo negro, que es como imagino la muerte. Apreté con las manos la cabeza esperando que una guillotina de acero sucio me cortara la punta, me dejara al descubierto los sesos. Algo me oprimía la pierna, ya no estaba echado hacia delante, sino rebotando la frente contra el plástico del asiento delantero. Lo abracé. Estaba sentado en posición recta. Me había explotado el rostro, lo sentía, pero no parecía haber perdido la conciencia. Me ahogaba y lloraba, me ardían los ojos. La pierna también me había estallado, la sentí helada y también sentí que el aire golpeaba la parte de adentro, debajo de la piel, el músculo o el hueso. Después la vibración fue haciéndose cada vez más leve, más. Y escuché el viento.

Me cuesta trabajo esta descripción. Está muy borrosa dentro de la telaraña de mis recuerdos. O no existe. Quizá se reconstruyó a partir de que abrí los ojos, como el mundo que se levanta cuando despiertas y crece hasta quedar finalizado poco antes de que logres ver por las mañanas, y yo inventé y reconstruí lo que había pasado. Quizás mis recuerdos no sólo

son inexactos, sino por completo falsos. El cerebro conjetura sin la necesidad de ordenárselo, como conjetura también que el mundo permaneció mientras dormíamos, con pequeñas mutaciones pero casi intacto. Cosas que nunca sabremos.

Tenía la mejilla apretada contra el asiento delantero. Abrí los ojos. Lo primero que vi fue una pierna en muy mal estado, con el pantalón y la piel abiertos como cuando se limpia un pescado, llena de sangre y con los huesos a la vista. Los músculos rasgados, unas zonas moradas y el pie volteado hacia un lado. Era la mía, tenía el pie perpendicular. Mis brazos estaban completos y mis manos también, aunque inconsolables. Tenía el pecho lleno de sangre y en los ojos sangre revuelta con lágrimas. Me llevé la mano a donde solía estar mi nariz. No la sentía, pero en realidad no sentía muchas cosas. Ni mis piernas ni la nariz ni un dolor tan agudo ni la muerte. Pensé por primera vez en los últimos tres o cuatro minutos que quizá no iba a morir aún y mi pecho se desajustó, se expandió levemente. Algo se me había roto en el costado, una costilla, el pulmón, un riñón. No lo sabía. Giré el cuello a mi izquierda, un hombre que no respiraba, muerto, en primer plano, con el rostro apretado, quieto y completo, vómito derramado sobre el pecho. No parecía haber sufrido un accidente de esta magnitud, pero era evidente que estaba muerto. Más atrás, movimiento. Al parecer la fila de asientos en la que estaba no había salido tan maltrecha. La mujer de los ojos verdes miraba abajo, pero miraba, estaba viva. Parecía seguir cayendo. O tal vez sólo tenía miedo de ver la masacre. Yo también lo temía. Humo y fuego en el fondo, más allá de la otra fila de personas incorporándose. La fila delantera se había deslizado hacia atrás del lado de la ventana, de manera que me oprimía la pierna derecha con fuerza y atrapaba apenas la izquierda. La mujer del otro lado del pasillo, en cambio, ahora gozaba de

mucho espacio, como el que tienen los asientos de *business*. Alcé el cuello un poco para ver hacia delante, una vértebra cervical tronó. Al frente había campo: veía el campo por el gran agujero. Así me enteré de que el avión se había partido por la mitad, como el Titanic. Pensé en la historia del Titanic pero, lo confieso, en una versión que me avergonzó: la película de James Cameron. Traté de hallar ahí en el fondo la otra parte del avión. No se veía, había quedado atrás. Esto último lo descubriría más tarde, cuando despertara y dos hombres cortaran un fierro para desprender el asiento delantero y liberar así mi pierna.

En ese momento me dejé dormir, porque tenía mucho, muchísimo sueño. Algo me jaló desde adentro hacia adentro y dejé de resistir. Estaba muy en paz.

El ruido de la sierra eléctrica con la que rebanaron el asiento me despertó. Un hombre tenía el rostro muy cerca del mío, supongo que quería saber si yo seguía respirando. Nunca he entendido la urgencia por recuperar cuerpos sin vida. ¿No tendrían que haberse cerciorado primero de que estaba vivo y luego ponerse a cortar fierro? El ambiente estaba húmedo, habían rociado con agua lo que quedaba del avión para sofocar fuegos. Junto a mí ya no estaba el cadáver: en efecto, atendieron primero a los muertos. Quizás piensen que hay que proteger a los sobrevivientes de esas imágenes. El hombre dijo *estás vivo*.

No sé cuántos bomberos estaban ahí, cuántas ambulancias, pero en cada una se veían las puertas abiertas y personas en camillas, otras sentadas con las piernas colgando, una cobija sobre los hombros y bebiendo agua. A todas las víctimas les ofrecen agua, ninguna la necesita. Lo que necesitan es salir del lugar, olvidarse de que son el centro de una tragedia. Tenía

inmovilizado el cuello. Lo que acabo de describir lo vi cuando me subieron a la camilla de ruedas en la que me rodaron hasta la ambulancia. Ya acostado, veía sólo cielo. Había aún una columna de humo que subía breve pero sin descanso, negra. Y una brisa como de lago al amanecer. Ya estaba el sol alto pero hacía frío, estábamos en un claro de bosque, cerca de la montaña. Mientras viajé en la camilla escuché poco. Sonidos de metales y herramientas, un chorro de agua de alta presión, voces cortadas disparadas de los radios que los rescatistas llevan encajados en el cinturón. Sin embargo, recuerdo que, por un momento, viendo hacia arriba y abstrayendo el mentón del socorrista que empujaba la camilla, veía cielo azul claro y pocas nubes, más bien disipadas, aunque de un blanco radiante. Y entre la herramienta y los radios se colaban, como burlas, los cantos de pájaros diversos. Podría jurar que se escuchaba el mar pero estábamos muy lejos aún de Veracruz. Otra cosa sería: motores de camiones lejanos pasando por la carretera, el viento golpeando los árboles de la región, las oleadas de sangre que corrían todavía por dentro de mi cuerpo, la liquidez de la vida que se escurre y regresa, poco a poco, en tres minutos. Casi podría decir que fue un momento feliz, empañado sólo por la intuición de que muchos habían muerto, comenzando por el hombre que me había agarrado la mano por accidente hacía apenas unos minutos y que ahora ya no existía.

Me subieron a la ambulancia. No me habían amarrado las manos pero me habrían inyectado morfina, porque estaba ligero y de buen humor. Me toqué la cara porque sospechaba una masa copiosa y seca entre los ojos y la boca. No tenía sensibilidad en la cara pero pude sentir con los dedos que tenía la nariz muy quebrada. Respiraba con tranquilidad por la boca. Tenía un sabor amargo en la lengua. Me miré las manos llenas

de sangre. Recuerdo haber tenido la conciencia clara de que era el momento ideal para dormir, al cuidado de ese hombre que después habría de visitarme en el hospital. Supe que si me dejaba ir, lo próximo que sentiría sería una cama seca y confortable y ya habría pasado lo peor. Pensé fugazmente en mi socio, en mis padres asomados a la cama, en los pajarillos que había escuchado unos instantes atrás. Bueno, ya está, se desplomó un avión y hay varios sobrevivientes, la mujer de los ojos verdes, otros más y yo. Mi vida sería diferente, por supuesto, pero seguiría siendo.

En realidad no estaba listo para morir, como supongo que nadie lo está nunca. Salvo cuando una larga enfermedad hace que se desee la muerte, los hombres nacimos para una única cosa: mantenernos vivos. Dormí quizás sonriendo. Pensé en la lluvia, en su olor.

Cuando volví a la conciencia estaba en un cuarto oscuro, sólo iluminado por el verde tenue del monitor cardíaco. Estaba sudado del cuello pero no tenía calor. Quizás sonreí. En mi cabeza estaba el mismo pensamiento que cuando me dejé ir en la ambulancia: despertar en un hospital. Aparentemente las cosas iban mejor. Recuerdo que sentía el pecho y el abdomen oprimidos, pero no recuerdo ningún dolor. Una sed estúpida sí, y la garganta reseca. Tuve tiempo para pensar en varias cosas. La principal: la fugacidad. Moví los dedos de las manos. De la cintura para abajo no sentía nada. Recordé la visión de mi pierna rota. Tal vez estaba bloqueado para evitar el dolor de hueso, que recordaba bien desde aquella vez que me quebré la tibia jugando fútbol en la secundaria. Se siente como una astilla que rasca desde dentro, una oxidación interior, un dolor sordo y seco que es también opresivo y frío. Aunque esta vez no sentía dolor. Ignoraba, por supuesto, el tiempo que había permanecido dormido. Quizás era aún la noche del día en que se había caído el avión en que viajaba a Veracruz. Lo pensé así, palabra por palabra, para dotar de realidad la sensación de inverosimilitud que aún me acompañaba. Que me acompaña hasta hoy. Había sobrevivido a un avión cayendo al suelo. Divagué un poco más. Imaginé el avión visto desde tierra: pensé en un hombre caminando por el campo, escuchando un estruendo distinto, continuo y no de motor lejano en oleadas como el que suele llegar desde el cielo a casi cualquier punto del planeta. Quizás volteó hacia arriba y ahí

lo vio, un avión volando bajo, dejando una estela de humo gris y negro, enfilándose hacia algún punto del terreno que conocía bien. Si traía sombrero estoy seguro de que se lo quitó y lo apretó con ambas manos a la altura del pecho. Mantuvo la respiración sin decir nada. Quizás no estaba solo. A lo mejor caminaba con dos personas más o se acababa de bajar de una camioneta. Lo imaginé así, mejor, manejando una picop, escuchando el estruendo, asomándose por el parabrisas, deteniendo el coche, abriendo la puerta y bajando una pierna al suelo. Lo supuse viendo el avión con llamas en el motor, adivinando su trayectoria, tratando de predecir el punto exacto en el que haría contacto con el suelo. Sus dos compañeros se habrían bajado de la picop y estarían de pie a unos pasos, uno más adelante que el otro, los tres mudos presenciando el desastre. Alguno de ellos quizás pensó que nunca se volvería a subir a un avión. Los otros pelaban los ojos para no perder ningún dato, sabrían que pronto tendrían que referir lo que vieron con el mayor detalle posible. Después el avión pasó una hilera de árboles y ya no pudieron seguirlo con la vista. Hubo unos segundos de silencio y parálisis visual. Luego una burbuja de humo negro que subió con velocidad y un ruido menor, como el que hacen las llaves al caer en la alfombra del coche. Una leve vibración en el suelo que habría viajado más rápido que el sonido. Y luego una explosión muy fuerte, más acorde con la que se supone que provocaría un avión —una cosa más grande que una casa, un edificio volador— al estrellarse contra el suelo a, quién sabe, doscientos o trescientos kilómetros por hora. Imaginé a esos hombres sonriéndose uno al otro y al tercero desconcertado: no a diario se puede presenciar algo así, una especie macabra de fuego artificial, de cataclismo controlado. Algo grave pasó, pensaron, algo que llenará las pantallas de televisión del mundo y nosotros lo

vimos con nuestros propios ojos, a medio campo, por donde no hay nadie, convirtiéndonos en los únicos hombres sobre la faz de la Tierra que vieron la muerte de no sé cuántas personas al mismo tiempo. Mientras los imaginaba nerviosos y horriblemente divertidos, con el corazón a galope, pensé en la posibilidad de que ellos me hubieran imaginado a mí o a los demás pasajeros adentro del avión que caía. Me imaginé a mí mismo en tercer grado, a través de la imaginación de alguien imaginado por mí. ¿Seguiría algo anestesiado? Sí. Dentro de mi cabeza esto era un simple divertimento, tan alejado como una historia de ficción. Por un momento dudé de lo que había vivido dentro del fuselaje, como si lo hubiera visto en una película muy realista. Mientras lo recordé no sentí electricidad en el pecho ni un vacío en el estómago, no hubo nervio: estaba pensando en lo que me había sucedido como si no me hubiera sucedido, en la forma de una crónica leída en el periódico acerca de la suerte de inmigrantes rumbo al Norte. ¿Cuál Norte? Esos hombres estarán hablando aún de lo que vieron en la mañana. Esos hombres han de existir.

Pasé la noche deseando agua pero nada más. Aún no me aburría estar en una cama de hospital. Me venía bien el descanso, llevaba semanas atado a una rutina asfixiante entre tazas de café, trámites bancarios, juntas con proveedores y pláticas insulsas con clientes frecuentes: escritores de libros, músicos y actores de teatro mal pagados. No me animaba a levantar la cabeza, era de noche. Así, inmóvil, con la mente despierta pero el cuerpo sumido en un profundo ahorro de energía, me fui quedando dormido de nuevo.

Abrí los ojos la mañana siguiente. Sentada a mi lado, como lo había presagiado, estaba mi madre. Miraba distraída la punta de un árbol que llegaba hasta nuestra ventana. Debíamos estar

en un piso alto. Quise mover la mano para tocarla, para hacerla voltear, pero pesaba demasiado. Moví apenas los dedos. Lo más que pude hacer fue raspar la garganta para llamar su atención. Volteó a verme con rostro de esperanza. Sonrió. No dijo nada para no hacerme hablar, pero estaba muy emocionada. Sus ojos de inmediato se llenaron de lágrimas. Me tocó la frente y se soltó a llorar, pero para adentro, como siempre lo hace. Hay un punto en el que la risa y el llanto convergen, se parecen mucho: esas fugaces contracciones faríngeas, la cabeza rebotando brevemente como diciendo que sí a un asunto menor aunque urgente, explosiones nasales de bajo gramaje. Cuando el llanto, además, es producido por una emoción feliz que llegó de súbito, no sólo se parece a la risa, sino que se convierte en ella y de vuelta, como la materia y la energía. Así volví a ver a mi madre después de haber tenido la falta de cortesía de no visitarla durante los meses más recientes. Para ella no importaba. Mientras la miré mirarme y llorar-reír, pensé en lo que pudo haber vivido. Habrá visto en las noticias que un avión se cayó, le habrán contactado de la aerolínea, le habrá telefonado un familiar morbosos, quién sabe. Pero hubo un punto en el que ella, esa madre —que se llama Lucía— se enteró de que su hijo iba dentro de un avión que acababa de estrellarse en las faldas del Pico de Orizaba. Imaginé lo que sintió. Yo había estado en el avión, pero había sobrevivido. Enterarse de que un hijo viajaba en un avión que se cayó es mucho más grave. Ahora le ponía fin a ese ardor de pecho, a esa angustia cancerígena que duró mucho más que tres minutos. Quién le sobrevivió a quién. Estábamos los dos mirándonos en esa cama de hospital firmando así el cierre de un capítulo que pudo haber sido macabro y desmembrar una familia, pero que no era sino una futura anécdota que me separaría —me gustara o no— de casi la totalidad del resto del mundo.

—No hables, estás muy débil —dijo planchándome la frente.

—Me siento bien... un poco golpeado. Como que ya me desperté pero mi cuerpo todavía no —le dije. Tenía la garganta muy seca, soné como un viejo.

—Descansa, estás muy bien, no te estás muriendo.

—Si no me maté en la caída, no me voy a morir aquí acostado.

Traté de incorporarme, pero tenía los brazos como dormidos. Le sonreí.

—No te pares, te vas a marear. Aún tienes anestesia.

—¿Cuánto tiempo pasó? ¿Hace cuánto? Dime, ándale, ponme al tanto.

Entonces ella se puso seria, como corresponde cuando se va a hablar de un muerto o de más de veinte. Me dijo que el avión había perdido un motor en pleno vuelo, que había estado cerca de aterrizar de emergencia en un valle, pero que el suelo no estaba uniforme y que la cosa se había convertido en un verdadero accidente, en un choque. Me dijo que el piloto estaba muerto, pero que me había salvado la vida. Que había logrado frenar mucho el avión. Me dijo que habían pasado dos días antes de que despertara.

—Sí desperté. Creo que anoche, pero ya no sé. Estaba oscuro y me sentía muy cansado: me volví a dormir.

—Pues claro que estabas cansado, mijo.

—Pero por qué, si no hice ningún esfuerzo más que ponerme duro diez segundos. Dame agua, me arde la garganta.

Me acercó un vaso con popote. Me dijo que me habían operado. Esa sí era noticia. Pero estaba más intrigado por saber más detalles acerca del avionazo. ¿Cuántos muertos? ¿Qué ocurrió en detalle? ¿Cuánto tiempo pasó entre que caímos y nos rescataran? En ese momento no me imaginaba que

las minucias las escucharía una y otra vez hasta aprenderme de memoria nombres, fechas, horas y apellidos, trayectorias, causas, muertes, seguros y cantidades en millones de pesos. Quería saberlo todo en ese momento, pero más tarde, veinte o treinta días después, hubiera preferido no haberme enterado de nada y seguir mi vida así nomás. Despertar del accidente no había generado aún una epifanía, gradualmente me daría cuenta de que no la tendría tampoco después, pero habría de pasar un largo proceso de aprendizaje que me dejaría en la cabeza ideas más claras en torno a los conceptos de finalidad y causalidad, pertinencia, moralidad y muerte. Más claras no significa nada más que más claras, ni más hermosas ni más imponentes: los conceptos permanecen a pesar de la comprensión que se pueda tener de ellos.

Mi madre se cuidó de no contarme mucho. No dijo cuántos muertos ni de qué me operaron, tampoco dijo si alguien había tenido la culpa. Me imaginé que el psicólogo del hospital habría hablado con ella acerca de la forma en que se debe tratar a un recién resucitado. En ese sentido es como volver a nacer, sólo en ese. Cualquier cosa que escuche alguien que despierta después de un largo sueño, después de estar al borde de la muerte, puede interferir en su psique, anudar los hilos de la mente, causar traumas o generar conductas y humores crónicos. Yo quería saber, pero cada vez que preguntaba acerca de mi salud, sólo recibía prescripciones de sueño y de descanso. Lo más raro es que me sentía muy cansado, como si hubiera corrido una maratón sin haberme levantado de la cama. Mi espíritu habrá hecho varios viajes, al limbo, al cielo, a la nada.

Llegó la tarde y nos encontró en silencio. Hay más personas que quieren verte y están apostados ahí afuera,

me dijo. Desde que te bajaron a terapia intermedia pueden entrar, pero les he dicho que estás muy cansado y un poco confundido. Sé cómo odias la imprudencia y a veces también la compañía. De hecho te voy a dejar solo otra vez, concluyó. Se levantó y me besó la frente. Yo tenía muchas preguntas. Quería saber, entre otras cosas, quiénes estaban ahí afuera. Quería saber si Irene, mi exmujer, había venido a verme convalecer o morir en una cama de hospital. Me quemaban las ganas de saber si habría traído a sus hijos o a su marido, si yo figuraba en el pasado colectivo de su familia. Habían pasado diez años desde que nos separamos, cuando teníamos los dos treinta y tres. Ella se embarazó a los pocos meses de la separación. Luego se casó y se embarazó de nuevo. Tenía un hijo de nueve y otro de siete: me superó sin darme la revancha. No me dejó volverla a ver aunque nos encontramos varias veces en Coyoacán. Nunca vi a sus hijos. La odié por años, pero en ese momento me habría venido bien que entrara y nos estuviéramos callados mucho tiempo, como hacíamos después de coger al principio de nuestro reinado. No le pregunté a mi madre. Era más que probable que ahí afuera estuvieran mi socio y mi padre, o mi hermana. Preferí quedarme solo.

Seguí a mi madre con la mirada hasta la puerta del cuarto. Cuando salió quise incorporarme un poco y lo logré. Amontoné las dos almohadas y me recosté a 45 grados. Me dolió la espalda como si en lugar de músculos tuviera sólo desgarros de hule. Entonces vi que mi pierna derecha ya sólo llegaba hasta la rodilla.

Me sorprendió mi poca sorpresa. Me extrañó que mi madre no se hubiera apresurado a enlistarme todas las bondades de estar vivo, lo importante que es sobrevivir a un golpe de ese tamaño sin haberse dañado el cerebro o algún

otro órgano vital, lo increíble que resultaba que mi nervio oftálmico siguiera conectado a mis globos oculares y otras cosas de importancia bárbara en cuestiones de salud; en fin, que no me hubiera preparado psicológicamente para recibir la noticia de que había perdido una pierna. Quizás pensó o le habrían dicho que no me lo dijera de inmediato y, al ver las dificultades que estaba teniendo para moverme, asumió que permanecería sedado y acostado hasta el día siguiente. Estoy muy seguro de que fue así, aunque después ya nunca le pregunté por qué no me lo había dicho en nuestro primer encuentro, como si no fuera algo relevante de mi condición. Infiero que fue recomendación del psicólogo del hospital por lo que pasó después —que estoy cerca de empezar a relatar— y que tiene que ver con muchos protocolos generalizados, que se enseñan y se ponen en práctica en muchos hospitales del mundo, para lograr un correcto tratamiento familiar de pacientes que han sobrevivido a un siniestro importante. Nos tratan como bebés, como si no supiéramos estar conscientes de la importancia de haber sobrevivido y la necesidad de aceptar algunos cambios después de un accidente así. Recuerdo haber mirado el hueco donde debería haber estado la parte baja de mi pierna derecha y encontrar, bajo las sábanas, un suéter hecho bola tratando de hacer bulto. Mi madre habría metido eso ahí unas horas antes para que no me enterara de que me habían cortado una pierna, como si no me fuera a enterar más adelante de tan menudo detalle. Luego pensé en el bloqueo de la anestesia. Estuve convencido de que era parte de un elaborado plan de acción fraguado por el psicólogo, encaminado por el cirujano y ejecutado con discreción por él y por mi madre para que la recepción de la noticia de mi nueva discapacidad fuera una pluma que cae, suave, ligera, sin hacer ruido.

Independientemente de cuándo o cómo me enterara, había una parte de mi cuerpo dentro de una de esas bolsas de basura color amarillo que se usan en los hospitales para manejar residuos orgánicos en su camino al horno o a una fosa común de partes de cuerpos, quién sabe. Antes de preguntarme por mi vida futura, me dediqué a calcular la odisea de mi pierna, desde la sala de quirófano hasta su inserción de vuelta en la vida natural del planeta. Por supuesto me imaginé la pierna calzando aún medias y zapatos, como si me la hubieran cortado en el lugar del avionazo o tan rápido que no hubo siquiera tiempo de descalzar al muerto. Porque era una pierna muerta. Pensé el hueso roto atravesando la piel: eso sí era realista. Luego fue imposible no pensar en la técnica que usaron para separar la rótula de la tibia y de la piel. ¿Qué usaron? ¿Segueta? ¿Sierra eléctrica? ¿Una rebanadora de carnes frías? Me costaba trabajo imaginarlo pero cuando lo lograba, la imagen era curiosa porque era la de otra persona. Es decir, imaginaba mi cuerpo pero visto desde un punto ajeno, no desde donde lo veo siempre. Veía a los doctores diciendo que no en el quirófano, dándole los pulgares abajo a mi pierna, mandando a la enfermera por esas otras herramientas que normalmente no se meten a la sala de operar junto al bisturí. Tijeras... tijeras. Gasa... gasa. Sierra eléctrica... ¿Cómo fue el momento? En cada caso reconstruí en la cabeza la escena conmigo como espectador, de pie junto a la cama donde estaba tendido soñando con la lluvia e ignorando por completo la realidad: que unos tipos estaban cortándome la pierna a la mitad para no tener que cortar después desde la ingle.

Muchas de estas cosas las pensé más tarde, pero la mayoría en cuanto vi el hueco. Lo que seguía era una escena de puro morbo, como cuando te arrancas una costra o te quedas mirando en el espejo un navajazo en el mentón, lo dejas

escurrir un poco y pones cara de malo para ver cómo serías si no fueras tan cobarde para las peleas o si hubieras nacido en un barrio bravo o en la Oklahoma del siglo dieciocho. Quería ver debajo de la sábana. Quería ver cómo quedó esa piel virgen, ese amarre, los hilos cerrando filas tratando de convencer a la piel de que ahí abajo ya no hay nada y de que nunca lo hubo, convenciendo a las venas y a las arterias de que siempre hubo un *dead end* a media pierna y de que nunca, aunque la sangre lo recuerde, dio la vuelta hasta la punta del pie. ¿Qué es un pie? Médicos cortando y cosiendo para evitar que las gangrenas crucen el Tíber y ganen terreno para su imperio. Médicos tratando después de convencer al paciente de que no es raro ni feo ser asimétrico. Quería enterarme de primera fuente, incluso meter la mano debajo de la sábana para tocarme, para ver qué se sentía que un dedo te toque la cabeza inferior del fémur. Quería tocar los hilos y los nudos de carne, ver el monstruo. Pero no pude. Había gasas y vendas y un bulto de elásticos y micropore.

No sentí tristeza profunda, sólo morbo y un susto continuo pero de baja intensidad, como un desasosiego, pero nada parecido a lo que uno imagina con la hipótesis de lo terrible, esa herramienta retórica que tanto nos gusta usar para pasar el tiempo entre las sábanas o en las sobremesas.

Entró el médico a hacer la ronda. Noté en su rostro el gesto de fastidio al darse cuenta de que ya estaba despierto y que la visita duraría más que los dos minutos que había previsto antes de entrar. Alzó las cejas y dijo *Buenos días, Marcial*. Odio mi nombre, odio también la hipocresía, aunque admito su pertinencia, su necesidad y su utilidad. Tomó la tabla con mi historial clínico de una estructura con forma de fólter rígido empotrada en la pared. Hizo algunas anotaciones, la cerró y

sonrió sin ganas. Se sentó en el sillón individual que había dejado mi madre arrimado a la cama. Comenzó un discurso que, si bien no creo que haya sido aprendido desde la escuela, sí creo que por lo menos fue pensado antes de entrar al cuarto, en su oficina o en su cama la noche anterior. Seguramente yo no era el único que sobrevivió al avionazo y que terminó en ese hospital de cristianos gringos al sur de la ciudad, así que con toda probabilidad tendría que pronunciar el mismo discurso varias veces.

“Marcial, eres muy afortunado. De los cincuenta y tantos pasajeros sobrevivió más o menos la mitad: veintisiete. De la tripulación, sólo dos sobrecargos: los tres pilotos murieron al instante. ¿Te das cuenta?”.

Por supuesto, este preludio se dirigía de manera lenta pero inexorable al tema de la pérdida de una pierna. Supongo que históricamente debe ser un tema álgido si no se menciona con cuidado y si no se encamina con sabiduría. Por lo demás, yo me preguntaba si en realidad resultaba afortunado. Es decir, claro que se necesita buena suerte para sobrevivir a la caída de un avión. ¿Pero cuánta mala suerte se necesita para estar en un avión que se cae? Afortunados de verdad son los que compran un boleto para el Melate y se lo llevan. Con una mínima perspectiva, dando apenas dos pasitos para atrás, quedaba de manifiesto cuánta mala suerte tuve como para subirme a un avión que cubriría un trayecto de menos de una hora y aterrizar de emergencia en las faldas del Pico de Orizaba. No, señor doctor, aunque me sonría con cara de abuelo arrepentido, no tuve buena suerte.

Después siguió y de más adelante rescato esto:

“De entre todas las cosas que puede perder una persona que se accidenta, me parece que la pierna es lo menos malo. Lo más común es la vista o una extremidad superior. El habla,

la capacidad de abstracción, la inteligencia... Cuando un avión cae, lo más probable es que se pierda no sólo lo que te acabo de decir, sino todo: la vida. Hoy por la mañana estuve en el funeral de los que no tuvieron la suerte que tú”.

Tengo muy buena suerte: perdí la pierna derecha, pero sólo de la mitad para abajo. Por un momento pensé que yo para qué quería un muslo volante, pero rápido imaginé prótesis diversas, desde la de palo de un pirata, hasta la de Pistorius, el atleta que triunfó en los juegos olímpicos y que luego le disparó a su esposa. En fin. La cosa es que estaba bien del cerebro, de las manos, del corazón, de los riñones y del hígado. También del oído y de la vista. Quién sabe cómo me había quedado el alma o el humor, si es que esas dos cosas son realmente distintas, pero lo averiguaría poco a poco conforme los días y los meses fueran corriendo. Llegaría un momento de equilibrio, me imaginaba, en el que la gente volvería a verme como Marcial y no como el Sobreviviente Marcial. No era un ejemplo de forje, un canto a la vida ni una fuente de inspiración, pero todos empezarían a tratarme como si lo fuera. Ya hablaré sobre este tema más adelante.

El doctor se quitó los lentes para decirme que de ahora en adelante comenzaría a vivir una vida diferente, con más *obstáculos físicos* pero también con más *armas espirituales* (debo poner aquí, en calidad de urgente, un *sic*) para superarlos. Sin lentes perdía mucha seriedad, el aumento de los cristales hacía que los ojos se le vieran tan pequeños como los de una marioneta. También, es cierto, cuando un doctor habla de *armas espirituales* pierde seriedad, con independencia de su aspecto físico. Con excesivo y a veces desquiciante paternalismo me hizo entender que, aunque alcanzaría la autonomía y la independencia completa en un par de meses como máximo, tendría que decir adiós a muchas cosas, sobre todo a

viajes de turismo prolongado y a la mayoría de los deportes. Además me advirtió de otros efectos fisiológicos que sufriría mi cuerpo.

No sólo era perder una parte del cuerpo: hay una serie de consecuencias que devienen más tarde. Y no estoy hablando del síndrome del *miembro ausente*, que todo el mundo parece conocer porque resulta tan curioso que es lo único que mantiene en la cabeza como anécdota divertida después de escuchar acerca de una amputación. No, hay muchas consecuencias más. Antes de enlistarlas, sin embargo, sí debo decir algo del *miembro ausente*: no es curioso ni divertido. Lo he referido varias veces a mi médico —porque ahora tengo un médico que veo dos veces al año, si nada raro ocurre, sólo como profilaxis y monitoreo, algo parecido a la revisión automotriz obligatoria en modelos anteriores a 1990—. Sobre todo al principio. No siento como si aún conservara la pierna, sólo hay un dolor ahí, en el espacio vacío. No hay comezón ni cosquilleos ni el peso normal que tenía mi antepierna, no, sólo un dolor agudo y frío. Es normal: los nervios que llevaban el dolor hasta el cerebro siguen ahí, sólo que ahora se cortan antes. La electricidad sigue fluyendo por ellos. Pero en fin, no es esa la única consecuencia. También está el problema de los músculos atrofiados: levantar el muslo es mucho más fácil ahora, ya no carga pierna y pie. Además, algunos músculos que cubren el fémur en su parte anterior y también en la posterior, que antes tenían la única función de jalar para doblar la rodilla, se encuentran ahora desempleados. Hay calambres y contracciones continuas que son muy difíciles de controlar. El muslo se hace delgadísimo y la articulación de la rodilla se atrofia en apenas unos meses, convirtiéndose en una extensión calcificada del fémur, completamente inútil. Otro problema es el control de la textura de la sangre: nosotros, los mutilados,

estamos más expuestos a la formación de trombos, así que hay que mantener la sangre delgada a toda costa. Medicamentos, dieta rica en verduras, poca grasa animal y saturada, mucho jitomate y mucho plátano. El cuerpo es una persona diferente a uno, sigue sus propias reglas. Pero, como uno, tiene también que acostumbrarse a funcionar incompleto. Todo, el corazón y su sistema circulatorio, la cantidad de oxígeno que inyecta a la sangre y distribuye con cada bombeo y con cada respiración, la cantidad de toxinas que se quedan en los distintos filtros de todo el cuerpo, etcétera, está adaptado para funcionar con determinada forma. Cambiar esa forma, más allá de la pérdida irreparable de esa estética simetría que se busca desde el Renacimiento o desde Policleto, significa obligar al cuerpo a adaptarse a otros procesos, más cortos, más leves o más fuertes y potentes, según el caso.

Todo esto dijo o intentó decir —o imaginé a partir de lo que dijo— el doctor, sentado como un visitante compungido junto a mi cama. Algunas cosas las pesqué al vuelo, otras las reflexioné más tarde, cuando tuve que vivirlas. Una vez más, a toro pasado, a pierna mutilada, puedo decir que el cambio más fuerte lo descubrí en la regadera, desde la primera vez que me bañé y hasta la última, meses y meses después, es decir hoy por la mañana. Lavar el final de la pierna es muy raro. Se tallan zonas que no existen pero con puntos de sensibilidad extrema como un glande; y otras zonas muertas, desiertos de nervios erosionados y desaparecidos como un talón.

Hasta aquí hablaré de la recepción de la noticia de que mi cuerpo había quedado incompleto. Reitero que no fue tan grave, pero reitero también que hay que ser imbécil para considerarse afortunado por haber estado en un avionazo y haber perdido una pierna.

—Antes de que se descubriera Australia se pensaba que todos los cisnes eran blancos. Luego vieron que allá había especímenes negros... que había *muchos* especímenes negros y ¿sabes lo que hicieron?

—No —le contesté con interés auténtico.

—Prefirieron decir que esas aves negras eran una especie diferente antes que aceptar que había cisnes negros —dijo mientras se servía café en un vaso de unicel.

—¿Eso crees que pasa aquí? ¿Que la gente inventa una nueva realidad en lugar de aceptar la que le toca?

—Más o menos —me dijo, ahora mirándome a los ojos—, la gente inventa destinos divinos, vocaciones, crónicas heroicas... mundos paralelos en los que ellos son el centro y única entidad. Pero lo que crean o dejen de creer en realidad no cambia en nada lo que ha sucedido.

Era ya la cuarta sesión del grupo y fue la primera a la que me animé a ir. Había pasado un mes desde el accidente y había tenido que aprender a valerme por mi cuenta ahora que mi cuerpo estaba incompleto. De hecho, había aprendido ya a desterrar ese término, a verlo así y concebirlo como un cuerpo completo, porque lo inacabado se dice con referencia del todo y, en el caso particular de mi cuerpo, el todo ya no volvería a ser como antes, sino que había comenzado un período diferente, otra manera de ser uno, así, con una sola extremidad inferior.

El lugar de reunión era una de las recámaras del sótano del Sanatorio San José, que está muy al principio de la avenida Gabriel Mancera, cerca del cruce con Miguel Laurent. Entrar al sitio era una especie de curso propedéutico fugaz porque, después de anotarse en una libreta de la recepción, había que bajar una escalera que tenía el foco del rellano fundido, adentrarse en una breve pero densa oscuridad de sótano y salir a un pasillo blanco bien iluminado con un letrero que indicaba hacia dónde había que ir para llegar a los salones de conferencias y hacia dónde para llegar a la morgue. No era necesario un aire acondicionado ni un calentador pero había una corriente ligera y fría que cualquiera podía suponer que viajaba desde los refrigeradores que mantienen a los cadáveres en situación —podríamos calificarla así, con muy mal gusto— de *comestible*. El tercer salón estaba dispuesto con una silla al centro y dos semicírculos de diez sillas más en torno a esa. Los otros dos estaban cerrados y con la luz apagada. Apenas en el umbral una luz de tubo de halógeno parpadeaba intensificando la espesura del ambiente. Olía a café y a medicinas en proporciones semejantes, de forma que no se le olvidara a ninguno que estaba en un hospital, aunque las paredes del salón tuvieran tapices y, contra toda la lógica de un lugar pretendidamente aséptico, desinfectado y casi pasteurizado, una alfombra vieja cubriera todo el piso. El forrado entero del salón provocaba el efecto de silencio absurdo, sin ecos y en el que uno teme que los crujidos estomacales se escuchen hasta el otro extremo del lugar.

Según me contaron más tarde, la primera sesión había sido presidida y organizada por un psicólogo que trabajaba para Bravo Airlines. Nos citó —aunque yo no acudí—, hizo que cada uno se presentara y luego tomó la palabra. Habló de manera prolongada sobre casos colectivos de *traumas psicológicos*

(término que literalmente significa *golpes al alma*) que había tratado con el mismo método y de los grandes resultados que había obtenido. También les hizo ver a quienes seguían muy afectados con el trance, que sus reacciones eran normales; y a quienes no mostraban muchos síntomas de aturdimiento mental, se encargó de advertirles que no cantaran victoria. En otras palabras, se aseguró de que toda la concurrencia estuviera convencida de la necesidad de esas reuniones para corregir o, en su caso, evitar problemas psicológicos, sociológicos, espirituales y morales que con toda probabilidad llegarían después. Desparrramó miedo. Les dijo también que a partir de la segunda sesión (eran tres por semana), ya no acudiría él, que la dinámica tendría que ser de participación equitativa. Los instó a que compartieran su experiencia del accidente dejando salir lágrimas y sentimientos que de otra manera permanecerían encerrados en el tórax o no sé en qué otro lugar y terminarían por infligir daños irreversibles a la personalidad.

Para esa noche, la de la cuarta sesión, los concurrentes habían vaciado casi por completo sus cámaras lacrimales y habían logrado ya un estatus de grupo. Yo era nuevo, traía muletas y, por consiguiente, todos los ojos se fijaron en mí en el momento en que entré, por más que intentara pasar inadvertido refugiándome de inmediato en la mesa del café, cerca de la puerta, y tratando de no hacer mucho ruido. La mujer que había visto en el avión, con la que —según yo— había cruzado una mirada significativa y digna de un epitafio muy poético, se puso a hablarme repentinamente sobre cisnes negros. No parecía haberme reconocido, sin embargo.

Esa mujer se llamaba María Lombardi. Era una reputada física nuclear que trabajaba en la planta de Laguna Verde como asesora de fusión. Era de Coahuila, descendiente

de esas comunidades italianas que se establecieron en Veracruz durante la Segunda Guerra Mundial. Parecía no tener demasiados ánimos de socializar y estar incómoda en ese lugar. Después me diría que su empresa, paraestatal, la había obligado a quedarse en la capital para asistir a esas reuniones cuanto tiempo fuera necesario o recomendado por el psicólogo de la aerolínea. Permanecía de pie, cerca del café, y al parecer sólo hablaba con la gente que se acercaba a llenar el vaso de unicef.

—¿Qué tal estuvieron las sesiones anteriores? —le pregunté escondiendo la boca tras el vaso, porque la concurrencia seguía mirándome —¿tan sosas como el café?

—Peor, porque al menos el café es gratis y aquí, después de hablar, la gente cree que le debes algo —me dijo.

—¿No has hablado tú?

—No. Pero en mi descargo debo decir que tampoco he escuchado nada —sonrió.

—Me llamo Marcial. Te vi durante el accidente, estábamos en la misma hilera —le dije ofreciéndole la mano como presentación formal. Quería que me recordara.

—Ah. Fila ocho. Nos salvamos, ¿eh? Me llamo María —no me recordó.

—¿Quieres ir por un café que no sea soluble al restaurante?

—Sí —me miró severa, como adjuntando una dosis de poco interés a su aceptación, para que yo no pensara otras cosas.

Nos alejamos de ahí en silencio, dejando atrás el murmullo de una mujer de voz fina que hablaba para todos como si hablara para sí. Algunas otras miradas siguieron envidiosas nuestra huida. Tenía ganas de decirle a María que habíamos cruzado esa elocuente mirada final y que, si

hubiera muerto, yo hubiera sido la última persona a quien le dedicó una mirada. También quería decirle que la última vez que la vi tenía una burbuja de mocos en la nariz, incluso después del choque. No me esperó, subió la escalera como si yo tuviera las dos piernas o llevara así mucho tiempo. Subir escalones era lo que más me costaba entonces, mis antebrazos aún no eran lo que son ahora. Evitamos así, de manera involuntaria, el momento incómodo de subir una escalera oscura, hombre detrás de mujer, con la cara de uno a la altura del culo del otro, apenas conociéndonos. Como perros.

Ya con las tazas en la mesa comenzamos la conversación. María me dejó claro, con sus intervenciones cortas, que no tenía mucho interés en conocer mi pasado y que en realidad estaba ahí porque quería un café nacido de una cafetera y no de unas vueltas de cuchara. Yo quería lo mismo, odiaba el unicel y, como cualquier vendedor de café, me parecía un insulto no que existiera el soluble, sino que a eso también le llamaran café. Pero ya sentado a la mesa me hubiera gustado conocerla más. Y no sólo porque era muy linda, sino también porque el calado de su mirada me sugería una severidad digna, cosa que a su vez sugería una personalidad fuerte: me parecía, a primer análisis, una persona interesante. Tenía los ojos de un verde opaco que sólo se descubría cuando sus pupilas miraban las tuyas, nunca de perfil o de reojo. Y el rostro alargado, bronceado, con el cabello castaño encerrándolo por ambos costados. Su propio gesto era fino, con el cuello largo, de manera que no necesitaba ningún peinado para parecer elegante. Vestía con una blusa blanca y una falda de casimir un tanto ajustada pero que bajaba hasta la rodilla. De haber llevado saco habría parecido oficinista, pero llevaba suéter.

Hablé mucho más que ella y así comprendí, como por mayéutica invertida o psicoanálisis moderno, lo que

estaba detrás de las reuniones de sanación psicológica. La aerolínea buscaba generar en el ambiente del *grupo de sobrevivientes* una buena voluntad y una sensación de que lo que había sucedido en realidad se encontraba en el plano de lo espiritual. Que se tradujera el suceso entero en una experiencia de vida, en una epifanía. Pero el trasfondo era maquiavélico. Lo que quería la aerolínea era edificar el plano espiritual por sobre el legal, para tapanlo o dejarlo allí en el fondo: quería evitar demandas que se convirtieran —más allá de los gastos médicos de todos nosotros, que cubrieron sin chistar y con puntualidad— en indemnizaciones millonarias. Por supuesto que uno acepta, al abordar el avión y hacer uso del boleto, la posibilidad de morir en el trayecto sin que se pacte otra obligación por parte de la aerolínea —en caso de accidente— más allá que la de pagar un modesto funeral y una caja de roble y no de encino. Pero la verdad es que si uno le rasca podría demandar y hacerse más o menos rico al sobrevivir a un accidente de avión. Cuando los peritajes se llevan a cabo y se resuelve que, por ejemplo, el avión no cumplía su parte del contrato porque tenía vencido un término de mantenimiento o porque el aceite de uno de los motores no era lo suficientemente negro —o por algún otro detalle de ese tamaño—, el demandante lleva las de ganar. Pero el papeleo es largo, cansado, y uno se hace de múltiples enemigos, comenzando por una compañía centenaria y terminando por miembros pesados del gobierno que podrían hacerle la vida difícil a cualquiera. La cosa es sencilla: el avión se cae, sobrevives, te dan lo que consideran justo (que es lo mínimo indispensable para que tus finanzas estén igual que antes de que sucediera nada) y tú lo aceptas. En caso contrario un ejército de abogados comienza a hacer crujiir el engranaje legal que ha permanecido quieto y amenazante

durante semanas para machacar tu carne hasta el hueso. Tu alma también. Y la de tus familiares.

María parecía pensar profundamente aunque resultaba imposible saber con precisión en qué. Mirada lejana, boca cerrada. En cierta forma era como si estuviera sola en esa mesa. Aproveché para mirarla con fuerza y detalle. Me hubiera gustado hallar otra forma de encaminar la conversación, pero no lo logré. También podría mentir y decir que parecía interesada en mí. Pero no lo haré. Y no lo haré por dos razones: la primera, que trato de limitarme a la verdad y a la honestidad narrativa; la segunda, que esta no es una historia ni de amor ni de enamoramiento: quizás todo lo contrario.

No era el momento para tener mi propia junta de autoayuda personalizada en esa mesa. Preguntarle sobre el accidente me dejó más dudas que respuestas. Se limitó a decirme que había resultado ilesa salvo por una fisura en una costilla flotante que sanaría en poco tiempo y que le generaba una molestia muy leve. Luego añadió una frase que no sólo no me hizo cambiar de perspectiva, sino que me ayudó a reafirmar la que había intuido desde antes: *parece que el hecho de sobrevivir a un accidente de esta magnitud cubre tu persona con un halo de respeto que antes no tenías*. Es verdad. Mucha gente ignora por completo quién eres, qué has hecho antes o a quiénes has amado y odiado. Sin embargo parecen saber muy bien cómo te sientes. Creen que, por la dimensión del hecho, tu vida se ha reconfigurado necesariamente a partir de eso y que por esa razón saben exactamente cómo te sientes. En realidad sólo entienden el hecho, no a ti. Como si pasaras de ser Marcial a ser un individuo de esa amalgama de vidas que trataban de unificar en un salón polvoriento de una clínica de segunda categoría. Eso parecía pensar, aunque quizás yo cometí el mismo error del que me estoy quejando ahora mismo

al pensar que había comprendido aunque fuera una parte de su personalidad. En realidad no sabía más de María que lo que he contado en estas últimas páginas. Trato de seguir una cronología real porque es cierto que más adelante me volvería a encontrar con ella y, entonces, se soltaría a hablar y llegaríamos a simpatizarnos más.

Ese fue mi primer encuentro con ella. María Lombardi. Fue breve. Me sentí más cómodo compartiendo su silencio en la cafetería que compartiendo palabras con el grupo que había dejado abajo, en el salón, llorándose mutuamente. La semana que siguió a esa, no obstante, volví al grupo. Quizás porque estaba en un momento solitario, sin pareja, con muy pocos amigos y en una mala temporada de mi negocio, que comenzaba a soltar gritos de auxilio. Quizás sólo por curiosidad o morbo. Pero antes de brincar al siguiente pedazo de historia, tengo que señalar algo que me llamó la atención: María, más allá de que no hizo muchas preguntas en ese primer encuentro, tampoco preguntó nada sobre el estado de mi pierna, sobre su ausencia, sobre mi rehabilitación o sobre cómo viví aquel día. Fue una de las primeras personas con las que me crucé que no lo hicieron. La segunda fue Martina.

## MARTINA

Correspondería el número 4, pero quiero ponerle a este capítulo el nombre de la mujer alrededor de la cual girará su trama. Es más bien un paréntesis en el relato porque, aunque este es el lugar preciso que le corresponde cronológicamente, no tiene tanto que ver con la historia de los sobrevivientes, aunque, por otro lado, puede tener todo que ver. Cada quien lo juzgará al final. En última instancia la justificación de este capítulo es que, por una parte, Martina tiene que ver con mi historia, con la manera en que comencé a clasificar la realidad durante los últimos años; y, por otro lado, porque la esencia residual del capítulo, esa conjetura que resulta de tanta palabra y tanta narrativa redundante, es parte esencial del texto entero: digamos que su conclusión entraría en la contratapa.

Cortaré aquí el preámbulo.

Antes de que yo supiera su nombre ya se llamaba Martina. Así andaba por el mundo y así llegó a mí, con ese nombre. Pero cuando la vi por primera vez era para mí una mujer sin nombre, que bien podría haberse llamado Ana, porque tenía una forma de sonreír muy parecida a la de mi primera novia. Dicen que el primer amor es el más fuerte. En mi caso ese dicho dista mucho de la verdad. Si bien Ana fue importante para lograr el difícil tránsito a través de la pubertad —gracias a que me prestaba su cuerpo para despejar las dudas típicas de la edad— en realidad no resultó importante vista desde tiempo después. Cuando Martina llegó a la reunión en la que

la conocí, lo primero que vi fue su sonrisa. Recordé a Ana tendida boca abajo, toda mi malicia sobre ella, desde los dedos y las manos hasta la pelvis. Teníamos dieciséis años y ahora que la recuerdo me siento culpable, como si estuviera recordando a una menor de edad desnuda, porque eso es lo que era entonces —aunque yo también era menor de edad— y es así como permaneció en mi memoria. Martina, en cambio, no era ninguna menor. La boca de lado, los dientes frontales superiores escapando de los labios por el menor resquicio, una boca que cuando estaba abierta parecía que no podría volver a cerrarse nunca. Dientes, además, alargados y muy blancos. Sé que no pinta bien mi descripción, estarán imaginando un rostro desproporcionado, pero hagan un esfuerzo, piensen en mujeres lindas de boca y dientes grandes, como Julia Roberts, y concédanme que Martina es bella. Muy bella.

Mi socio me había invitado a una reunión. Las últimas semanas me había tratado como si sufriera un impedimento mental, como si fuera un esquizofrénico o como si fuera una persona demasiado vulnerable. No soy ninguna de esas tres cosas. Tampoco soy realmente una víctima, aunque algunos me traten como tal. Mi socio —a propósito omito su nombre, no tanto para guardar su anonimato cuanto para economizar el listado de nombres de la narración, que se incrementará significativamente— fue muy dulce conmigo, benevolente y tolerante durante las primeras semanas después del accidente. Odiaba su actitud, pero decírselo, alejarme o enojarme, no habría logrado sino incrementar su creencia de que estaba transitando un momento oscuro de mi vida que podría sumirme en una depresión perpetua, y sus actitudes condescendientes se acentuarían. Resultaban muy incómodas las formas en que trataba de estar presente todos los días, mediante llamadas, visitas, invitaciones a comer, a cenar, a desayunar, al

cine. Pensaba que no debía estar solo, aunque en realidad lo estaba mucho antes de subirme a ese avión. Pensaba que estaba siendo el compadre que debía ser. Pensaba que con su actitud llenaba de sentido la palabra y el concepto entero de *amistad*. Y yo se lo agradezco, pero no lo necesitaba.

Por otro lado, gracias a esa actitud de sacerdote o médico o abuelo complaciente, me invitó aquella tarde a esa reunión. Fue en su casa. Llegué cerca de las seis de la tarde y él mismo abrió la puerta. Unas quince personas estaban desperdigadas en la sala, en una pequeña barra que separaba, en lugar de muro, la cocina del comedor, y en el balcón que daba hacia la calle. Probablemente les contó a todos, antes de que yo llegara, la historia de mis últimos días. Quizás aun los preparó para recibir a una persona tullida, temerosa y frágil. Y pudo ser también que les haya dicho a todos que no me dijeran nada y que actuaran como si yo tuviera las dos piernas y fuera un tipo agradable y alegre. Las miradas me asestaban agujonazos pero luego se iban, hacia el suelo o hacia el muro, y después volvían a mirarse entre ellos. Saludé a todos con un gesto común y no le ofrecí a mi socio la botella de vino que traía dentro de una bolsa para que nadie pensara que no podía andar con muletas y cargar una bolsa al mismo tiempo. Ya me habían tomado las medidas y mi prótesis estaba en construcción, pero aún no me la entregaban.

Me dirigí, en cuanto tuve la oportunidad, hacia la barra de la cocina. Me ofrecieron un asiento que decliné con amabilidad. Luego me ofrecieron vino y más tarde sólo sonrisas y palabras huecas. A medida que el vino les fue aflojando la conciencia dejaron de tratarme como si fuera su rey. Un hombre rubio, alto, de suéter y camisa, me preguntó directamente, antes de presentarse, cómo había sido mi experiencia dentro del avión. Poco a poco se unieron a ese pequeño grupo

más personas, hasta que al menos la mitad de los asistentes me rodearon apedreándome con preguntas que no quería responder.

Hablé poco, mis respuestas fueron precisas y cortas. Y sinceras. Dije que no había tenido mucho tiempo para sentir miedo. Dije que no había seguido ninguna indicación mejor o peor que ningún otro pasajero, ni que los muertos ni que los ilesos. Ningún interlocutor contó, como suele pasar, una historia semejante o una experiencia igual o más fuerte que la mía. Me profesaban un respeto que no sabía por qué me había ganado. Mis respuestas parecían hacer crecer en sus corazones, cada vez más y más, ese sentimiento compuesto de ternura y lástima que suele confundirse con la empatía. No era mi intención.

El socio notó mi incomodidad y se apresuró a llamar la atención de todos para anunciar la verdadera razón de la pequeña reunión. Quería compartir el inicio de un proyecto empresarial que no recuerdo bien porque jamás se concretó. Los asistentes aplaudieron y, en el preciso momento del aplauso, tocaron a la puerta y otra invitada la abrió. Llegó Martina que, sorprendida por el aplauso, sonrió a boca suelta y dijo, a manera de broma, que no se esperaba ese recibimiento. La miré de pies a cabeza, enmarcada por el umbral e iluminada por la luz del pasillo desde atrás. No mentiré diciendo que fue una visión paulista de la divinidad, pero sí me pareció llamativa. Llevaba un vestido de tela ligera que le volaba por encima de las rodillas, debajo del cual se adivinaba la continuación de unas piernas de muslos finos. Le calculé 38, pero tenía 41. La calculé casada, pero era soltera. La calculé aristócrata, pero era *hippie*.

Ahondo en la descripción. Era delgada y larga, medía lo mismo que yo, que no es tanto en un hombre pero sí en una

mujer. Era eso, una mujer. Las pequeñas arrugas alrededor de su boca contaban una historia que sus manos, suaves y con las venas bien marcadas, corroboraban. Llevaba el pelo —rizado— recogido hacia arriba, de manera que lucía aún más alta. Por si fuera poco llevaba zapatos bajos y un suéter ligero de caída sutil que se cortaba de tajo en donde confluían sus caderas y su cintura. El efecto completo era el de una chica ligera, tierna y a la vez experimentada. Su personalidad —la refiero como la percibí en primera instancia— era fuerte: de esas personas que uno voltea a ver cuando pasan, más allá de la atracción carnal que ese vestido flotante podría haber despertado en cualquier hombre heterosexual de cualquier edad.

Con velocidad se mezcló entre los invitados aunque aparentemente tampoco los conociera. Fue saltando de plática en plática hasta que llegó a donde estaba yo. Mi media pierna estaba flotando fuera del banco de la barra y la otra permanecía apalancada en el descansapie. Me fijé en un importantísimo detalle: no miró mi no-pierna, sólo mi rostro. Y sonrió. Lo que sí notó, me dijo más tarde, era que yo no pertenecía a ese grupo. Por eso se acercó a mí. Hacía tiempo que no sentía la gracia de una mujer sin haberla pretendido con trucos y actitudes impostadas. Se siente muy bien, favorece mucho a la percepción del físico de la persona que se acerca. Quizás hoy, si la vuelvo a ver, ya no me parezca tan hermosa. La notoriedad de su cuerpo no es subjetiva, sin embargo, hoy o mañana o dentro de cinco años me seguirá pareciendo de una proporción notable.

Hablamos mucho. O más bien ella habló mucho y yo escuché interesado. Desde el principio me pareció una persona demasiado atenta a sí misma, de esas que confunden el orgullo y el amor propio con un enamoramiento de sí mismo que puede ser muy desgastante para quienes la rodean. Imaginé su cuenta

de Instagram llena de autorretratos en distintas posiciones, con una paleta, haciendo cara de asombro o acostada a un lado de la alberca, como todas esas personas que no encuentran en el mundo algo más interesante que fotografiar que su propio rostro. Pero, siendo honestos, en ese primer encuentro rompió los esquemas que yo tenía acerca de cierto tipo de personas. De entrada, pareció no darle importancia —o al menos lo fingió muy bien— a mi apariencia física. Me miró todo el tiempo a los ojos, acompañando su mirada con una sutil sonrisa que brotaba natural, como la que tenemos cuando hablamos de un logro o simplemente estamos pasando un buen rato. Me dijo cómo es que conocía a mi socio y cómo nunca le parecieron muy atractivas sus amistades. Los que estaban en esa reunión eran casi todos detestables: correspondían a ese grupo de gente que emana una superioridad moral todo el tiempo, sobre todo cada que es su turno de hablar. Más tarde me daría cuenta de que Martina, a pesar de todos los atributos favorables que acabo de enumerar, también pertenecía a ese grupo de personas. Pero, lo peor, es que tenía sus razones muy bien estructuradas y pensaba que verdaderamente había llegado a un nivel de moralidad y calidad humana más arriba que el resto de la gente con la que convivía.

La reunión se alargó y, mientras tanto, Martina y yo nos bebimos dos botellas de vino. Nuestra charla se construyó de manera insospechada. Cada quien hablaba de sus temas hasta agotarlos, sin sufrir las interrupciones típicas de la curiosidad exacerbada. Como todo buen vegano se encargó de hacerme saber que lo era desde sus primeras intervenciones. Y, también como buen vegano, evitó las aburridas diatribas acerca de las razones y justificaciones —muchas veces endebles— que la habían llevado a la decisión de someterse a una dieta tan complicada. Se limitó a decir que le hacía daño comer carne,

que era intolerante a la lactosa, que era alérgica al gluten y que sospechaba que muchos componentes de los alimentos procesados le hacían mucho mal. Gracias a Dios nunca dijo que el ser humano no está diseñado para ser carnívoro o para tomar leche, que el sufrimiento de los animales al ser asesinados se convertía en energía negativa que nosotros, sin más, consumíamos a diario, o ningún otro argumento lapidario de origen oriental o pretendidamente científico que la mayoría de los veganos esgrime a la mínima provocación. Sospeché que habría tenido malas experiencias discutiendo cosas que en realidad nadie debería discutir jamás, porque además de innecesarias, falsas e indeseables, pronto se convierten en improcedentes: cada quien tiene el derecho de alimentarse como quiera y ningún adulto debería sentirse con el derecho de elegir los alimentos de otro. También me dijo que hacía yoga. Con independencia de los beneficios espirituales de practicarla, los anatómicos saltaban a la vista y, cuando digo *saltaban*, no estoy usando una metáfora.

A pesar de que nuestras lenguas comenzaban a volverse indomables y trabábamos las **eles** y arrastrábamos ya también un poco las **erres**, Martina no cayó en esa autopista de fácil conversación que constituía el hecho de que yo sólo tengo una pierna. No, habló y habló e incluso quiso saber detalles acerca del café que comprábamos para el negocio sin preguntarme nunca cómo había perdido un miembro. Ese, sinceramente, pudo haber sido el detalle que más me atrajo a Martina. Conforme el vino comenzaba a escasear, nuestros rostros se acercaban un centímetro más, hasta el punto en que resultaba notorio para los demás asistentes a la reunión que algo andábamos tramando para más tarde. Y sí. Cuando me levanté del banco para irnos a un bar que había sugerido visitar unos minutos antes, temí que realmente no hubiera notado

aún mi cojera y que, al hacerlo, las cosas fueran a mal. Pero en realidad mi cojera era muy obvia cuando no tenía la prótesis, así que era claro que Martina la había notado. Quizás como un ejercicio de control de voluntad se había propuesto no preguntarme nada. Ahora que la conozco un poco mejor estoy convencido de que así fue. Pero en ese momento, después de un asalto tan flagrante de preguntas morbosas, su compañía resultó un verdadero bálsamo.

Ya en el bar la actitud de ambos había cambiado. De ser una plática amistosa, se convirtió en un intercambio de información acerca del estatus amoroso de cada uno. Yo, divorciado desde hace muchos años y sin compromiso alguno, sin pareja inestable tampoco; ella, cerrando un ciclo —esa expresión utilizó— después de una relación tormentosa con un ciclista extremo, también sin compromiso. Cada intervención era una promesa de sexo. En cierto momento, cuando estábamos ya decididamente ebrios, resultaba clarísimo que la noche terminaría con nuestros cuerpos bajo las sábanas. *Tienes algo que hacer mañana o dónde vives* fueron cuestionamientos de logística pura disfrazados de cortesía.

Llegamos a su casa cerca de las cinco de la madrugada. De no haber sido por las muletas habríamos entrado al pasillo que conducía a la sala entre besos y tumbos. Entramos aún como personas civilizadas que no arden por dentro. Encendió una lámpara de mesa que bañaba con una luz tenue todo el departamento. Olía a lavanda y a incienso. Varios elementos de artesanía indígena y herramientas primitivas adornaban las paredes. Textiles de lana cubrían el tapizado de poliéster de los sillones. Nos encaminamos al sofá sin preludeos. Una vez quietos, Martina tomó mis muletas y se las llevó a la entrada, junto al perchero. No me sostuve de nada y traté de encontrar

el equilibrio esquivo que se había diluido en alcohol. Noté mi ebriedad y me senté. Martina caminó lentamente por el pasillo, atravesando la oscuridad hasta mostrarse entera, casi sonriente, a la fuente de luz. Se había soltado el pelo, ahora le caía sobre los hombros. Yo no podía dejar de ver ese vestido e imaginar la continuación de sus muslos, sus bragas pequeñas de algodón. Se colocó frente a mí y, antes de que mis manos se abalanzaran sobre sus nalgas para atraerla, como procedía, ella se puso de rodillas. Con una lentitud dolorosa comenzó a desabrocharme el pantalón. Hubiera querido tenderme sobre la espalda pero el gesto podría haberse interpretado como la búsqueda de una escena de superioridad y obediencia a la que no pretendía llegar. Me mantuve a medio camino entre el ángulo recto y el obtuso, sobre los codos. Estaba demasiado excitado mirándola mirar mi entrepierna y morderse con sutileza el labio inferior. Sacó el cinturón y quitó el botón del ojal con la mirada atenta, como si no supiera lo que despertaba ahí abajo. En ese preciso momento pude haberme perdido, pero me distraje pensando en la media que por aquellos días aún me colocaba sobre el muslo trunco, para protegerme pero, sobre todo, pensando en que en algún momento podría presentarse el escenario que ahora se había dado y que debía proteger a mi acompañante de la imagen de un muñón desnudo. Pensaba en su reacción aunque adivinaba la pantomima que sucedió unos segundos después. Me bajó el pantalón y los calzoncillos de un tirón, dejándome al aire el pene erecto y la pierna incompleta. Pasó su mano por la media que cubría la herida, simulando una excitación depravada y, sin perder tiempo, comenzó a lamerme más arriba. Mi corazón palpitaba al ritmo de un éxito veraniego mientras mis manos le acariciaban el pelo, las orejas, las mejillas. Martina no pretendía dejar que el fuego se consumiera en su boca, por lo que el

sexo oral sólo duró unos breves e intensos segundos. Luego me subió por el pecho, sostenida e impulsada por su boca, hasta llegar al rostro. En ese momento mis manos se volvieron las protagonistas de la historia, levantando el vestido y desgarrándole las bragas que, en efecto, eran breves y de algodón. No era el cuerpo núbil de una veinteañera, había un breve y geométrico conjunto de estrías coloradas en el dobléz de la pierna, a la altura de una mujer de cuarenta años. La firmeza del bendito yoga estaba invitada también a la fiesta. Ahí nomás la monté sobre mí, obviando las circunstancias que nos obligaban a adoptar esa única posición, y le hice el amor con una fuerza que sólo se puede utilizar en una primera sesión con una persona bien adulta, que aparentemente no espera nada menos. Los movimientos duraron, ahora sí, un tiempo suficiente como para darme cuenta de lo que estaba viviendo. Lo disfruté como nunca y terminé sobre ella, escupiendo algo de violencia y aparente sumisión, pero con el permiso que sus gemidos me habían ido dando durante todo el encuentro. Sus pezones permanecieron erectos más tiempo que yo.

De verdad, tienen que creerme, no habría querido una escena erótica en este relato. Pero es más o menos necesaria, ahora explicaré por qué.

Primeramente porque la narración comenzaba a redundar —y seguirá redundando: este libro bien podría llamarse *La historia de mi pierna ausente*, aunque el tema central diste mucho de la amputación—. Además, porque no hay otra forma mejor de referir la belleza de una mujer, que obligando a quien lee o escucha a imaginarla desnuda y haciendo el amor con vigor. Y, por último, porque el sexo tiende una serie de hilos invisibles entre dos personas —hilos que van mucho más allá de la conexión espiritual, el amor o el enamoramiento—

que en efecto se tendieron en este caso. No hay otra forma de explicar una intimidad construida que refiriendo sus cimientos: Martina y yo nos volvimos muy cercanos durante algunos meses y eso, lo saben ustedes y lo sé yo, sólo se logra restregando piel y saliva una contra la otra y viceversa.

Esa noche nos quedamos dormidos en el sofá, abrazados. A la mañana siguiente abrí el ojo para encontrarme a Martina mirándome. La relajación absoluta de mi cuerpo hacía incómodo el momento. La media se había enrollado un poco y algunas cicatrices escapaban de ella. Martina me vio despertar y sonrió. Ya había preparado café —orgánico, por supuesto— y tenía en las manos una taza humeante. Por la mañana y semidesnuda no desmerecía para nada la visión de la noche anterior. Apenas la vi y quise comérmela otra vez, ahora quizá con más calma y mejor paladar.

Desayunamos en la cocina. Antes del primer bocado se tomó unas gotas extraídas de una pequeña botella color ámbar.

—¿Qué estás tomando?

—¿Te digo la verdad? No tengo idea. Es una solución que me dio el homeópata y que me ha servido mucho —me contestó, fresca.

—¿Estás enferma? —cuestioné sorbiendo café.

—Todos estamos enfermos, Marcial.

—Pensé que no te había dicho mi nombre —le dije.

—No me habría ido a la cama con un hombre anónimo —me dijo, bromeando.

—No me gusta llamarme así —confesé—, es un nombre terrible, por donde lo veas.

—¿Por Maciel?

—Por Maciel y por el mismo nombre... Marcial, bélico. No es un nombre, es un adjetivo, y de los feos.

—Tienes nombre de adjetivo.

—Hay muchos, sobre todo apellidos. Pero también, por ejemplo, se podría entender *Rosa* como un adjetivo.

—Sería Rosada, en ese caso —contraargumentó.

—¿Qué me dices de Marina?

—Que me salvé por una *te*.

Marcial Maciel, para quien no lo sabe, fue el fundador de la Legión de Cristo, orden católica dedicada a la educación. De manera muy triste se volvió famoso en la primera década del siglo, poco antes de su muerte y sobre todo después de muerto, por haber abusado de un número escandaloso de niños que frecuentaban sus escuelas y sus templos. Por supuesto, mis padres no me pusieron ese nombre en su honor, pero a los veintitantos me entró la vergüenza de llamarme así. Una vergüenza que nunca me abandonó.

—¿Sabes de dónde viene la homeopatía? —le pregunté.

—Claro, de un médico inglés o alemán de mil setecientos nosequé. Postuló el principio de que *lo semejante cura a lo semejante*.

—¡Qué bárbaro! —interjecté con sarcasmo.

—¿Te estás burlando? ¿Tú también crees que no sirve?

—Creo que es un placebo, sí. Pero también creo que es muy primitivo. El principio es de la época de Hipócrates, *el padre de la medicina*. Él pensaba que nuestro cuerpo estaba sano gracias al equilibrio de humores. Con humores quiero decir líquidos, como la saliva, la sangre, la bilis, el semen... Las enfermedades eran carencia o exceso de un humor, de manera que se curaban administrando el mismo humor al paciente, por si le hacía falta o para que su cuerpo produjera más de los otros humores y encontrara de nuevo el equilibrio.

—Eso suena muy coherente —dijo.

—Ojalá tu homeópata no te haya dado semen —concluí.  
Reímos.

No es gratuita la reproducción de este cruce de palabras. Traté de llevarla a cabo de manera fidedigna para mostrar varias cosas. La menos importante es la capacidad discursiva de Martina, la hermosa. La más grave es que, mientras sosteníamos esa conversación, comiendo como cerdos alimentos carísimos de orígenes nobles, comencé a explicarme con cierta claridad —según yo— los procesos actuales de proliferación de las conductas humanas. No necesariamente adoptamos una postura o un hábito por convencimiento sino, de manera triste y frecuente, por aprendizaje animal. Hallamos una conducta diferente o excéntrica en otro miembro de la especie y, si nos parece atractiva, la adoptamos para buscar el efecto atractivo que produce en ese otro miembro y no por compartir con él la afirmación de su causa. Confundimos el humo con el fuego o, como decía mi padre, *como siempre encontramos bomberos donde hay fuego, los confundimos con los incendiarios*. El hábito se propaga hasta convertirse en una conducta colectiva que se pone de moda, crece bajo el esquema de la curva de campana y, tiempo después, desaparece. La personalidad de un individuo, lo que lo hace diferente a los otros, se construye a partir de la imitación de pedazos de la personalidad de los demás, perdiéndose eventualmente de vista la causa que provocó cierto hábito y quedándose el individuo acurrucado en su efecto. El efecto del hábito se vuelve un rasgo distintivo hasta el momento en que se estandariza en un grupo numeroso y, entonces, el individuo cree que es tiempo de buscar un hábito nuevo para distinguirse otra vez de los demás. Espero haberlo explicado bien, porque me parece algo terrible. En

pocas palabras quiero decir que copiamos los hábitos porque nos gusta cómo le van a otra persona, no porque estemos convencidos de los motivos por los que esa persona los adquirió.

¿Todo eso pensé mientras mascaba claras de huevo revueltas con hongo morilla? No. Pero ahí comenzó el fuego que se me desparramó hacia adentro. Ahí comencé a entender (o a creer que entendía, o al menos a clasificar) de mejor manera a mi generación. Me parece que había intuido ya toda esa impostura, pero no había logrado estructurar esa intuición ni convertirla en un razonamiento más robusto. Estuvimos unos momentos en silencio, reflexionando alrededor de esto y quizá también acerca de los mecanismos que hacen que una persona decida acostarse con otra y no con una tercera que anda por ahí, zopiloteando la carne. Le dije, para cerrar la conversación y encaminarla a la despedida —tenía que ir a abrir el negocio y se hacía tarde—:

—La medicina alternativa, cuando se vuelve seria y responde a la hipótesis que se le atribuye a través del método científico, se convierte simplemente en medicina.

—¿Qué quieres decir con eso? —me dijo, sosteniendo el tenedor a medio vuelo y entornando el rostro.

—Quiero decir que toda la medicina fue alternativa. Todos los métodos curativos aspiran a convertirse en medicina seria, pero la homeopatía lleva más de veinte siglos intentándolo. Es todo.

Los días que siguieron a ese, Martina y yo nos soportamos tan bien debido a que queríamos fornicarnos todo el tiempo. Al menos eso me pareció porque, debo decirlo, había algo muy atractivo de cada uno a ojos del otro. Yo ya he dicho lo que me atraía de ella: su cuerpo, sobre todo. Y aunque su manera de ser —esa abstractísima forma de definir a una persona entera— no

me gustaba mucho, tampoco me molestaba tanto como para dejar de frecuentarla. A veces me sorprendía tratando de recordar su rostro: sus ojos eran una forma física de la felicidad y su boca, cuando trataba de contener los dientes antes de soltar una carcajada, era profundamente femenina y sincera. También era terriblemente sensual. Siempre he tenido una debilidad por los rasgos fuertes que se enfrentan al mundo altivos, sin ataduras. Las razones por las que yo le parecía atractivo, sin embargo, no me quedaban tan claras. No quiero decir que soy un tipo infernal o pesado, aunque quizá lo sea. Tampoco soy una persona con un físico horrible, pero disto mucho del ideal que nos ha vendido la publicidad de la forma en que un hombre debe lucir. Si antes del accidente tuve problemas para conseguir sexo, después me habría parecido imposible. Gracias al cielo llegó Martina a mi cama o yo a la suya, en repetidas ocasiones.

Pero había algo que me perturbaba. El hecho de que ella insistiera tanto en salir a un bar o a cenar, antes o después de hacer el amor, me dejaba con sensaciones encontradas. En primera instancia pensé que se trataba de las ganas de construir una relación más profunda, como las que tuve yo con mi exmujer, que a todas luces me evitaba si el día o la noche no prometían sexo. Pero no, no quería una relación seria. Incluso varias veces llevó el tema a la mesa y dejó clara su incapacidad —o su decisión— de no amarrarse a un solo amante. Una decisión que, por otro lado, celebré desde el primero hasta el último de nuestros días. Lo que quería, comencé a sospechar, era que la vieran con un hombre sin pierna. Y no sólo que la vieran con él, sino que quedara claro en todos los lugares que frecuentamos, que *estaba* con él y que la relación tenía tanto de física como de aparente espiritualidad.

He visto a muchos amigos y amigas presumir la hermosura de su pareja, pero nunca me había tocado alguien que

quisiera presumir su discapacidad. Como si salir con un hombre cojo fuera una extravagancia plausible y divertida o un acto humanitario. Ahora me encontraba a una mujer así, cuyo objeto de presunción era yo. Yéndonos más adentro, el objeto de presunción no era un objeto, sino una nada, una pequeña nada que se acomodaba invisible debajo de mi rodilla.

Me pregunté con seriedad si esa hipótesis era factible o si más bien me estaba convirtiendo en una de esas personas acomplejadas que hacen girar todo un mundo alrededor de una circunstancia triste o de una breve catástrofe personal. Creo que entienden a qué me refiero. No pude estar seguro de que la actitud enfermiza fuera la de ella o la mía. Como esas personas que creen que no las buscas porque están gordas o porque son feas cuando en realidad no las buscas precisamente porque tienen esa creencia absurda que puede llegar a desesperar a cualquiera. ¿Estaría sacando conclusiones a partir de mis propios complejos? ¿De verdad me acomplejaba ser cojo o sólo me fastidiaba lidiar con todo lo que conlleva la discapacidad física?

Lo cierto es que nos vimos no menos de veinte veces y nos llamamos por teléfono muchas más. También es cierto que nuestras breves conversaciones nos pusieron al tanto de nuestras vidas. Salvo por el detalle de la pierna, ese tabú. La primera vez que quise contarle lo que me había ocurrido cambió radicalmente de tema, tratando de que no fuera notorio. La segunda vez me dijo, de manera tajante, que no le interesaba saber. Y la tercera vez tuvo lugar esta conversación:

—¿Cuál es ese afán de querer decirme cómo perdiste la pierna?

—¿Cuál es ese afán de no querer saber?

—No necesito saber, no me importa, no es importante —me dijo, molesta.

—Pero quizás yo necesito decírtelo —le dije. Y me arrepentí.

—¿En serio necesitas decírmelo? ¿Es tan importante para ti?

—Pues es importante, no lo voy a negar —acepté.

—Dímelo entonces —cedió.

Estábamos en la sala de su casa, desnudos. Habíamos cogido ya unas treinta veces, en diferentes posiciones, con diferentes actitudes. Podríamos decir que habíamos apenas atravesado esa ligera línea en la que comienzas a pensar que ya no habrá más novedades en las formas y que, por otro lado, no quieres que haya novedades en los fondos, si se me permite la expresión. Los orgasmos habían decrecido en intensidad y también un poco el vigor, pero era, quizás, un momento demasiado prematuro para dejar de frecuentarnos. Digamos que, desde mi punto de vista, habíamos saciado gran parte de la curiosidad que debe ligarse al sexo para que siga siendo dulce, pero no habíamos agotado las posibilidades y el deseo seguía latiendo, debajo del pecho o en nuestras entrepiernas, aún con cierta frecuencia y también con algo de intensidad.

Acomodé la espalda en la cabecera y me cubrí de la cintura para abajo con una cobija. Me preparé para soltar esa historia aprendida que he tenido que repetir un buen número de veces ante audiencias de toda índole. Sí, esa, la que ustedes leyeron al principio de este texto. Esta vez, no obstante, me preparé para contarla de forma más lineal, obviando algunas cosas y sin exagerar en el detalle. No le conté, por ejemplo, nada acerca de la falda que descubrí en la sala de espera ni palabra alguna sobre los senos de Amelia, la azafata. Tampoco dije nada sobre el hombre de traje que entró al baño

cuando el piloto ya sabía que nos íbamos abajo. En resumen, le conté puros hechos: una cronología directa, sin hipérbolos ni endulzantes.

La mirada de Martina estuvo atenta siempre, pero sus ojos se movían casi imperceptiblemente y con mucha velocidad, como cuando en el sueño se entra al estado *REM*. El gesto mudó también varias veces alrededor de sus ojos: las cejas subieron y bajaron por momentos, la boca se abrió luciendo tremendos marfiles preciosos y sus manos cambiaron nerviosas de posición. En un momento dado, cuando narraba la mitad de la historia, cuando le dije a Martina que todo esto había pasado hacía muy poco tiempo —aunque ella lo sabía, porque varias veces hice referencia a la dificultad que aún tenía para acostumbrarme a los movimientos cotidianos y porque le había dicho que aún no recibía mi prótesis— se llevó las manos a la boca y desorbitó los ojos. Estaba legítimamente aterrada, como si pudiera vivir con exactitud lo que vivimos todos los que estábamos a bordo esa mañana. Palideció.

—¿Qué pasa? —le pregunté— No te pongas así, todo salió bien.

—No, no todo —dijo mientras comenzaba a llorar.

Los espasmos del llanto interrumpieron la historia. Era, sin embargo, un llanto más cercano a la desesperación que a la empatía o a la tristeza ajena, que suele tener pocas lágrimas y un movimiento trémulo de la quijada. Se tapaba los ojos, se peinaba y se jalaba los rulos. Se rasguñó el cuello.

—Tranquila, por favor, no pasa nada —le dije y traté de abrazarla.

—Sí pasa, sí pasa, sí pasa —repetió por mucho tiempo.

Mi reacción natural fue confusa porque no tenía claro lo que estaba sucediendo. No supe si frenar la narración,

continuarla o levantarme apurado por un vaso de agua. Me había interrumpido definitivamente cuando mencioné que el accidente de avión había sido en México, camino a Veracruz y en un vuelo comercial. Supongo que en un principio pensó que se había caído mi avioneta o algo parecido y en ese momento, justo después de pronunciar la palabra Orizaba, había atado cabos y se había echado a llorar. Conforme los sollozos decrecieron en intensidad y Martina pudo hablar, la cuestión empezó a desempañarse. En ese momento estaba convencido de que a continuación escucharía cosas muy extrañas, esotéricas, fantasiosas y espirituales, pero no estaba preparado para que fueran tan increíbles. En principio pensé que bromeaba e incluso llegué a sentir la calidez de un llanto empático, pero no.

Antes de desenlazar el capítulo y de contar por qué dejé de ver a Martina después de ese episodio, hablaré un poco más de ella, porque así como yo dejé de frecuentarla, ustedes también lo harán a partir del capítulo siguiente. No habrá entonces nada más que la refiera y no quiero que se olvide tan fácil, no lo considero justo.

Martina creía que su mente —como la de todos los seres humanos— era muy poderosa. Pero no sólo en el sentido de poder influir en el cuerpo, por ejemplo, curando algunas enfermedades o provocando síntomas de otras, sino de manera mucho más profunda. Creía incluso en la telepatía y en la telequinesis, para no ir más lejos. Estaba convencida de que con el poder de la mente podía cambiar las cosas que sucedían alrededor de su vida y vivía en consecuencia. Por ejemplo, estaba convencida de que el hecho de pensar constantemente en atraer a una persona concluía en su acercamiento efectivo. Ahora que lo analizo, me parece que su creencia le adjudicaba

todo el crédito de nuestro encuentro, convirtiéndome en un esclavo de sus caprichos, como si yo no la hubiera deseado también y hubiera puesto de mi parte para acercarme. Pero eso no importa.

En alguna ocasión me habló de la Cienciología. Ella no era cientóloga, pero varias veces coqueteó con esa secta. Cuando me habló del tema recordé a un amigo que perdí hace mucho tiempo: Pedro. Era muy cercano, solía verlo al menos una o dos veces al mes para beber cervezas y cantar canciones viejas de Caifanes. Un día, así sin más, desapareció. Le llamé a su casa y me contestó su hermana —vivían juntos—, me dijo que se había ido a vivir fuera, a Estados Unidos, y que no volvería en unos cuantos años. Todas las preguntas subsecuentes que le hice chocaron contra un *no tengo idea, la verdad*, evidentemente aprendido por instrucción. Sospeché que lo habían encerrado en alguna cárcel o que estaba envuelto en un problema de adicciones del que yo no tenía noticia. Pero no, había ido a instruirse —y a endeudarse— a algún pueblo norteamericano. Eso lo supe cuatro años después al recibir una llamada de su parte que comenzó con una exclamación de alegría y terminó con el intento fallido de venderme unos libros de su nueva religión. No lo volví a ver. Investigué un poco y me enteré de que a los aspirantes a sacerdotes de la Cienciología (llamados no sin un velo grisáceo de burocracia secular *auditores*), los aíslan de la gente que pueda convencerlos de que todo es una enorme estafa. Martina había leído lo mismo y le había parecido clarísimo que se trataba de una mafia disfrazada de una religión que, a su vez, se disfrazaba de filosofía. Me dijo que John Travolta se había convertido a la Cienciología, por ejemplo, y que milagrosamente había recuperado entonces el protagonismo perdido en Hollywood, tierra de grandes cientólogos. También me habló de cómo

en algunos países de Europa no era considerada una religión, sino una secta (con varias demandas por timo, evasión fiscal y lavado de dinero) y me habló de su fundador, un escritor de ciencia ficción que se hizo millonario con el culto. Todo eso le pareció sospechoso. A quién no.

Luego me habló del libro *El secreto* (que, paradójicamente, es un *best seller* mundial). Me explicó que aunque al inicio no creía en los argumentos que se explicaban ahí, la experiencia propia le había enseñado que (si bien no por las razones que se aducen en el libro) los efectos que promete son reales. Ahondó en una plática muy aburrida acerca de los principios de religiones muy antiguas, como la de los estoicos, y mencionó autores que profundizaron en el budismo, en el platonismo, en las religiones herméticas y en Plotino. Estaba tan instruida en la defensa de sus creencias que había aprendido a cimentarlas con argumentos pretendidamente científicos, filosóficos o demasiado experimentales. Me habló también del inventor Nicola Tesla y de cómo, además de inventar la radio y de ser el domesticador definitivo de la electricidad, había lanzado ciertas hipótesis —¿profecías?— acerca de cómo la energía eléctrica influye y gobierna los pensamientos humanos.

Martina estaba llena de sabiduría teórica-argumentativa que partía de principios muy discutibles aprendidos con fuerza por sus ganas de entender el todo y de encontrarle sentido a la fugacidad de la vida en el mundo. Era demasiado positiva, pero sus creencias también le habían acarreado traumas terribles. Ahora explicaré el más severo, que justamente tiene que ver con el argumento central de *El secreto*. Ese argumento es, en pocas palabras, que todo lo que sucede en nuestras vidas —léase, la línea de vida de nuestro propio destino— es provocado por nuestros pensamientos. Que somos antenas de energía eléctrica o magnética lanzando y atrapando señales

a un espacio —no descrito con seriedad— en el que confluyen energías, hechos futuros, pasados y presentes, y otras tantas antenas como seres humanos. Los pensamientos son señales que atraen hechos y, lo sepa la persona o no, todo lo que sucede es efecto directo de los deseos y miedos que constantemente vuelven a su cabeza durante la vida. En resumen, somos y logramos lo que tememos y deseamos: si pienso en que ocurrirá algo conveniente y lo hago con *frecuencia* y con *intensidad* —ambos términos técnicos usados en el libro indistintamente también con su acepción metafórica—, ocurrirá. Y no sólo ocurrirá, sino que yo seré el principal o único causante de que ocurra. De ahí se puede inferir el trauma: si deseamos algo terrible y ocurre, pasamos de ser causantes a ser culpables. La carga ética es aplastante.

Martina no creía superficialmente lo que acabo de resumir de manera torpe en los párrafos anteriores, no. Estaba convencida de que *así* funcionaba el mundo. La experiencia le había corroborado en cada caso la hipótesis. Por supuesto, el análisis de la causa y el efecto sólo ocurría *a posteriori* y, cuando se intentaba experimentar algo *a priori*, había infinidad de pretextos que mostraban por qué no había ocurrido lo planeado: no hubo suficiente intensidad, faltó enfoque, no se ha alcanzado el nivel de meditación suficiente, etcétera. Dicho todo esto, se entenderá en el siguiente párrafo el llanto que interrumpió mi narración del avionazo.

Un hombre llamado Marcelo Souto había muerto en el accidente. Era un empresario pesado con muchos amigos en el gobierno del estado de Morelos, de donde era originaria Martina y su familia. El padre de Martina, que se dedicaba al negocio de bienes raíces, había sido prácticamente despojado por parte del gobierno de dos propiedades en el municipio

de Xochitepec que, más tarde, se convirtieron en exclusivos desarrollos turísticos. Le pagaron un precio irrisorio por los terrenos aduciendo que el Estado los utilizaría para un programa de desarrollo social. Esos lujosos centros habitacionales con múltiples áreas de esparcimiento, que fueron vendidos como pan caliente entre los más acaudalados habitantes de la Ciudad de México, habían sido construidos por una de las empresas de Souto. La familia de Martina sufrió un golpe económico devastador, al punto de que su padre, además de haber hipotecado su casa y vendido después sus demás terrenos para pagar la hipoteca, se había sumido en una profunda depresión que lo había llevado dos años después —según relató Martina— a atraer una serie de pensamientos negativos que se le convirtieron en un cáncer velocísimo en el colon. Algunos meses después, flaco como pez de río, había muerto entre las inmundas sábanas de una clínica pública, destruyendo el núcleo de la familia de Martina y dispersando una pesada y dañina energía en toda la zona sentimental que rodeaba ese núcleo. Martina había decidido entonces mudarse a la Ciudad de México y aislarse de esa inercia que, según dijo, la habría enfermado a ella también como enfermó a su hermano y a su madre. Cuando me lo contó, pensé que toda esa historia constituía un gran pretexto para evitar los cuidados intensivos que solicitaba su madre y para enjaretárselos así a su hermano, que con una enfermedad menos grave pero también muy incómoda, había tenido que encajar. Sigo pensando lo mismo. Después de saber este pasado, cada sonrisa de Martina y cada foto de su rostro o de su cuerpo subida a las redes sociales —siempre sonriendo y siempre presumiendo las curvas que mantenía, a veces sudada por el yoga en sauna, a veces por correr en el parque, a veces enrollada en las sábanas— constituía una prueba más del egoísmo de una persona que encontró las

razones exactas para tranquilizar su conciencia tras haber abandonado a su familia.

No obstante, las visitas mensuales a su madre continuaron y, por consiguiente, también continuó la acumulación de rencor al señor Souto. Y esos pensamientos negativos que, como yo lo entiendo en una revisión superficial de la situación, eran más reproches a su propia actitud que auténtico odio a alguien más, terminaron llevándola a tener deseos de venganza. *Ojalá que Souto muera pronto, no merece disfrutar la riqueza que ha logrado a partir de pisotear a los demás.* Eso pensó Martina durante varios meses, incluso años. Me lo dijo entre lágrimas. Trataba de evitar esos pensamientos con meditación, distrayéndose de sí misma con ayuda de mantras abstractísimos, pero no conseguía alejarlos del todo.

—Un día —me dijo—, desperté ligera. Me sentía diferente, alegre, liberada. Te juro que sentía como si pesara la mitad que el día anterior. Por la noche encendí la radio y escuché la lista de pasajeros que iban en tu vuelo. El señor Souto había muerto... Yo tiré tu avión. No lo hubiera querido, Marcial, te lo juro.

Volvió a llorar con amargura, a gritos pero también auténticamente. Llorar. ¿Qué energía enviará a ese limbo de ondas magnéticas un llanto tan amargo como el de Martina contra las sábanas? La posibilidad de una peste o de un terremoto apocalíptico crece, quizás. Una tormenta con relámpagos de tiempo.

Esa fue razón suficiente para alejarme cuanto antes de Martina. Un llanto verdadero, la creencia de que había tirado mi avión. La terrible culpa de ser la causante de que yo hubiera perdido la pierna y también de la muerte de Souto y de muchas otras personas. La religión que había adoptado se

le había vuelto en contra, como sucede con todas las religiones al experimentar la *libertad humana* que ellas mismas postulan y defienden. Martina se sintió ligera porque su mente había abandonado ya los pensamientos hostiles en contra de Souto sólo para darse cuenta, unas horas después, que sobre sus hombros pesaba ya la culpa del asesinato múltiple. Qué tristeza. Terrible tristeza.

Mientras escuchaba la historia de Martina y sus ondas radiales —ondas que causaron mi desgracia— no podía sino sentir lástima por ella. No tanto por la tristeza que ahora le embargaba sino por darme cuenta de la falsedad de ese llanto. Apenas unos días antes había entrado feliz de la vida a una fiesta, me había sonreído y se había metido a la cama conmigo. En mi discapacidad había encontrado quizás un escape de la culpa, un baño de karma. Así como se había olvidado de la carga de la enfermedad de su madre alejándose, se había olvidado en apenas unas semanas de su culpabilidad en el caso del avionazo del Pico de Orizaba. Si de verdad creía en esas tonterías de la energía y la atracción, resultaba pasmosa su comodidad ante la culpa de un homicidio premeditado —mejor calificativo, en esta ocasión, imposible—.

Estar con Martina un día más habría sido aceptar por completo mi soledad, aferrarme a una persona —que había aprendido a despreciar apenas en un par de horas— sólo por el afán de acostarme con ella cada tanto. Ese amargo llanto me pareció el colofón más patético de nuestra brevísima historia juntos. Me alejé sin mayores explicaciones en el momento en que se quedó dormida después de haber cansado su cuerpo como sólo se puede cansar con el llanto. No volví a contestar las llamadas que, un par de semanas más tarde, cesaron por completo.

Unas semanas después pensé: quizás no me alejé yo, quizás me alejó ella con el poder de su mente.

Volví al grupo de apoyo dos sesiones después. Si antes había dudado de las razones por las que me había metido en ese cuarto del sótano de la clínica, ahora me parecían muy claras: curiosidad y morbo. Quería saber cómo enfrentaban la vida los sobrevivientes, en especial los que habían terminado con una deformidad. La manera en que yo la estaba enfrentando era muy aburrida. Estaba Silvia, una azafata que había logrado sobrevivir pero que había perdido un ojo y que tenía el rostro muy maltratado. Cada vez que la miraba no podía evitar preguntarme si Amelia habría querido sobrevivir con semejante consecuencia. Pero Amelia murió. Sus pechos estarán ahora disolviéndose bajo tierra. No fui al funeral de los desdichados. Silvia tampoco, había estado en coma inducido durante dos semanas y ahora lucía demasiado delgada. Hablaré de ella más tarde.

También estaba Antonio Martel, el hombre que había entrado al baño para orinar en el momento justo en que el avión perdió la fuerza del primer motor. Había sufrido un golpe severo en la cabeza que lo había dejado al borde de la muerte. De manera milagrosa despertó después con un problema cerebral leve que le impedía hablar con fluidez natural, aunque esforzándose lograba una velocidad aceptable. No parecía decir incoherencias aunque con frecuencia olvidaba algunas palabras al hablar en público, quizás por el hecho de estar tan concentrado en la mecánica del habla y en la pronunciación correcta. También contaré su historia después, aunque ya he revelado lo más interesante.

Los otros asistentes parecían haber salido ilesos del accidente. María Lombardi se mantenía alejada de los demás bebiendo café soluble con lentitud, mirando, analizando, callando. Cuando entré, el grupo completo se volvió para mirarme. Tenía puesta mi nueva prótesis y había dejado ya las muletas. Llevaba un bastón largo de madera oscura en la mano derecha, aunque casi no lo usaba. Estaba en mi mano más de manera precautoria que asistencial. Algunos sonrieron como sonríen los alcohólicos cuando escuchan la historia de éxito de quien habla una vez más en el estrado. Si alguno de los asistentes se hubiera atrevido a aplaudir, los demás se habrían animado también y me habrían brindado una ovación en reconocimiento a la superación. Sólo era una prótesis, sin embargo, y por suerte a nadie se le ocurrió ejecutar la primera palmada.

Me senté en una de las sillas de la orilla del semicírculo. Los demás me miraban el rostro, luego la prótesis y luego se miraban entre ellos. Habían ya tramado el inicio de ese tejido de complicidades que significa la amistad. Yo, en cambio, era un intruso escéptico que no estaba ahí para ofrecerles lástima ni para cobijarlos con sonrisas. Eso no lo sabían aún, pero lo intuían. Y lo corroboraron más tarde, cuando me ofrecieron la silla presidencial para hablar y yo la decliné de manera tajante. Estar ahí y no hablar me convertía de inmediato en un obstáculo que incomodaba a los demás. Al menos María se mantenía lejos, mirando el salón y checando constantemente mensajes en su celular. Pero yo me había ido a meter ahí, al centro de la caverna, sin la intención de cubrir con elogios la fortaleza de su espíritu.

Un rato después apareció el psicólogo de Bravo, al que llamaré *Dr. R.* Cuando digo apareció, lo digo casi de manera literal, porque entró sin hacer ruido y se quedó mirándonos y escuchando a una mujer hablar recargado en una columna

cerca de la puerta del salón. La mujer que hablaba —tampoco diré su nombre, no lo tendrá en esta historia— fue la única que lo vio, porque le quedaba de frente. Su presencia le resultó un tanto intimidante. De inmediato moduló la voz hasta volverla casi inaudible. Su mirada delató la presencia del psicólogo y uno a uno volteamos todos a mirarlo. Se hizo el silencio. La confianza que había logrado el grupo en las sesiones anteriores se había diluido en segundos, en parte por mi presencia pero sobre todo por la llegada del individuo de traje gris. En más de una manera la escena se parecía al final de *El señor de las moscas*.

El *Dr. R* se acercó a nosotros. De manera paternal colocó la palma derecha sobre el hombro de uno de los asistentes y sonrió como maestro de kinder. Sus pequeños pacientes habían seguido las instrucciones al pie de la letra. *Bravo*, se merecían una estrellita. Le pidió por favor a la mujer de la silla central que continuara, pero ella alegó que ya había concluido su intervención. Entonces el *Dr. R* dio un paso al frente y tomó la palabra. Para él, ese grupo no era sino un experimento constante y el encargo encomendado de la aerolínea para la contención legal. Había ido a examinarnos, a ver si estábamos listos para dar el siguiente paso: comparecer ante los medios de comunicación.

Aquí debo dar un paso atrás. Desde que desperté en el hospital recibí mensajes a través de enfermeras, doctores y personal administrativo —además de varias llamadas telefónicas—, provenientes de representantes de distintos medios, pidiéndome que les concediera una entrevista. Lo mismo había pasado con todos los demás. Al menos con los que estaban despiertos y conscientes. Sin embargo, la aerolínea había logrado que un policía visitara a cada uno de los

sobrevivientes y les advirtiera, de viva voz o a través de sus abogados o familiares, que no era conveniente hablar con la opinión pública aún, puesto que podía interferirse con la investigación que un caso de esta naturaleza —en el que una compañía puede ser inculpada de la muerte de varias personas— obliga a llevar a cabo de forma automática. Las únicas apariciones ante cámaras y micrófonos habían sido del director general de Bravo y de dos de sus abogados. Ellos, sin embargo, habían prometido organizar pronto una rueda de prensa a la que asistiría la mayoría de los sobrevivientes para ofrecer su declaración o, en otras palabras, narrar su historia personal. La noticia del accidente había pasado, dos días después del sepelio de los caídos, a formar parte del relleno informativo no sustancial de los diarios impresos y prácticamente había desaparecido de la televisión y de internet. Los medios informativos dejaron hace mucho de informar noticias o de enlistar hechos, ya ni siquiera ofrecen una opinión sobre lo que sucede (a menos que estén manipulando una historia política, cosa que sucede a diario). Lo que hoy sube el *rating* son las narraciones, las historias, los relatos verídicos. Somos adictos a lo narrado, me dijo una vez María Lombardi, citando a un científico de origen árabe llamado Talleb. El mismo que formuló la Teoría del Cisne Negro que me platicó apenas la conocí. Y es cierto. Basta con encender la televisión y observar cómo todo lo que sucede ahí es una historia narrada, romántica (en todos los sentidos): desde los noticieros hasta los partidos de fútbol. A una sucesión de hechos simples, como la caída de un avión, los medios tratarán de encontrarle un hilo narrativo. Por eso querían entrevistarnos, no para obtener ninguna información relevante. Sin embargo, la aerolínea no podía arriesgarse a que cada quien contara su versión de los hechos sin haber logrado antes

amalgamar los recuerdos colectivos en una misma historia, llena de heroísmo y muy poco técnica. Las reuniones en grupo habían preparado a los sobrevivientes para salir al mundo real —a mí no, pero no porque hubiera descubierto sus planes con antelación, sino porque sólo había asistido a dos sesiones y casi no había escuchado ninguna intervención de los participantes—. La presencia del *Dr. R* en la sala esa noche era la señal de que podíamos hablar. La conferencia, no obstante, habría de ser organizada y moderada por ellos, para dar preferencia a algunos reporteros específicos, minimizando así los riesgos de las variables de la libertad de expresión.

El *Dr. R* escuchó con paciencia nuestras preguntas. Y aunque habló poco, sonrió mucho, supongo que por la satisfacción del deber cumplido. Todas las intervenciones apresuradas esa noche tenían que ver con la trágica historia de la supervivencia extrema y casi ninguna cuestionaba las causas específicas de la caída del avión. La falla de los motores de la aeronave, se nos había dicho desde el principio, había sido clara: un relámpago golpeó el avión y descompuso el primero. La sobrecarga de potencia había terminado por quemar el segundo cuando la nave estaba cerca de lograr el aterrizaje de emergencia, de manera que la caída de los últimos metros fue libre, únicamente guiada por la enorme inercia de la velocidad. La nave no falló por falta de mantenimiento, dijeron, tampoco hubo errores humanos en las maniobras de emergencia. La explicación completa de la caída del avión duraba no más de dos minutos cada vez que fue requerida por parientes y reporteros en las primeras horas después de ocurrido el accidente. Y con esa nos quedamos todos: la versión oficial. Lo que se construyó después, la farsa de los peritajes y la caja negra, no había sino corroborado la hipótesis del rayo, que dicho sea de paso no pudo haber salido de otro lugar que de un escritorio

en una reunión de emergencia entre el departamento legal y la dirección general de la empresa.

El *Dr. R* nos preguntó quién quería abrir la conferencia. Antonio Martel levantó la mano con seriedad. Le dijo al psicólogo que él estaba listo para hacerlo, que se apoyaría en un texto escrito con el que trataría de plasmar los sentimientos comunes que había logrado recoger de todas las sesiones. Mientras nos miraba a todos a los ojos, pero especialmente a mí, no dejó pasar la oportunidad de decirle al doctor que él había sido uno de los pocos que había asistido a todas las reuniones. En sus ojos se leía un orgullo desbordado. Al doctor le pareció genial la iniciativa de Antonio. Había notado, además de su orgullo, de su sentimentalismo y de su energía, la dificultad con la que hablaba. Aunque quizás habría tenido algunas dudas de su capacidad para pronunciar un texto leído, seguramente le pareció perfecto el detalle de que una persona con una leve discapacidad arrancara el discurso. Más romanticismo a la narración, una verdadera telenovela.

Dos días después, a las 11 de la mañana, llegamos al hotel Fiesta Inn que está frente a la glorieta de Colón en Reforma. Estacionados en la parte lateral de la avenida, sendos camiones de las televisoras más importantes del país lanzaban señales a través de un enorme plato empotrado al techo. Nuestro autobús era un vehículo utilitario de la Secretaría de Gobernación que nos había recogido a las 10 en la entrada del sanatorio San José. Apenas llegó al hotel y se estacionó, una nube de cámaras y reporteros amenazó la puerta del autobús —custodiada por policías de motocicleta— y la ribera del pasillo formado por columnillas de plástico negro con cordones, como las que ponen en las filas de los bancos, que llevaba hacia el interior del *lobby*. Los vi por la ventanilla del bus. A mi cabeza

acudieron dos imágenes que, no casualmente, había visto en televisión: el episodio de *Lost* en el que algunos sobrevivientes de la isla ofrecen también una conferencia de prensa y la llegada de las selecciones de fútbol a los hoteles de concentración en los mundiales. Me imaginé en las pantallas de tele de todos mis amigos, de mis profesores de la universidad, de mi exesposa. Qué fastidio.

Adentro, una mesa alargada con un mantel blanco y 14 sillas —algunos de los sobrevivientes prefirieron no asistir— cubría la mayor parte de la superficie del escenario. Es prudente decir en este momento que yo sólo accedí a ir porque, en primer lugar, no quería perderme ningún momento importante de nuestra propia telenovela y, además, porque la gente de la aerolínea fue muy insistente (quizás hasta intimidante) para que aceptáramos la invitación. Sobre todo con los que teníamos una consecuencia notoria del accidente, lo que en automático nos convertía en actores protagónicos y no en simples comparsas de la situación. Los seis o siete que no fueron, entre ellos Silvia, la azafata, tuvieron que esgrimir cansados pretextos una y otra vez para que les permitieran su ausencia. Casi se trataba de una comparecencia de carácter legal, como una declaración ministerial o algo por el estilo. Una mujer coordinaba la logística con energía, ayudada de un audífono embonado a la oreja y un pequeño micrófono pegado a la mejilla. Era la productora del evento, una figura parecida a la *planner* de las bodas de alcurnia.

Apenas entramos, un estruendo de aplausos nos sacudió. La sala estaba llena de más reporteros, camarógrafos, fotógrafos y empleados del hotel ávidos de escuchar y de llorar por y con nosotros. No me hubiera sorprendido descubrir que los aplausos habían sido iniciados por algunos personajes de la producción camuflados como reporteros entre la multitud.

Habían pasado cuatro o cinco semanas desde el accidente y la historia periodística estaba a punto de renacer en todas las portadas. Algunos de los del grupo comenzaron de inmediato a soltar lágrimas. Lágrimas de agradecimiento, supongo, ante el aplauso unánime. Pero, ¿por qué nos aplaudían? ¿Por haber sobrevivido?

Detrás de la mesa reservada para los héroes había un enorme logotipo de la Secretaría de Gobernación, institución gubernamental que, vale decirlo desde ahora, no tuvo mayor inferencia en el caso de los llamados *Sobrevivientes de Orizaba* que la organización de la conferencia y la difusión de un menudo boletín surgido de ella. Los reporteros nos fusilaron con ráfagas de flash en cuanto estuvimos todos de pie detrás de nuestras sillas. Un papel doblado con nuestro nombre impreso por ambos lados nos separaba de los mortales, indicándonos el lugar exacto que nos correspondía en ese olimpo de turno. Sólo faltaron botellas de champán y papeles multicolores flotando por los aires para darnos una bienvenida a la altura de la ovación que recibimos. Nos sentamos y se hizo el silencio. El *Dr. R* subió al podio. Dijo:

—Después de unos días terribles que han servido para la resignación de todos ante la lamentable pérdida humana y, por otra parte, para la franca recuperación de estos increíbles hombres y mujeres, estamos aquí reunidos para escuchar lo que tienen que decirnos. Antonio Martel, sentado aquí a mi izquierda, ofrecerá unas palabras para tratar de resumir el sentimiento de todos. Después quedará abierto el micrófono para los demás integrantes del estrado, en caso de que quisieran hacer una declaración a título personal. Por último, abriremos una ronda de preguntas y respuestas por el tiempo que sea prudente y necesario. Antes de ceder la palabra, quisiera recordarles a todos la naturaleza de esta reunión y la

importancia de los acontecimientos para la vida de cada uno de los que se encuentran de este lado de la mesa el día de hoy.

Hizo una pausa dramática.

—La naturaleza no perdona. El azar tampoco —palabras elegidas con precaución—. Estos hombres y mujeres... estos sobrevivientes, luchadores... héroes... han logrado vencer al destino. Un viaje de rutina, de los que suceden cientos o miles en un solo día, se convirtió en el evento que cambió sus vidas. Por supuesto, muchos de ellos perdieron a gente cercana en el camino... y les debemos todo nuestro respeto y apoyo. Como ya se ha dado a conocer en diferentes oportunidades, las causas del accidente son completamente ajenas a nuestra jurisprudencia humana. Algunos le llamarán suerte, otros destino. Un relámpago cortó la vida de varios seres humanos en un abrir y cerrar de ojos. Y a todos ellos los recordaremos con cariño y su memoria los mantendrá vivos, con nosotros, inmersos en esta sociedad que día a día construimos. Ahora están aquí —dijo con la voz hecha nudo, casi soltando una lágrima primigenia— los elegidos por Dios. Y quieren compartir su experiencia con nosotros. Seamos civilizados, prudentes, humanos... Por favor, les pido que tengan esto en cuenta cada vez que formulen una pregunta... Estamos aquí para escuchar y aprender el valor del coraje y, por qué no, tal vez también una lección de vida.

Escuchaba las palabras del *Dr. R* desde mi asiento. Cómo retumbaban las enormes bocinas que escoltaban la mesa. Y el eco. Podría haber apostado a que sus lágrimas eran parte de la estrategia de control de daños de la aerolínea, así como evidentemente lo eran todas y cada una de las palabras pronunciadas por él. Hablar de valentía, de destino, de coraje, de azar y de Dios en un mismo discurso no puede significar

nada más que manipulación. El *Dr. R* era, al parecer, un digno portavoz de las corporaciones y del sistema de gobierno mismo. Ahora pronunciando un discurso que, aunque no tenía anotado, con toda seguridad había tenido que ser aprobado por el secretario de Gobernación e incluso por la presidencia de la República. Un verdadero lacayo fiel del sistema, ¿cuánto dinero estaría embolsándose por llevar a cabo toda esta obra teatral? Y nosotros formábamos parte del elenco. Algunos de mis compañeros habían vuelto a llorar. La verdad es que yo, durante ningún capítulo de esta historia, que ustedes ven escrita pero que es real en cada palabra, derramé una sola lágrima. Ningún relato me conmovió lo suficiente como para romper en llanto. Acaso las veces que pensé en Amelia, a quien en realidad nunca conocí más allá de las buenas tardes que le proferí al subirme al avión. O al recordar la falda verde de la sala de espera, esas piernas de las que no recuerdo rostro. Pero nada más. Ni los ojos perdidos ni la indiferencia de María Lombardi. Tampoco los discursos iniciáticos del *Dr. R* ni las narraciones pausadas y lodosas de Antonio Martel. Quizás estaba acumulando tristeza o lágrimas que debieron haber sido derramadas. Quizás después terminaría pagando el precio de la insensibilidad. Pero no lo hacía a propósito, era sin querer. Simplemente no sucedía.

Miré a María, sentada en el extremo de la mesa. Observaba, una vez más, como estudiando a estos especímenes raros que éramos ahí sentados, frente a una jauría de narradores periodísticos. Ella, sin duda, formaba parte de la muestra. Era evidente que estaba ahí por compromiso: por fría y reacia que pareciera, no por eso dejaba de ser empleada de una empresa paraestatal con un perfil público. Y este era un evento oficial.

Pensé en lo que significaba atravesar esta nueva etapa narrativa, la de enfrentar nuestra breve historia con el mundo.

Todo lo que sucedió después del accidente fue desproporcionadamente más largo y tortuoso que el accidente mismo, incluso que sus consecuencias. Además era todo falso. Y no sólo me refiero a la conferencia de prensa y a las notas informativas emitidas por la aerolínea y por las entidades sanitarias y gubernamentales involucradas, sino a todo lo demás: la empatía de los médicos, la actitud adoptada por los parientes y amigos cercanos, los grupos de autoayuda en el sanatorio, las charlas con el *Dr. R*, la insistencia de los reporteros en lograr una entrevista uno a uno con cualquier sobreviviente. Lo único que no era falso era la muerte, como sucede siempre. Ellos sí, los muertos, habían cambiado de forma definitiva el estatus sentimental de algunas personas. Pero la bandera a media asta durante dos días, la seriedad del viejo conductor de noticias del Canal 2, el funeral televisado, las flores en las tumbas —en especial las coronas más grandes—, las esquelas —en especial las que se publicaron a color y con el logo de alguna empresa—, las pláticas en el café... Era todo de una falsedad terrible.

La conferencia continuó. Antonio Martel subió al estrado y la dificultad para pronunciar algunas letras o, mejor dicho, la combinación de algunos fonemas, como la **ene** seguida de la **erre** o de la **ele**, no tardaron en lograr el efecto deseado en la audiencia por parte del psicólogo. Si los reporteros estaban ya conmovidos, con los nervios derramados, no puedo imaginar lo que fueron algunos televidentes, cuando las imágenes y los sonidos recogidos ahí se editaron en forma de relato sentimental, a la manera del camino del héroe. En un momento dado hizo una pausa. Su traje perfecto, la barba bien rasurada, la camisa planchada ese mismo día por la mañana, los zapatos recién lustrados. Aclaró la garganta. El *Dr. R* no tardó en acercarle una pequeña botella de agua Ciel —patrocinadora oficial de los eventos que ensalzan la calidad

humana—. Prosiguió. Su texto no era sino un relato meloso, condimentado hasta la náusea, de lo que en realidad sucedió a bordo del avión. Habló de un sueño premonitorio que tuvo la noche anterior al vuelo, de las pequeñas señales que habían estado presentes dentro del fuselaje pero que nosotros, humanos ciegos y acostumbrados a tener un suelo firme que pisar a cada paso, no sabíamos ver. Comenzó con una sonrisa y terminó desencajado, verdaderamente conmovido. Arrancando aplausos dos o tres veces antes de haber terminado por completo. No dijo nada, por supuesto, de las cuestiones técnicas. De la forma en que las aerolíneas tratan como ganado a las personas, por ejemplo, o de cómo es posible que un avión que atraviesa una pequeña tormenta eléctrica no esté diseñado para soportar el golpe de un relámpago. No se cuestionó nada, ni desde el ámbito legal ni tampoco desde su propia historia vital. ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué a él? ¿Por qué se dice que no hubo error humano si el avión atravesó una zona peligrosa? ¿O por qué si aquella no era una zona peligrosa se produjo un evento que terminó matándonos a todos? ¿Por qué no demandamos hasta exprimir el último centavo de una aerolínea que ahorra en nuestra seguridad? ¿Por qué no exigimos que se hagan peritajes profesionales y no poéticos? No, ninguna pregunta. Nadie la hizo. Tampoco yo. Sólo escuchamos una dramática relación de breves hechos reales mezclados con largas imaginaciones colectivas y esclarecedoras e iluminadas conclusiones edificadas por un grupo de gente sensible en situación vulnerable.

Llegaron los aplausos y las lágrimas, ahora sí sin censura ni pudor. Parecía que estábamos celebrando algo. Ninguno de los otros sobrevivientes quiso añadir nada a la narración inicial. Si no se había preparado un texto *ex profeso*, cualquier cosa hubiera quedado corta frente a la conmovedora historia

que acabábamos de escuchar. La mirada encharcada de Antonio agradecía a los asistentes como si estuvieran pidiéndole un *encore* y él se negaba humildemente a ofrecerlo. Con las manos, como político, aceptó los aplausos y sonrió con la sonrisa más grande de la Tierra, una mueca adormecida por los nervios muertos que se escondían debajo de sus mejillas, los labios casi escapándosele por encima de los pómulos: una verdadera transformación.

Había pensado hacerlo más adelante, pero creo que este es buen momento para construir la radiografía de Antonio Martel, aprovechando el instante cúspide de su vida, que estamos transitando ahora, cuando recibe un caluroso concierto de aplausos y agradece desde el estrado, como si recibiera el premio Nobel. Tengo esa imagen bien grabada en la cabeza: imagínenlo así, sonriente, ligeramente discapacitado, disfrutando al fin el reconocimiento de todos sus méritos, sus sacrificios, sus decisiones. Congelen la escena y manténganla ahí, fija a un pizarrón imaginario mientras hablamos de él. Una imagen que hace referencia constante a su humanidad. Esa imagen, bien editada y retocada, debería ser también la de su perfil de Facebook. Quizás lo sea, no he visitado las redes sociales desde hace un buen tiempo.

La información que voy a referir me la proporcionó él, palabra por palabra, mientras comíamos en el hotel de la conferencia, después de atender a breves entrevistas personales con algunos reporteros seleccionados por la aerolínea. No me lo contó como la voy a exponer, naturalmente, yo también estoy tratando de sacar de todo esto una narración romántica e interesante. Además, los datos están bañados con un *gravy* de juicios propios, de manera que el retrato de Antonio que están por leer es más bien una caricatura.

Antonio Martel, Toluca, Estado de México, 1979. Al momento del accidente tenía cuarenta años. Es el tipo de persona que, durante los días de vacaciones de fin de año, hace un recuento de lo que ha pasado en los últimos doce meses y compara el resultado con lo que tenía pensado que sería su vida a estas alturas del año anterior. Esos momentos de reflexión habían sido iguales durante los últimos 12 años, desde que se casó con Eugenia y se mudó a esa gigantesca casa en Santa Fe que aún no terminaba de pagar y de la que secretamente se había arrepentido de comprar apenas un par de semanas después de mudarse. Diciembres, meses familiares. Siempre se encontraba solo por la tarde del 24, mientras sus dos hijos pequeños jugaban videojuegos en su iPad y su esposa comenzaba el larguísimo ritual de arreglarse y envolver regalos para los hermanos, los primos y sus hijos. A él le tocaba preparar la cena, que era siempre pavo y que era siempre transportada en un refractario de vidrio gigante cubierto con papel aluminio a casa de sus padres, donde se pasaba tradicional y forzosamente la noche de navidad. La preparación del pavo era sencilla y su cocción muy lenta, así que al final de la tarde, cuando ya entraba la oscuridad, prendía las luces del árbol y se sentaba a tomar vino o whisky en la sala mientras pensaba si su vida era o no lo que andaba buscando desde niño. Hacía el recuento ya mencionado del año y luego el recuento de los recuentos anteriores, es decir, de la vida entera. Analizaba uno por uno el estatus de sus relaciones más importantes, comenzando con la de Eugenia, su esposa y único amor; pasando por la que tenía con sus hijos —sin duda la más cambiante—, las amistades más cercanas y su equipo laboral. Yo lo imagino con uno de esos suéteres navideños. Quién sabe si usaría corbata para las cenas de Navidad, pero estoy seguro de que usaba pantalones caqui de corte *sport* y zapatos en el mismo tono que el cinturón que le fajaba la camisa.

Aquí viene mi interpretación de su biografía, desde luego no autorizada y quizás falsa, pero sí muy estereotipada y verosímil, obtenida de los retazos de información que me fue brindando en su voz lenta y débil mientras comíamos.

Desde niño fue lo que le dijeron que tenía que ser: un estudiante aplicado, un hijo bien portado, un novio respetuoso. Se casó hace 16 años con su amor de la universidad, con quien no tuvo sexo sino hasta después de haberle dado un anillo de compromiso. Seguramente no fue infiel salvo en el privado de algún prostíbulo y no estuvo desempleado nunca más allá de dos o tres meses. Estudió administración de empresas en una universidad privada y allí hizo muchas amistades, entre la generación emergente de empresarios del país. Con seguridad se emborrachó de cubas de Bacardí blanco y coca-cola y manejó su auto estando ebrio varias veces. Estoy seguro también de que siempre escuchaba la música de moda, la misma que ponían en los antros a los que acudía cuando era más joven, y que nunca se encariñó con algún cantante o alguna banda específica. Asistió a muchas reuniones en terrazas abiertas con salas que aguantan la intemperie y las pocas veces que bebió tequila lo hizo en shots y de un solo trago. Empezó a usar loción a los catorce años, época en la que sus padres comenzaron a darle permiso de salir a casa de sus amigos y de elegir sus propias camisas. Usa la misma desde entonces, considera que es parte de su esencia de individuo. Estrenó *jeans Levi's 501*, unos azules y otros negros, combinándolos con suéteres Benetton y camisas Furor, que estaban en boga durante su juventud. También sigue usándolos hoy. Se peina con gel tratando de evitar que el pelo se le haga rulos y últimamente ha comenzado a utilizar *Just for men* para esconder las canas.

Imagino su primera borrachera, no muy distinta que la última. Lo imagino tomándose los jueves para ver a sus amigos

de la universidad y beber cervezas viendo el futbol americano en un cuarto construido para ese fin en el sótano de la casa de alguno. Lo imagino argumentando por qué *Stairway to heaven* es la mejor canción jamás escrita. Lo imagino también cantando canciones de Timbiriche en las bodas, acompañado de una estúpida coreografía, frente a su mujer, en el centro de la pista de baile. Visualizo su camisa desfajada apenas pasadas las dos de la mañana, el sobaco húmedo y en la frente una corbatita de hule espuma que ha sido repartida entre los danzantes de la boda para hacerla más divertida. Imagino su Facebook lleno de fotos en esas mismas bodas, haciendo muecas en grupo mientras el que aparece en el extremo derecho de la imagen sostiene un marco de plástico que los envuelve a todos. Adivino sus posteos de fotos en restaurantes con su esposa y una botella de vino, con el pie de foto que dice *feliz aniversario* seguido de un iconito de cara feliz lanzando besos. Imagino la forma en que convenció a su esposa de hacer un viaje a Dallas sólo para ir a un partido de los Vaqueros mientras ella se iba a comprar cremas a Victoria Secret's o a caminar por los pasillos de un museo menor. Supongo que cada año intenta ir a Vail o a Aspen a esquiar. Lo imagino en Valle de Bravo con sus bermudas Lacoste y una cerveza Corona servida en vaso con clamato y sal.

Así lo imagino. Así lo descifraba mientras hablaba. Así debe ser. Es este tipo de persona, si se me permite encasillarlo. Quiero encasillarlo para entenderlo mejor, para convertirlo en personaje literario...

Continúo. Antonio tenía la barba siempre bien rasurada en forma de candado y un pequeño grano que cambiaba cada semana de lugar, a veces en la frente, otras más en la mejilla, pero que invariablemente había sido exprimido y rasgado durante varios minutos por la mañana, de manera que lo

veíamos siempre con una pequeña costra en nuestros encuentros nocturnos en el sótano del sanatorio.

Me dijo que esa Navidad, la que estábamos a días de transitar, sería difícil. *No soy la misma persona que antes del avionazo —me dijo—, he cambiado mucho. Antes —continuó— di por sentado muchas cosas. Mi esposa, mis hijos, mi casa, mi trabajo. Pero ahora me estoy dando cuenta de que nada es así por siempre. Las cosas cambian: de un momento a otro estás muerto o afectado, como yo. Definitivamente no soy la misma persona que subió a ese avión. Hoy, cuando llego a mi casa después del trabajo, lo primero que hago es besar a mi esposa, besar a mis hijos. Ya no digo ‘hola’, sino que los aprieto entre mis brazos y valoro lo que tengo, ¿me entiendes?*

Por supuesto que te entiendo, no es tan complejo y no soy idiota —pensé.

Tengo la impresión de que Antonio es un pasajero de la vida. Un pasajero *Business Class*. Hace lo que le toca hacer en cada caso y nada más. Y la vida reacciona de manera positiva. Ahora que su avión se accidentó y que él se salvó de milagro, le toca aprender, crecer como ser humano, aceptar que su espíritu se ha enriquecido y, quién sabe, quizás también enseñar algo surgido de sus nuevas experiencias. *Valorar lo que tengo*, dijo, usando una frase que cogió del discurso de todos los que están a su alrededor (no dijo *valorar lo que soy*, porque quizás para él es la misma cosa). Su mujer se la habría dicho justo después de que se enterara de que se había afectado su capacidad de hablar por un trauma en la cabeza. Su médico se la habría dicho varias veces, como me la dijeron los médicos a mí. Sus compañeros de trabajo también, reunidos a un lado de la cafetera de la oficina, colocándole la mano en el hombro y alguna mujer quizás apretándole el

brazo solidariamente. El sacerdote del domingo también le habría tirado el verbo *valorar* mezclado con alguna otra frase determinista disfrazada de providencia. El psicólogo particular —porque seguramente tenía uno— se lo habrá repetido en varias consultas. Sus padres también, en la primera comida familiar después del accidente, en la que quizás hubo un pastel con velas que utilizaron para festejar que había vuelto a nacer —esa expresión tan oriental, tan paliativa— mientras decían *salud* chocando vasos desechables rebosantes de Sidral y Sprite con hielos. Entonces él había quedado convencido de que eso era lo que tenía que hacer, *valorar*. Despertó, pues, del sueño dogmático de la clase media-alta, ese que suaviza la vida con comodidades infinitas, y ha comenzado a valorar esas comodidades. Valorarlas es lo mismo que vivirlas de forma cotidiana, porque en el fondo sigue dando por sentado que las tendrá para siempre. Y las tendrá para siempre. ¿Qué sigue? ¿Qué debe hacer ahora después de haber aprendido a valorar? Está en busca de esa respuesta, necesita que se la digan como le dijeron que estudiara una carrera que le dejaría dinero y amistades importantes. Necesita que le digan qué hacer como cuando le dijeron que consiguiera una novia de buena familia, como cuando le dijeron que se casara, que tuviera dos hijos —y no uno o cero o cinco—, que se consiguiera una casa en Santa Fe, una camioneta BMW con televisiones individuales en los asientos traseros, que fuera a misa todos los domingos de su vida hasta que ya no pudiera ir y tuviera que mirarla por televisión, que se comprara un seguro de gastos médicos mayores, que pidiera un aumento de sueldo, que invirtiera en la casa de bolsa, que tomara ansiolíticos para dormir, que dejara de consumir azúcar refinada y que se pusiera a correr en un gimnasio después de comprar unos tenis Adidas diseñados para correr sobre banda de gimnasio. ¿Qué tiene

que hacer ahora, que ha pagado cuotas e hipotecas, que ha enseñado a su hijo a rasurarse aun antes de que le salga el bigote, que ha hecho una maestría en marketing, que ha conseguido dejar de fumar y ponerse en forma, que ha rezado penitencias por haber deseado a casi todas las mujeres de sus amigos (y haberse masturbado pensando en ellas), que ha sobrevivido a un accidente aéreo viajando en primera clase?

Antonio miraba con ojos claros, inocentes, que se desviaban cuando uno les prestaba atención. Comía con lentitud y sin ganas, limpiándose la boca cada tres minutos con la servilleta de tela que había puesto en su regazo el mesero. Mientras hablaba tenía ganas de exponer sus sentimientos, quizás por este nuevo afán de ver las cosas de una manera diferente, más profunda y más atenta. No le interesaba saber nada de mí, quería reunir información trascendental para hacerse con un plan de acción para los siguientes años. Le habían dicho que este accidente es uno de esos parteaguas en la vida, que algo quería significar, que algo tendría que cambiar. Era una señal, le dijeron, *las cosas pasan por algo*. Pero no le habían dicho de qué era una señal ni cómo. No había estadísticas a la mano, porque dentro de los aviones que se caen no sólo viajan personas de bien, estudiosos, comprensivos y cariñosos con su familia. No, también hay muchos pobrediablos que no sacan nada de una experiencia así más que anécdotas y atención. Y entonces no estaba dado lo que tendría que hacer ahora. Por lo pronto le había parecido correcto ir a las sesiones, crear concienzudamente una cursi narración colectiva de lo que había sucedido, creérsela y aprendérsela, y seguir todas las indicaciones al pie de la letra. Pero pronto el fuego de la novedad se extinguiría, la gente volvería a ocuparse de sus asuntos y le llamaría por teléfono sólo cuando necesitaran algo de él,

que era muy pocas veces. Y entonces quedaría el accidente atrás y volvería a ser el Antonio Martel que se subió al avión, sin nada nuevo que mostrar y sin conmover a nadie con su voz lisiada. Quién sabe si quería volver a eso, se lo tendría que haber preguntado.

—¿Crees en Dios? —le pregunté porque la curiosidad me explotó dentro.

—Sí —respondió cobardemente. A cierta gente mayor le da miedo negar a Dios.

—¿Cristo? ¿La Biblia y todo eso?

—Sí —volvió a mentir. Poca gente mayor cree que el primer hombre fue Adán.

—¿Por qué crees que te pasó esto? El avionazo, el golpe...

—Porque Dios quiso. ¿Sabes cuántos sobrevivientes hay, en promedio, de un avionazo?

—No tengo idea.

—Menos de tres por ciento. Somos verdaderas pepitas de oro, Marcial.

—¿Sabes cuál es la probabilidad de accidentarse en un viaje en avión comercial? —le pregunté.

—No.

—Yo tampoco, pero debe ser mucho menor que tu tres por ciento. Somos pepitas de oro, en efecto. Nos ha sucedido algo muy improbable y, dentro de esa improbabilidad, hemos vuelto a sacar el boleto premiado. ¿Crees que merecías el accidente? Digo, ¿crees que Dios nos ha querido decir algo a ti y a mí, en específico, que perdimos algo con el golpe final?

—No sé qué, pero estoy convencido de que sí. Quizás me dijo que viviera más. Eso quiere de nosotros, tal vez. Que vivamos. Habrá que descifrarlo.

Estoy completamente seguro de que Antonio continúa sintiéndose orgulloso de haber sobrevivido. Estoy seguro de que, para sus adentros, él sobrevivió por tres causas principales: pericia, disciplina y providencia. Dios quiso. Él hizo. Él quiso. Se considera a sí mismo un héroe, estoy convencido de ello. También creo que, si tuviera el talento, explotaría su historia hasta las últimas consecuencias. Iría por las universidades como va por los pasillos de su oficina contando y diciendo y dibujando en un papel pequeños planos para que la gente ubique mejor la región en la que sucedió el accidente, el lugar por el que se partió el fuselaje, la posición que él ocupaba dentro del avión. Estructuraría su historia y añadiría más detalles heroicos a cada pasada, a cada conferencia. Resumiría su experiencia en máximas y podría convertirse en un *coach* de vida, un motivador profesional. Pero no tiene la capacidad. Seguirá para siempre siendo Antonio Martel, el sobreviviente de Orizaba que trabaja como director de marca en esa empresa transnacional. ¿Lo conocen? Sí, yo creo que lo conocen. Todos conocemos por lo menos a un Antonio Martel.

Hablé poco más con él. No hubo nada que nos conectara salvo quizás la cobardía. Él nunca aceptaría que no se creía esas historias de la Biblia. Yo nunca aceptaré que fui señalado por el destino para sobrevivir al accidente. Nunca contaré esta historia pavoneándome. Yo no hice nada, nadie hizo nada. No salvamos a nadie ni sobrevivimos por nuestra cuenta. No caímos en una isla desierta ni construimos casas con trozos de palma. No podremos decir que después de salir del avión en llamas, después de pasar hambre y sed, después de matar al oso pardo que nos acechaba, corrimos cientos de kilómetros sobre una costa desierta hasta un punto donde un buque de carga nos vio y nos subió a cubierta. No. Nos

dejamos caer entre rezos y gritos como víctimas de un sacrificio, entregados, sin hacer ningún esfuerzo. Y luego alguien nos recogió, alguien nos donó sangre, alguien nos cuidó hasta que volviéramos a habitar nuestras cabezas y saliéramos de nuevo a la calle. No hicimos nada más que llorar como niños y dejar que nos cargaran como cachorros lisiados.

No somos héroes, sino apenas anécdotas. ¿Estás leyendo esto, Martel? No eres un héroe.

5:40 de la madrugada. Daba vueltas en la cama porque no podía dormir. No sabía por qué pero me imaginaba que algo tenía que ver el exprés doble que me tomé después de la cena. Miraba el cielo que era el techo pero mis ojos no estaban del todo abiertos, así que ese breve resplandor grisáceo bien podría haber sido el cielo. Mi mente daba vueltas por alguna pradera fría. Hacía frío. Sonó el teléfono.

Dijo mi madre que el episodio había comenzado en calma. Dijo: *tu padre tosía como todas las noches desde antes de haber dejado de fumar, hace ya más de dos años. De hecho dejó de fumar por culpa de esa tos. Tosió y tosió carraspeando la garganta, pero esta vez no se detuvo.* Eso dijo mi madre.

Así eran los episodios: su tos era una marea de enfermedad que rompía cada dos o tres minutos en su laringe, convulsionándolo en ráfagas de cinco o seis repeticiones que terminaban con mocos en la boca. Esta vez se volvió insoportable después de cuatro horas de ruido continuo. Mi madre dice que, aunque tosía todas las noches, la longitud de los eventos no había ido creciendo, sino que pasó de un día para otro de los cinco minutos a las cuatro horas. Naturalmente mi padre comenzó a sentir fuertes dolores musculares, espasmódicos, en el abdomen. En un momento dado se levantó de la cama para ir al baño: vomitó sangre. Pero no sangre roja que sugiriera lesiones en la garganta, sino negra, de esa que viene desde el estómago. *Pensé que algo se le había reventado*

—dijo mi madre— *y supe que había que traerlo de inmediato al hospital.*

—¿Por qué no me llamaste cuando lo llevaste al hospital?  
—le pregunté.

—Era muy noche, hijo. Te iba a llamar por la mañana, pero el médico de guardia trajo rápido los resultados preliminares. Por eso te llamo ahora.

—¿Ya saben qué es?

—Dicen que no, pero sí. Tiene cáncer, hijo. Del malo. Grave. Eso dicen las pruebas de detección que le hicieron, aunque faltan las de diagnóstico, por eso no dicen que sí.

—¿Entonces no sabes si tiene o no?

—Sí tiene. Lo hubieras escuchado toser. Y la sangre, hijo. Tu padre se está muriendo, eso me quedó claro.

Mi madre es una mujer dura. La fortaleza de su espíritu podría confundirse cualquier día con indiferencia, egoísmo, solipsismo. Yo la conozco bien: es mera fuerza. Debajo de su rostro y de sus palabras, debajo de esa aceptación neutra de la catástrofe, hay dolor verdadero. Debajo de mi tranquilidad, en contraparte, hay un corazón hecho de servilleta. No puedo decir que no me asusté, que la adrenalina no corrió, que no entré en un pequeñísimo ataque de pánico que ocurrió en el camino de la cama al baño. Pero después, mientras manejaba por el Viaducto, mi cabeza deambulaba por diferentes rutas, no todas cercanas a mi padre, no todas epicentro de dolor, no todas coherentes.

Cruzamos algunas palabras más en el hospital. No demasiadas. Poco a poco nos fuimos quedando callados. Mi padre estaba durmiendo en una cama con barandal, respirando a través de un tubo con ayuda de una mascarilla, con la garganta

muerta a causa de una infiltración. Por dentro probablemente sangraba, pero no tenía fuerzas para sentir: el cansancio de tanto toser había terminado por dejarlo noqueado. Bajé con mi madre a la cafetería de la planta baja. Para estos momentos mi prótesis se sentía natural, había dejado de usar bastón y mis pantalones, aunque casi huecos, pendulaban como si ahí debajo hubiera una pierna que se mueve de manera natural al caminar y no un tubo curvo y plano de grafito. La gente había dejado de verme al pasar, me había vuelto invisible una vez más, parte de la masa de personas que llena el mundo. Y esa mañana, mientras caminaba con mi madre rumbo a la cafetería, me hice consciente de ello. Las consecuencias son la memoria de los hechos. Cuando no se repara en ellas, cuando se vuelven parte del paisaje, desaparece el suceso, se funde con la maraña de recuerdos y no se distingue nunca más a menos de que se haga de manera consciente. El mismo fenómeno que sucede en los periódicos, sucede dentro de nosotros. La noticia se enfría, la vida se acomoda y sigue, porque no sabe hacer otra cosa que seguir. Aunque para mi padre seguiría sólo unos días más.

El trayecto hacia la nada fue rápido, apenas cuatro noches sobrevivió en el hospital antes de desaparecer. Fue una semana dura para todos. La indiferencia que me atrapaba, aun cuando emergiera contra mi voluntad, me convirtió en el punto de enroque del sufrimiento de todos los demás. Mi madre, que lloraba por dentro cascadas de su propio pasado resquebrajándose, me abrazó cientos de veces. Mi hermana, que no podía creer un cambio tan significativo en el devenir de su vida —aun cuando su vida no era sino un amasijo de cambios radicales—, se deshizo frente a mí. Los amigos de mi padre, que veían en su enfermedad el espejo roto de su propia

edad, sus pétalos marchitos, me apretaron la mano como queriéndose despedir de él a través mío.

Pero vamos en orden.

La primera noche fue tranquila, aunque por la mañana ya nos habían dicho que había una metástasis bárbara, terminal, y eso no deja tranquilo a nadie. Me refiero más a la tranquilidad de la situación, de mi padre. Una calma como la que queda cuando el tornado se ha ido y láminas y frascos han quedado regados sin formar parte ya de nada. Mi madre y yo pasamos todo el día despiertos, aunque durmiendo. Ella incluso desde la noche anterior. Los ojos nos pesaban y nos ardían. Mi padre sólo despertó unos minutos a la hora de la comida. No pudo quitarse la mascarilla y casi no pudo abrir los ojos tampoco. Apretó la mano de mi madre y entornó las bolsas debajo de los ojos, sonriendo en silencio con la voluntad, no de facto. Lo alimentaron vía intravenosa y su pecho decreció notablemente, como si se le hubiera encogido el tórax. Por la tarde lo vi abrir los ojos otra vez. Supongo que no quería que lo miráramos despierto. No hizo ruidos ni intentó mover el cuello. La relación de mi padre con su cuerpo estaba llegando al final, casi ochenta años después de haber comenzado. Era evidente que se estaba alistando para abandonarlo. Lo dejaba en muy mal estado, medio podrido, medio fermentado. Lo vi llorar mientras miraba el techo, evitando espasmos y líquidos en las vías respiratorias. Sólo sus ojos estaban anegados. Ese único síntoma es a veces suficiente para un llanto. Creyó que nadie lo miraba. Mi madre estaba perdida en sus pensamientos mientras aparentaba seguir un programa de concursos en la televisión del cuarto. Yo, desde una esquina, las piernas arriba del sofá, observaba a detalle la frágil vida que aún le

quedaba a mi padre: esa endeble relación de funciones. Lo veía agotarse, literalmente, por los ojos.

En el segundo día se prefiguró un milagro que a la postre no sucedió. Y quizás no sucedió porque ninguno de los tres, ni mi madre ni mi hermana ni yo, creímos en él. Los milagros viven y se incendian con la fe, su único combustible.

El sol entraba por las persianas verticales. Nos habíamos quedado dormidos mi padre y yo sin anticipar el día siguiente. Era mi turno de hacer guardia y las mujeres se habían ido a descansar a casa. Me despertó una voz débil pero bien articulada. Marcial, me dijo una o doscientas veces. Desperté. Mi padre se había incorporado. Estaba sentado, débil sobre la cama. Una enfermera checaba sus signos vitales. La prefiguración.

—No hable, señor —dijo la enfermera.

—¿Papá? ¿Qué pasó? ¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Mal, hijo, pero mejor, gracias a Dios.

—No hable, señor, en su condición actual cuando habla se altera la lectura de sus signos —regañó la enfermera.

—¿Cómo que se altera? ¿Quiere decir que mi estado natural es ahora ser una planta en la cama que no puede ni siquiera hablar? Estar quieto como una piedra es lo que en realidad altera la lectura de mis signos... si son vitales, no mortales.

—No hable. Señor, dígame a su padre que no hable, por favor.

—Que no hables.

—Está bien, no voy a hablar —dijo mi padre entre toses— pero no charlen como si no estuviera aquí. Aún.

La enfermera terminó de hacer sus mediciones. Ciertamente mi padre parecía muy mejorado. Sólo parecía, sólo en la superficie. El aspecto de su rostro sin rasurar, todo el pelo

cano hecho bolas encima de su cabeza y el olor a sábanas sudadas no le ayudaba mucho. Al menos ya tenía los ojos abiertos por completo, podía hablar, se había incorporado. Una noche atrás llegué a pensar que era la última, por eso elegí hacer la guardia. Mi madre quizás había pensado lo mismo y por eso aceptó mi elección. Nos habíamos dado cuenta, desde el momento en que nos dejaron entrar a verlo con mi hermana, de que estábamos en la mesa de una ruleta rusa que se jugaría entre tres. Intuíamos que serían pocas noches y cada vez que alguien se quedaba en el sofá jalaba el gatillo. No es fácil estar frente a un muerto en el momento en que muere. Ver cómo se le escapa la vida. Es una vivencia fuerte, que sacude a cualquiera, a la que no nos hemos acostumbrado a pesar de que la mayoría de los seres humanos, desde el principio de la historia, ha tenido que enfrentarla una o varias veces durante el tiempo que le toca estar vivo. Da mucho miedo la muerte propia, es insoportable e inmovilizadora, pero la muerte ajena también apendeja, también asusta, también paraliza un tiempo. No es lo mismo que te digan ya, ya se fue, ven al velorio o al sepelio, que ser tú el que llama, ser tú el único testigo de cómo una vida más se apaga, se desvanece y pasa a formar parte de ese otro mundo que tanto nos ha intrigado durante el correr de los siglos, sobre el que tanto se ha dicho y nada se conoce: el mundo del no-mundo, de lo que no se ve ni se siente, de lo que existe en mínima entidad, en intuición, en memoria o en recuerdo, en todo caso en una materia tan sutil como el relámpago de una neurona, la brisa del mar desde muy lejos, las partículas que flotan entre las motas de polvo que apenas vemos y la capa más acuosa de nuestros ojos, que no sabemos que también vemos. Y de estar perdido en eso a escuchar mi nombre en voz de un viejo ronco, moribundo, invadido. Marcial, me dijo entre flemas. Estaba vivo.

Me dijo que en realidad no se sentía mejor: que estaba peor. Dijo que recordaba la tarde de ayer. Que estábamos mi madre y yo inmersos en la tele, que él estuvo despierto y que nos vio. Me dijo que entonces se sentía muy débil, apaciguado por los analgésicos o las otras cosas que le estaban metiendo por las mangueras, pero que no sentía dolor. Me dijo que había hallado una paz tersa ahí, mirando el techo, la tarde de ayer. Dijo varias veces el término *la tarde de ayer*, como si yo no hubiera estado ahí o como si sólo al repetir la invocación la tarde realmente hubiera existido. Dijo que hoy se sentía más fuerte, que podía hablar y moverse, pero que sentía unas ruinas humeantes dentro del pecho y del abdomen. Hoy sí, hoy me duele todo el cuerpo, hijo. Hoy me siento muy mal. Creo que todo tiene que ver con lo que me inyectan: me inyectan mentiras que invierten la situación. Me inyectan y no hay dolor ni siento que me muero, pero tampoco me puedo mover y estoy muy débil. No son verdad ni unas cosas ni las otras.

Llamé a un médico. Vino, le dije afuera del cuarto que mi padre había despertado muy hablador y reflexivo. Entró mientras yo llamaba a mi madre y a mi hermana, que llegarían unas horas más tarde. Dos, para ser concretos. Quiero ser preciso porque en esas dos horas de, llamémosle lucidez, mi padre se desenvolvió, como una babosa en el suelo cuando le han echado sal. Se abrió de adentro afuera hasta duplicarse. Póngase atención en este detalle, que no es un detalle sino más bien el momento culminante de su vida: se duplicó sólo frente a mí, menos de cincuenta horas antes de su muerte. ¿La razón? No la entiendo ni la entenderé. Pudo haberse muerto siendo uno, pero quiso ser dos. Después de contar lo sucedido trataré de encontrarle causa una vez más a sus palabras. Me las dijo cuando salió el doctor, pero antes el doctor me llevó afuera y me dijo que no, que mi padre no había mejorado ni un poco.

—Creo que él lo sabe, me dijo que ya se lo había dicho a usted. No ha mejorado nada, todo lo contrario. Su padre está vivo de milagro. Su cuerpo está completamente invadido. Lo siento, pero son sus últimas horas.

—Se ve mejor, sin embargo, menos golpeado —le dije con alguna esperanza, quizás.

—No está mejor. Sólo parece que está mejor porque han pasado muchas horas desde la última vez que le administramos sedantes. En una hora le tocarán de nuevo y volverá al estado en el que lo vio ayer, o mucho peor. Lo siento mucho.

—Entiendo.

—A juzgar por las placas que le mostré a usted ayer, le recomiendo que llame a quienes considere que deban venir a despedirse de él. Tómese su tiempo usted también para hacerlo. Yo ya hablé seriamente con su padre, está consciente de que le quedan apenas unas horas de vida y seguro que quiere despedirse en paz de su familia.

Entré de vuelta. Mi padre estaba quieto, pero no se veía tranquilo. Nada tranquilo. El semblante era opuesto al que tenía cuando salí minutos antes. Yo pensé que quizás algo le había dicho el médico, pero luego me enteré de que había tomado la decisión de decirme algo que lo tenía atormentado desde hace muchos años. El momento previo a la confesión de algo que lleva mucho tiempo apretando el alma concentra aún más fuerza, como cuando tienes que apretar un poco más el cinturón para poder zafarlo. Mi padre había tomado la decisión de liberarse antes de dar el salto a la muerte y por un momento la carga que arrastraba se incrementó sobremanera. Se veía más pálido, su voz era ahora de víctima absoluta. Permanecí quieto, como se debe estar para escuchar una revelación. Pensé en esto: que el timbre y el tono de una

voz al ofrecer disculpas y al pedir clemencia pueden llegar a ser muy parecidos.

—Tengo que decirte algo antes de que ya no pueda.

—No —le dije— no tienes que.

—Quiero hacerlo, no me quiero ir así —dijo y tosió de manera interminable, como si hubiera comido fuego.

—No digas eso, hombre —traté de confortarlo aunque sabía que era inútil y que de inmediato me lo reprocharía. Lo conozco.

—No me digas que no diga eso. Me estoy muriendo y lo sé. Sé además que me estoy muriendo hoy, ahora, tal vez en un minuto. Sé que no es metafórico o remoto como podríamos decir de la selva tropical que se está muriendo...

—Perdón —le dije.

—Tengo que confesarte algo que hice hace mucho tiempo, veinte años para ser exactos, pero que en realidad no es una sola cosa. Es un hacer continuo. Digamos que es algo que he estado haciendo durante los últimos veinte años.

Su respiración era trabajosa. Silbaba.

—Papá. No tienes que hacer esto. No tienes que decirme nada.

—Tengo que hacerlo para estar tranquilo. Y tú lo vas a escuchar porque los hijos tienen que hacer lo que dicen sus padres, sobre todo cuando sus padres están por morir y le piden una última cosa, ¿de acuerdo?

—Haz lo que quieras. Nunca te he dicho qué hacer y no pienso empezar ahora.

Mi padre estuvo dos o tres minutos en silencio antes de decirme lo que yo estaba casi seguro que iba a decir. Durante algunos años lo sospeché pero nunca puse suficiente empeño en comprobarlo. *Tengo otra familia*, me dijo. A decir verdad, yo esperaba que soltara un “estoy viendo a otra mujer” o “he

engañado varias veces a tu madre con otras mujeres”, pero definitivamente no esperaba otra familia entera armada a nuestras espaldas.

—¿Otra familia? ¿Qué significa *otra familia*? ¿Esposa, hijos, sobrinos, tíos? ¿Perros?

—Otra mujer que tiene un hijo mío.

—¿Quién?

—No la conoces. Tiene un hijo mío y otros dos de un matrimonio anterior.

Ese fue el pie para comenzar a narrarme una historia con tal detalle que duró treinta o treinta y cinco minutos. Durante la narración hizo muchos cambios de tono, interjecciones y acotaciones, como si estuviera contando un cuento a un grupo de niños impacientes en el área infantil de una biblioteca pública. Dejaba cabos sin atar, lanzaba indicios para picarme la curiosidad, relataba pasajes y volvía con *flashbacks* a una línea del tiempo muy clara, completamente referida a los acontecimientos de nuestra casa. “Cuando te recibiste de la carrera —me dijo, y cito este ejemplo para mostrar mi punto— me tuve que ir de emergencia a San Luis y me perdí tu examen profesional, ¿te acuerdas? Pues no, no salí de la ciudad. Lo que pasó fue que Humberto se accidentó en un columpio y estaba grave. Me pasé varios días en el hospital cuidándolo”. Humberto era su otro hijo.

Parecía que disfrutaba la historia. Si bien en el fondo seguía manteniendo una actitud de contrición y no había olvidado que lo que estaba pronunciando era una confesión a su hijo justo antes de morir, en el trayecto se distraía por sus propios recuerdos y se perdía en anécdotas que parecían gustarle mucho. Recuerdo que la primera pregunta que me hice al escuchar este cuento, esta declaración de despedida, fue si a la mujer y a su hijo les hablaba de nosotros con la misma

frucción y cadencia que usaba para contarme a mí su historia. Incluso en algún momento dijo, sin mayor remordimiento, que aquella mujer era muy guapa. Extraña confesión, como decirle a un juez que la víctima del crimen que cometimos era fea o desagradable. Mi padre buscó, aunque estoy seguro de que inconscientemente, atenuantes a su crimen marital. Porque eso es lo que había cometido, no un error o un desacierto, sino un crimen marital, y explico ahora por qué.

Mi padre creía en muchas cosas, pero sobre todo en dos. En Dios y en la normatividad moral de la Iglesia católica. Las cosas que pasaban a diario, si eran buenas o convenientes para él o para alguno de sus familiares o amigos, sucedían entonces *gracias a Dios*. Si, por el contrario, eran terribles, entonces había que confiar en su infinita sabiduría. Dios sabe lo que hace pero el que no entiende eres tú, imbécil. Todo, absolutamente todo tenía que ver, desde su perspectiva, con un dios providencial hasta la indiscreción, entrometido, chismoso, que según su humor pasaba el tiempo haciéndonos felices o poniéndonos enfrente prueba tras prueba. Un dios que todos los días le hacía ganar la lotería a una persona y mataba a otras tres con disparos en la cabeza en San Pedro Sula o en Ciudad Victoria. Un dios que le tiraba los helados al suelo a los niños y que le mandaba tráfico a las ambulancias. *Gracias a Dios no, padre, me gradué gracias a mí* —le dije una vez—, *también un poco a mis maestros, pero Dios no hizo nada*. Mi padre me miró serio. Nunca le gustó que lo confrontara en ese tema. Nunca le gustó que nadie lo hiciera.

El matrimonio, volviendo al tema, era sagrado para él. No era un contrato, una firma, un compromiso legal, sino la verdadera unión espiritual de dos hijos de Dios, enlazados con una amarra inquebrantable de gloria y tiempo. Era muy

probable que hubiera dejado de desear a mi madre desde los primeros años de su vida juntos. Quizás un poco más adelante le había dejado de gustar también su compañía. No lo sé. A veces resultaba muy claro que la pareja se había destruido a lo largo de las décadas. No me explicaba cómo ni por qué seguían juntos, por qué nunca se separaron. Nunca se fue uno, no importa cuántas injurias o profundas dagas se hubieran lanzado en cada discusión. Hubo temporadas de gritos todas las noches, pero no hubo temporadas de separación. Es el peso del matrimonio religioso lo que estoy tratando de explicar aquí, ese peso que a la mayoría de la gente, que se casa en una iglesia únicamente porque el protocolo social lo exige, ni siquiera le molesta un poco en los hombros. A mi padre sí le pesaba. Como un lastre. Habrá mirado a otras mujeres. Luego las habrá pretendido. Habrá salido a cenar con varias, luego las habrá amado, quizás. O se habrá dejado someter por ellas. Habrá tenido sexo con decenas de mujeres. Habrá mantenido una segunda relación lo suficientemente larga como para hacer con otra mujer un hijo y seguir adelante los dos, mirándose a escondidas y cuidándose las espaldas de su otra pareja, la oficial. Habrá deseado tal vez que mi madre muriera para liberarse del matrimonio. Habrá esperado con paciencia. Pero nunca, lo puedo asegurar, siquiera le pasó por la cabeza divorciarse.

También hay otra cosa que conviene explicar ahora para entender la situación de mi padre por completo: el reducto de la confesión. Su escondite preferido, el que le ayudó a mantener la mentira de su matrimonio por tantos años sin sufrir un infarto o envejecer de golpe. Cuando de pequeño iba a la iglesia con la familia, notaba siempre la misma dinámica. Entrábamos los cuatro, mi hermana y yo vestidos como señores enanos, zapatitos bien lustrados, el vestido con vuelo tieso,

y mi padre nos dejaba pasar en una de las filas para sentarse al final de la banca, en la orilla que daba al pasillo de la nave lateral. Su intención era clara: salir al pasillo y meterse al confesionario en el momento en que la cola de pecadores decreciera. Llegaba la hora de comulgar y, la mayoría de las veces, íbamos los cuatro a la fila. Yo siempre me preguntaba por qué mi madre no se tenía que confesar para recibir al Cristo y mi padre sí. Ahora lo entiendo bien. Hay una gran cantidad de cristianos que aprenden a vivir con el extintor de la confesión. En lugar de que la normatividad religiosa, que en ocasiones es muy estricta y absurda, mantenga a una persona por el camino del bien, le permite redimirse infinitamente. Una persona puede herir a otra, mentir o robar, porque puede también confesarse y hacer un borrón absoluto, sin necesidad de curar, desmentir o devolver.

Matrimonio irrompible y posibilidad infinita de redención. Esas son las dos causas de que la otra familia sucediera a la par de la nuestra sin que mi padre contraviniera sus normas ni traicionara sus convicciones. Me temo que ese era mi padre. Un hombre tan profundamente religioso, tan embebido en el mito y, por supuesto, también en el rito, que asimiló todas las herramientas que tenía a mano, como un abogado de gran experiencia que coge y suelta precedentes y códigos para argumentar, incluso de manera inconsciente, o un mecánico de autos que no duda en el tamaño de la llave, en la fuerza del enrosque, en la cantidad de aceite. El hábito se convierte en una segunda naturaleza, dice Aristóteles. El hábito de hacer lo que uno quiere siempre y confesarse después para evitar las consecuencias morales, como se lavan los platos o las sábanas, también se convierte en una segunda naturaleza. Mi padre era en parte esas fallas calculadas, presupuestadas, sistemáticas. Un hombre tan contradictorio como la religión que profesaba.

Me quedé mirándolo cuando terminó la historia. Me vio de reojo pero continuó inspeccionando la recámara como lo había hecho durante los últimos compases de la historia. Hubo un silencio largo. Esperaba mi perdón aunque fuera demasiado pronto para otorgárselo. Por otro lado, ¿quién era yo para otorgarle el perdón a un hombre que estaba acostumbrado a recibirlo del ser absoluto, bajo la apariencia de un silencio, cada domingo? ¿De qué tenía que perdonarlo? ¿Qué me había hecho? Me limité a guardar la calma que se había generado, a cuidarla, y salí del cuarto sin darle oportunidad a que me dijera nada más.

Tras la puerta me encontré con mi hermana y con mi madre. Les expliqué la situación física de mi padre, para que no se dejaran llevar por la apariencia de mejora. Entraron al cuarto y yo preferí irme a casa a descansar hasta el siguiente día. Mi hermana hizo la guardia esa noche.

El tercer día fue casi completa oscuridad para mi padre. Sólo abrió los ojos durante unos minutos, a media tarde, para volver después a las tinieblas de las breves sinapsis que aún sucedían dentro de su cráneo: una tormenta de ocho décadas que de pronto amaina. Mi madre se quedó con él en la habitación durante la noche. Según me contó unos días más tarde, ese momento de vigilia había sido desgarrador. Dijo mi madre que mi padre entornó los ojos y apretó las cejas, como queriendo llorar. Que buscó su mano tibiamente. Que aunque la mirada estaba perdida y cansada, se leía llena de dolor. Según sus palabras, era la mirada de *alguien que presencia su propia muerte*. Una mirada llena de temor o de lágrimas, si hubiera podido distinguir una cosa de la otra: arrepentimiento o añoranza, deseo de permanecer o permanencia del deseo. Quién sabe. Ahora me pregunto por qué dejé a mi madre

vivir ese episodio. No quería que mi padre le contara lo que me había contado a mí porque en el fondo no quería que se aliviara de ese peso como se había aliviado durante años con sus frecuentes visitas al confesionario. Sin embargo, tampoco quería negarle a mi madre la posibilidad de despedirse de su esposo. No estaba en mi jurisdicción la decisión de esas situaciones. Mi padre no habló esa noche. Quizás porque ya no pudo hacerlo, porque físicamente su cuerpo no daba ya ni para pronunciar palabras. Quizás sólo por cobarde. Me inclino por la segunda opción. Es muy frecuente encontrarse con alguien que oculta la verdad bajo el pretexto —la ilusión— de que protege a quien la ignora cuando, en el fondo, sólo se está protegiendo a sí mismo. El miedo a lucir como somos de verdad puede ser avasallador.

Despertó el cuarto día, ya avanzada la mañana, sólo para poder morir de forma consciente. Por lo menos eso me pareció. Así de abrupto fue todo. Un día lo vi sonreír mientras pensaba en la compañía de su otra mujer —que no se había asomado al hospital en esos días, por cierto, y que probablemente ni siquiera estuviera enterada del desenlace fatal de la historia de mi padre—, y al día siguiente ya sólo se dedicó a alargar su agonía para morir, sin volver a decir una sola palabra, casi sin mirar una sola cosa o escuchar quizás tampoco un ruido más antes de convertirse en un cuerpo inanimado. Fácil de narrar, sí, pero nada sencillo de vivir. Por lo menos no para mi madre y tampoco para mi hermana.

En el tercer día habíamos estado juntos mirándonos los rostros y mirándolo dormir a él también. Desayunamos, comimos y cenamos en el hospital. Pudimos charlar un poco y tratamos de distraernos, aunque nunca lo logramos del todo. Había una muerte presente en cada momento. Ahí, entre las

mesas, en el centro de la cafetería del hospital. Allá, postrada en una cama, sentada en el sillón más alejado de la sala de espera, recargada en el muro de la ventana en el baño, viéndome orinar. No se puede hablar de nada más cuando la muerte está presente. Nos da vergüenza que nos escuche balbucear sobre todas esas cosas menores, esas que conforman la vida. Así son los hospitales, monotemáticos, monocromáticos, aburridos y tensos y con aromas que persiguen a la gente por varios años, a veces por vidas enteras, que asaltan la cotidianidad de una caminata callejera cinco años después, desde la puerta de una farmacia o desde una cubeta de limpieza en el *lobby* de un edificio público. Los hospitales suelen ser la puerta de este mundo a aquél, de aquél a este, o de ningún lado a ninguno otro. Puertas de doble hoja, de bisagra, de perro, de humo, no puertas. Muros, planos imaginarios, nada.

Cuando lo declararon clínicamente muerto, mi madre y mi hermana tomaron turnos para llorarme el hombro. Sentí ganas de llorar con ellas, como tantas otras veces, pero no sucedió. La causa no era mi padre, sino el llanto de las dos mujeres que tenía enfrente. Sentí subir el nudo por el esófago pero nunca se desató. Mi madre fue breve y sobria. Parecía que lloraba porque eso es lo que tiene que hacer un cónyuge cuando el otro muere, pero no porque se imaginara el futuro sin él, como suele pasar en estos casos. Mi hermana, en cambio, se desbarató como si fuera de arena. Lo quería sinceramente, sí, pero además tenía ese miedo oscuro que nos persigue a muchos, esa forma sutilísima del miedo que significa el vacío, que no se entiende ni se percibe con ningún sentido pero que se intuye y del que decimos que *estrangula el estómago*, por no poder capturar mejor su acción con otro verbo ni situarla mejor en ningún otro órgano. Fueron momentos

tristes, sin duda, pero no tan tristes como pudieron haber sido si mi padre hubiera tenido el valor de confesar sus secretos a quien debía confesárselos, en lugar de sólo decírmelos a mí y deshacerse del problema.

Con mi padre muerto la otra familia desaparecía por completo de la superficie del planeta. Para mi madre y mi hermana esa familia no había existido nunca, ni antes de que mi padre me confesara a la otra mujer como un pecado y al otro hijo como una penitencia, ni después de haberse llevado ningún perdón a la tumba. Muerto el padre se acabó la infamia. Mientras bajaban el ataúd al agujero —esa horrible costumbre humana, tan terrible y sobrevalorada, de enterrar a los muertos, no ya de enterrarlos sino de hacer un rito a su alrededor, mirando abajo o evitándolo, si se tiene miedo de contemplar el vacío frente a frente—, mientras lo bajaban, pensé que hubiera sido justo buscar a la otra mujer y decirle que el padre de su hijo estaba muerto. Más tarde lo hice y eliminé con ello un brazo de la historia cortándolo de tajo.

Todos se habían ido. Quedábamos sólo mi hermana, mi madre y yo mirando el montículo de tierra. Llevábamos un buen tiempo siendo una familia que sólo sabía estar junta en los momentos difíciles. Esa es la verdad. No nos odiábamos, pero nos frecuentábamos poco. Por lo menos antes de que el accidente que sufrí nos devolviera un poco de ese calor fraterno, nos llevara de nuevo a uno que otro restaurante o nos sentara a los cuatro en una mesa a tomar café. La pérdida de una parte hacía más notorio el todo, que se había desdibujado con el tiempo por desinterés. Miraba los perfiles de las dos mujeres, muy diferentes en forma pero muy parecidos en el fondo, en esa regla de proporción que siguen los rostros de los descendientes con respecto al de sus padres. Eso que suele llamarse *aire de familia* y que es, genética aparte, una

combinación de gestos aprendidos que poco a poco, como las olas de un mar caribeño, moldean los rostros a un mismo ritmo, haciendo que padre y madre parezcan hermanos incestuosos y, por tanto, convirtiendo a sus hijos en el fruto nefasto de un amor prohibido. Como si el tiempo quisiera esculpir los rostros hacia un mismo molde, llevarlos a la unidad, en sentido contrario de la diferenciación, hacia la pérdida de la individualidad y, ulteriormente, hacia el final de la vida propia y la vuelta al colectivo masivo y significativo que es el ser universal que fluye. En sus ojos, sin embargo, se leía dolor y el dolor es en todos los casos un sentimiento estrictamente individual. Así que la semejanza y la diferencia, en ese par de rostros —trío si alguien hubiera visto la imagen completa desde fuera— peleaban una batalla infértil bajo el sol de uno de los días más tristes de nuestro árbol genealógico que, vale decirlo ahora, se estaba marchitando. Mi hermana y yo somos ramas sin fruto y hoy una de las raíces había cedido ante la muerte. ¿Qué tanta familia puede decirse de un trío de personas que no prosperará?

No quise decirles nada de la otra mujer y del otro hijo. Les voy a ahorrar ese trago que ya no sirve para curar nada, pensé, aunque por otro lado me envenenara la cabeza el pensamiento de que ese trago tampoco lo tenía que haber sufrido yo, de que el veneno completo era propiedad de mi padre y que me lo había tirado encima antes de marcharse sólo para ahorrarse unos minutos de sufrimiento. Ahorrarse la pena, quizás pensaría él. Aunque, por otro lado, si no lo confesó con quien debía haberlo confesado, no creo que se ahorrara nada. Por supuesto, me estoy refiriendo a una confesión con mi madre, no con un sacerdote.

No iba a ser yo quien manchara la memoria de mi padre en la cabeza y en el corazón de mi madre o de mi hermana.

Simplemente no era justo. Que el viejo se llevara consigo el peso del que trató de desembarazarse en el último momento de su vida contándome su secreto. Que se joda, recuerdo que pensé. Lo sigo pensando hoy.

Por otro lado estaban la otra mujer y el otro hijo. Tendrían que saber que también a ellos se les había muerto un padre y un esposo, aunque fuera sólo por salud mental. Busqué en el celular de mi padre el número de Humberto, el único nombre que había aparecido en su confesión, y le llamé. Le dije que hablaba de parte de su papá, que tenía que hablar con su madre. No tuve los huevos para decírselo a él. Le dije a la señora que quería verla, me dijo que sí. Sabía exactamente quién era yo.

La cité en una cafetería colombiana de San Ángel. Me dijo que vivía por ahí. Nuestra reunión duró apenas unos minutos: quince, veinte a lo más. Ella me había visto en fotos, aunque me imaginaba más flaco, según refirió. Me dijo que sentía mucho que hubiera perdido la pierna, pero que, si lo pensaba bien, había sido una bendición sobrevivir al accidente. Dale con eso. Bendecir fue el verbo que utilizó. Otra religiosa, pensé. Claro, debe ser más pecado engañar a tu mujer con una atea que con otra cristiana. Intuía que le venía a dar malas noticias, estaba nerviosa, pero creo que no se esperaba que le dijera que mi padre había muerto. Pensó simplemente, o eso me pareció, que había llegado el momento de enfrentar a la familia que el hombre con el que tuvo a su primogénito tenía por ahí, desde hacía mucho tiempo, viviendo en la misma ciudad que ella. Las ventajas de vivir en una ciudad de más de veinte millones de habitantes. Se sentó y ahí nomás le dije que había muerto. Cinco de los veinte minutos transcurrieron con ella quieta, silenciosa, derramando lágrimas y disculpándose una y otra vez de la escena que estaba montando. No montó

realmente ninguna escena. ¿Por qué no me dijeron antes? ¿Por qué no me dejaron despedirme de él?, me reprochó.

—Me enteré de que usted existía hace dos días. Mi madre y mi hermana no saben nada y no quise que supieran. De hecho no pensé en usted hasta hoy por la mañana, cuando le llamé. Espero que lo entienda.

—Claro que sí, hijo, claro que sí —me dijo.

Me llamó, desde muy por debajo de su conciencia, hijo.

—No me hagas caso, estoy muy alterada. Agua, dame agua, por favor —dijo entre sollozos que le asaltaban la laringe.

—¿Usted sabía que nosotros no sabíamos de usted?

—No. Para nada. Yo le dije hace muchos años que tu madre y ustedes tenían que saber, que era lo justo. Una vez incluso lo amenacé con que no volvería a ver a Humberto si no les confesaba. Yo no quería guerra, hijo, no quería pleitos. Quería que todos viviéramos con la honradez de la verdad.

—No nos dijo.

—A mí me dijo que sí.

Desde más allá de la tumba mi padre seguía siendo cobarde. Me apenó mucho la situación, por momentos sentí que estaba ahí, en el restaurante, representando al viejo, como un abogado penal frente a la familia de las víctimas. ¿Quiénes eran las víctimas?

—¿Usted sabía que mi padre tenía otra familia desde el principio?

—No. Me lo dijo cuando quedé embarazada.

—Luego, cuando se enteró, ¿por qué quiso seguir al lado de un hombre casado, que tenía una familia?

—No lo sé —me espetó. Y volvió a llorar —¿qué pregunta es esa?

—Mire, siento ser yo quien le dio la noticia, pero sólo a mí me confesó todo, desde la cama del hospital... No se atrevió a

decirle a usted que estaba internado, a punto de morir. No se atrevió tampoco a confesarle a mi madre que... Bueno, usted me entiende. Vengo aquí sólo porque sentí que tenía que hacerlo. No estoy cómodo. Puede visitar la tumba en el panteón inglés —le dije—, de verdad siento mucho la situación. Usted tiene que comprenderme...

—Te entiendo, claro, no debe ser fácil. Era... era también tu padre.

—Sí. *También*. Era *también* su... el padre de su hijo. Respetemos nuestras penas y no volvamos a vernos nunca, por favor. Es lo único que le pido.

—Tu madre... ¿le vas a decir?

—Eso no le incumbe. No se preocupe, si se me ocurriera decirle no le diré su nombre.

Me levanté de la mesa y salí del café. Nunca más hablé sobre este tema con nadie hasta ahora. En el lío que me voy a meter cuando mi hermana lea esto. Mi madre ya no lo hará. Fue un episodio dramático y terrible que, sin embargo, tampoco me llevó a catarsis alguna. Recuerdo muy bien, eso sí, que la mujer aquella no era hermosa como había dicho mi padre. Era desproporcionada, fea, estándar y bajo las capas de su vejez no se adivinaba ningún pasado más afortunado.

Hay que elegir las batallas, recuerdo haber pensado al reflexionar sobre la mujer. Creo que ese es el único aprendizaje verdadero que obtuve de todo este episodio. Por episodio me refiero, en este caso, tanto a la muerte de mi padre como al desprendimiento de esa otra familia de dos miembros que debe seguir por ahí flotando, a la deriva de un tiempo lleno de tristezas y calamidades, en el mar del mundo. Como todos nosotros.

Antes mencioné a Silvia. Quizás su historia es la más triste de todas. Había sido sobrecargo sólo un año y medio, era el miembro de la tripulación con menos experiencia en ese vuelo y, quizás, en la aerolínea entera. Nació en Monterrey, tenía 23 años, más o menos. Dicen que su rostro era de una belleza impresionante. No lo dudo. Si bien es cierto que no la vi en ningún momento desde que subí al avión hasta que me sacaron del lugar del accidente en camilla, con un poco de imaginación aún se podía intuir lo que quedaba debajo de las operaciones y las cicatrices. Lo que hubo antes. Sus facciones, las que aún eran facciones y no señalamientos artificiales, montículos artesanales como referencias previas de la boca, la nariz y, más evidentemente de uno de los ojos, se adivinaban finas. Su semblante era hoy un tanto incómodo para el espectador. Mirarla era como mirar un jarrón chino de más de cinco mil años de antigüedad caer y reventar contra el suelo en un museo occidental. Uno quería resistirse a verla pero, por una mezcla equitativa de morbo y cortesía, resultaba imposible. Era tan fácil estudiar la textura de la cicatriz vertical que le unía la frente con el labio superior, intuir la forma del quiebre en el pómulos, las láminas y los tornillos que habían tenido que entrar a sujetar el rostro entero, que sólo había que alargar un poco la conversación para lograrlo. A diferencia de la gente que quiere verte el muñón de la pierna, las heridas en el rostro permiten al curioso satisfacerse durante una conversación cualquiera sin alejar la mirada.

Silvia, además, no miraba a los ojos más de uno o dos segundos continuos, así que el morbosos no corría el peligro de ser descubierto y recriminado. Medía más de 1.80 y era delgada, con las piernas muy largas. Tenía el cabello lacio y el cuello prolongado, terso. Su cuerpo no había sufrido ninguna herida grave en el accidente, sólo su rostro.

Una de las últimas veces que visité el sótano de la clínica San José para ir a las terapias la encontré en el estacionamiento. La había visto una semana antes pero no había cruzado palabra. Estaba lloviendo ligerísimamente con ayuda de un viento continuo y frío que había ahuyentado de las calles a la mayoría de las personas y a los perros. El reflejo de las luces de los autos en el pavimento mojado intensificaba y quebraba los haces, de un lado blancos y en el opuesto rojos. Silvia estaba cubierta con un abrigo de lona color caqui, fumando bajo el minúsculo techo de la entrada de personal. Largaba un humo rápido que se disfrazaba de vaho y urgía al viento a disiparlo. La luz amarillenta de la pequeña entrada le pegaba de manera lateral, pintando toda la escena con un aire de callejón del Soho, justo antes de las salidas del teatro entre vapores de cocinas de restaurantes orientales y colillas agonizando en la coladera. Por debajo del abrigo escapaban sus pantorrillas y unos tacones bajos, negros, culminaban la pintura. Desde lejos con el paño endeble de la lluvia, que convierte las cosas en bombas listas a estallar, que tuerce la realidad en una manía vibrante, Silvia era la mujer más hermosa del hemisferio. De cerca su rostro parecía desmentir a la voluntad. No lo lograba, por supuesto. La belleza de Silvia estaba en otro lado. La belleza siempre está en otra parte, así se define y por eso existe.

Me acerqué a saludarla y a pedirle un cigarro. Se puso nerviosa y bajó la mirada. La vez pasada tuve la oportunidad de mirarla de cerca, de manera que ya sabía lo que me iba a

encontrar cuando volviera de buscar los cigarros en su bolso. No sólo no me asustaba, sino que puedo decir con verdad que me atraía. La juventud late y en ella aún bombeaba pulsiones eléctricas. La mitad izquierda del rostro seguía siendo muy bella. La derecha más bien orillaba a la reflexión. La depresión del pómulos y la cicatriz vertical eran demasiado notorias. Quizás más adelante lo serían menos, con el sanar de los años o gracias a alguna intervención de cirugía estética. El ojo perdido, sin embargo, era definitivamente irreparable. Tendría que acostumbrarse a vivir con un parche sobre la cuenca. En ese momento el parche era apenas un adhesivo color carne que se volvía más notorio cuanto más inadvertido quería pasar. La cicatriz era una hilera de costras y carne aún levemente hinchada. Habían pasado casi tres meses de la operación. Me extendió el cigarro y me ofreció lumbre.

—¿Qué tal han estado estas reuniones? ¿Has venido a todas? ¿Te han servido de algo? —me preguntó. La lluvia trémula le obligó a apretar tres preguntas en una. No íbamos a estar mucho tiempo fumando ahí. El piso cubierto por el toldo era muy breve y yo no quería invadir su espacio, de manera que me estaba mojando parte de la espalda.

—Vine a algunas. Antes quizás pudo servir de algo, ahora creo que ya no tanto.

—¿Por qué lo dices?

—Mira, no lo sé, pero es que durante las primeras sesiones la gente habló de su experiencia —quise explicarle—, de cómo habían vivido los momentos del accidente y de cómo habían vuelto a sus vidas normales después... Las primeras sesiones incluso estuvieron presididas o, más bien, vigiladas por un psicólogo de la aerolínea. Pero ahora...

—¿Ya no se cuentan nada? La vez pasada fue apenas la primera vez que vine, pero sólo escuchamos hablar a una

mujer sobre sus problemas personales. No encontré que tuviera nada que ver con... pues con esto. Pensé que quizás estoy atrasada en la clase.

—No sirven de nada ya, la verdad. No sé qué hago aquí —le dije mirándola derecho al ojo, sonriendo. Alcancé a notar que se sonrojó un poco. Seguramente no se había acostumbrado a su nueva sonrisa o a que la miraran de lleno a un ojo.

Trato de imaginarme cómo ha sido su experiencia, pero no lo logro. Después de fumar y entrar a esa última sesión, nos fuimos a cenar. Ella, María y yo.

Trató de asir la botella de vino que estaba en el centro de la mesa y golpeó la copa de María. Con la pérdida del ojo había perdido también buena parte del sentido de la profundidad. Su mirada ya no era estereoscópica, por lo tanto el eje de la z había desaparecido casi por completo. Le serví. Noté que estaba incómoda. Más adelante nos dijo que era la primera vez que salía desde el accidente. La situación parecía un tanto impostada. Ninguno de los tres, en realidad, tenía mucho en común con los otros dos. Salvo, quizás, el hambre, las ganas de tomar alcohol y la imperiosa necesidad de abandonar las sesiones del sótano. La conversación agotó ese tema desmadejándolo por el hilo más obvio. ¿Qué hacíamos los tres yendo una y otra vez a esas sesiones si tanto las odiábamos? Las mujeres respondieron con sencillez, aunque me temo que no con verdad. María dijo lo que siempre sostuvo, que a ella la obligaban a ir en Laguna Verde. Pero, ¿era cierto? Nadie se ocupaba de llevar un control de asistencia y la gente de Bravo llevaba semanas sin aparecer por ahí. Silvia, por su parte, dijo que le estaba dando una segunda oportunidad a las sesiones, pero que la primera le había dejado un mal sabor de boca. La diferencia de edades de María y yo con respecto a Silvia era

muy notoria, sin embargo, esa tenue nata de desgracia que nos cubría a los tres parecía homologarnos lo suficiente como para atenuar las diferencias.

Éramos tres desamparados, dos de ellos con falencias físicas además de las espirituales. Los tres huérfanos de gracia. Éramos un grupo extravagante. Para los otros comensales habrá sido complicado convivir con una mesa que tenía a dos mutilados juntos. La corrección política ha permeado ya casi a toda la sociedad, de manera que tanto Silvia como yo nos hemos convertido en símbolos involuntarios de la tolerancia, generando la reacción opuesta a la que podría esperarse de la gente ante una imagen que le desagrade. Cuando llegamos a algún lugar, las personas, de pronto y sin aviso, se ven obligadas a restringir sus miradas, a cuidarlas y a hacerse conscientes de las cosas que dicen y del volumen en que las dicen. También a dejarnos pasar, ofrecernos su asiento o su mano, su ayuda. La gente nos sonríe de más. La lástima que nos sienten, disfrazada de empatía, produce una versión aparentemente mejor de las personas. Las hace diligentes y buenas, angelicales y solícitas, como los niños que se portan bien cuando saben que los están vigilando sus padres o la gente que cree que Dios está presente en una iglesia. Todos esperan un premio a corto o a largo plazo, como perritos: ningún ser humano actúa de forma gratuita. Nuestra presencia deficiente incomoda, es cierto, pero sobre todo juzga. Somos una encarnación del desequilibrio del mundo que los hace sentir injustamente beneficiados, impelidos a ofrecer, a sonreír, a ser amables, a dar o a darse para emparejar la situación, para equilibrar el karma, para que las fuerzas sobrenaturales no se desaten. Eso es lástima, aunque al hablarlo con mi socio —o incluso con la misma Silvia— reciba otros nombres y otros adjetivos. Y la recibimos siempre, en cualquier lugar que visitamos.

Tomamos demasiado porque lo necesitábamos. Silvia era un nudo esperando ser desatado y María Lombardi requería, al parecer, escuchar una historia lo suficientemente trágica como para justificar por qué pensaba que todos los demás en ese grupo de autoayuda eran unos imbéciles. Incluido yo, por supuesto, y tal vez también ella misma. Noté un cambio de actitud en ella con respecto al que me había mostrado en nuestros encuentros anteriores. Mientras Silvia se dedicaba a contarnos la terrible historia de sus 23 años, María parecía desvanecer poco a poco las murallas que había levantado entre su mirada y las demás miradas del mundo. Sus ojos verdes sucios se entornaron y no se distrajeron. Escuchaba con fervor, como escuchan consejos los padres arrepentidos o como las madres de las víctimas suelen mirar a las personas y a las cosas, aun a los objetos más comunes. Si antes deseé tener una conexión con María la primera vez que nos sentamos a hablar, ahora sí estaba presente, pero no entre ella y yo sino entre ella y Silvia. El mesero venía cada tanto a preguntarnos si deseábamos algo más. Todas las veces le respondí con sorna que sí, que queríamos quedarnos más tiempo y tomar más vino. Era evidente que no se trataba de una de esas mesas que los gerentes consienten para que se queden hasta la hora de cerrar. Ojo, no preguntaba si queríamos más vino, sino si queríamos *algo más*, como invitándonos a largarnos a otro lugar, de preferencia lejano y menos concurrido, en el que pudiéramos ofrecer nuestras miserias a ningunos ojos nuevos. Quizás los dependientes tenían miedo de lo que podríamos haber dicho o hecho si nos hubiéramos puesto muy borrachos. La gente discapacitada o con defectos físicos demasiado notorios —parecían haber resuelto el mesero y el gerente— es más propensa a recriminar, a llorar y a maldecir cuando está intoxicada. Les daba miedo que nosotros tres, sumidos en una

mesa de la esquina, nos convirtiéramos en una maquinaria fina, explosiva, bailando entre las patitas de un gato juguetero.

Silvia cambió de semblante entre la segunda y la cuarta copa. Por momentos se percibía su verdadera personalidad, o la que yo pensaba que debía haber sido la verdadera. Era casi una niña: ligera, fluida, sincera. Alegre no, por supuesto. Había vivido malos años pero por momentos parecía olvidarlo durante un trago profundo de tinto. Empezó a beber en serio a los diecisiete, cuando comenzó a salir con un tipo que se llamaba Lorenzo. Lo conoció en el Barrio Antiguo —nos contó con una nostalgia indecisa— en uno de esos bares en los que tocan jazz y sirven aguardientes sin marca, de los más baratos, escondidos tras la etiqueta de “artesanales”. Estaba muy niña, nos dijo, y con una cerveza y un tequila estaba lista para decirle que sí a la pregunta que le hicieron apenas arrancada la madrugada.

—Una mañana desperté con un dolor intenso en el vientre. Me tenía que haber bajado unos diez o doce días antes: estaba retrasada. El dolor me hizo dudar. Yo pensé que sería muy mala suerte quedar embarazada tras mi primera experiencia sexual. Nunca escuché que le sucediera a nadie. ¡La primera!

Encorvada por el ardor de útero, nos contó, fue a la farmacia y compró dos pruebas de embarazo. Se hizo las dos para estar segura. Una tras otra le dijeron que sí, que estaba embarazada. Y era mentira, porque el dolor no tenía que ver con la concepción, sino con el aborto que acababa de sufrir. La hormona del embarazo seguía presente en su cuerpo, así que la orina delató en falso. Las dos siguientes semanas anduvo con un producto inerte en el seno mientras se preocupaba por un futuro que no iba a llegar. Cada uno de esos días resultó peor que el anterior, los dolores y los sangrados eran cotidianos y

cada vez más intensos. Vivió un par de semanas sumida en las cavernas en que pueden convertirse las conciencias de los adolescentes. Húmedas, oscuras y frías, terriblemente alejadas de la superficie de este mundo o de cualquier otro. Se aisló y sufrió. Por supuesto, no le dijo nada a sus padres ni a sus amigos. Mucho menos a Lorenzo. Sólo, dijo, se dedicó a hundirse en el espacio negro que se formaba entre su almohada y sus párpados.

—No saben cómo es Monterrey, cómo es la clase media. Te matan, te juro que te matan. Yo tenía 17 y Lorenzo... era un gandalla, pues, un desobligado. Cómo no, si también tenía 17 años.

Después de pensarlo mucho, llamó a un número de asistencia para jóvenes embarazadas. No estaba segura porque tenía entendido que ese lugar era dirigido por unas monjas o unos ministros religiosos de alguna rama del cristianismo. Pensó, como era de esperarse, que tratarían de convencerla de tener al bebé. Esa decisión, lejos de confortar a una adolescente con planes profesionales e ilusiones ambiciosas, termina por abrumarla más. Por otro lado, aislada y sin nadie a quien recurrir, porque sus amigas del colegio eran demasiado chismosas, había agotado sus recursos. La señorita del otro lado del teléfono no le hizo demasiadas preguntas, antes bien le giró instrucciones. *Haces una maleta con cinco mudas completas de ropa y toda la ropa interior que tengas. Agarras tus ahorros y todo el dinero que puedas traer: pide para la escuela, para el lunch, para unos libros, agarra billetes de la bolsa de tu mamá, de la cartera de tu papá... Pides un taxi y te subes sin despedirte de nadie, que no te vean sacar la maleta ni salir sin avisar. Le das esta dirección. Acá te espero.*

En el camino Silvia pensó que quizás hubiera sido mejor idea usar el dinero que había juntado para hacerse un aborto.

Nos dijo, con una lágrima que quería escapar de su único ojo, que sólo de haberlo pensado ya se había sentido culpable. No quería al bebé, era cierto, pero tampoco quería cargar con el peso de haber evitado que naciera. Esas fueron sus palabras. Yo no pude identificarme con ninguno de los sentimientos que describió porque, afortunadamente, nunca estuve en una disyuntiva semejante. Pero puedo llegar a entrever, de manera superficial si se quiere, lo que significa para una niña de esa edad pensar que por delante ya no queda una vida normal, ya no está el camino que se había soñado, ya no hay soledad necesaria ni decisiones unilaterales. Dice que rezó en ese taxi, que rezó mucho, como si de verdad creyera en Dios.

Apenas llegó ya estaba un médico esperándola. La metió a un consultorio, le abrió las piernas y le dijo, ahí nomás y sin que Silvia lo esperara, exactamente lo que hubiera querido escuchar: *Ya no estás embarazada, tengo que hacerte un legrado.*

—Siempre quise ser modelo. Desde chiquilla. Creo que la mayoría de las niñas pasamos en algún momento por la etapa de modelo. Por ahí de los doce, ¿no? Me acuerdo que organizaba mis desfiles de modas con los vestidos de mi mamá. Ponía a todos mis monitos de peluche a lo largo de un pasillo que hacía con bolsas del súper bien estiradas... El bebé muerto me regresó la posibilidad. Sentí, ¿cómo lo puedo decir...? Que se había sacrificado por mí.

—Como Cristo —dijo María con un tono que no era burlón, sino cómplice.

—Exacto. Como Cristo. Y precisamente el milagro sucedió el único día en que recé con fuerza, de verdad.

—¿Te convertiste? —le pregunté.

—No. Cristiana o católica, no. Pero desde ese día creo que hay un dios. Que hay una vida más allá. Que hay muchas vidas...

—¿Crees en la reencarnación? —preguntó María.

—Sí. Estoy completamente convencida ahora. En ese entonces nada más pensé en que había algo más que este mundo en el que vivimos, aún no llegaba a la conclusión de las vidas continuas, de la vuelta a empezar, del ciclo eterno.

Es curioso que alguien empiece a creer en Dios a partir de un deseo concedido. No sólo los políticos o los genios de la lámpara se ganan nuestra confianza así. Es lo que anhela todo el que duda de su fe: un signo, una señal, una manifestación. Es aún más curioso que el milagro ocurrido para confirmar la fe de una persona en un dios contravenga la naturaleza de ese mismo dios. El aborto, desde el punto de vista de la mayoría de las religiones (¿de todas?), es *contra natura*. El aborto natural se produce por una falla en el proceso biológico. El deseo era que una persona no naciera. Dios lo concedió y Silvia comenzó entonces a creer.

Ahora bien, las ideas de la reencarnación o la metempsicosis no comenzaron con ese aborto, no. Esas fueron ideas que se le metieron en la cabeza después, según nos confesó, cuando se retiró al monte a meditar. Antes de todo eso hubo un renacimiento, que podría describirse como el durísimo paso que tuvo Silvia de la adolescencia a la adultez. El aborto fue tan rápido que ni siquiera tuvo que quedarse en la casa asistencial. Por la noche pagó el taxi de regreso a casa y al llegar se excusó con sus padres porque se sentía mal y se metió a su cama a dormir quince horas continuas. El cuerpo también resiente el peso que se carga con el alma. No volvió a ver a Lorenzo, tampoco le contestó las llamadas. Él nunca se enteró de lo cerca que estuvo de ser papá.

Renacer. Parece que se trata del verbo que más le complace utilizar a Silvia. María siguió preguntándole, cada vez con más interés y con una mirada más apasionada, sobre la breve

historia de su vida. Yo también estaba interesado, por supuesto, así que la incitamos a seguir hablando. Venían cosas también terribles. ¿Cómo llegaría una historia que comenzó con esa atrocidad al punto presente, que es una atrocidad mayor, si no es a través del camino del sufrimiento continuo? ¿Qué otra combinación de acciones había imaginado que podría presentar la narración? Entendí la actitud maternal de María. Yo estaba comenzando a sentir también una empatía paternal.

Carajo, sé que todas las vidas tienen un grado profundo de dolor, pero Silvia era demasiado joven. Aparentemente siempre fue demasiado joven para lo que le sucedía. Tenía diecinueve cuando fue al casting del programa de televisión. Nos lo contó como la consecuencia natural de su biografía, como algo dado, estoico, aceptado e interiorizado como necesario.

—Fui al casting. Dos amigas trataron de convencerme de que el ambiente no estaba muy padre, pero no tenía otra forma de entrar al mundo del modelaje y ya había pasado la mayoría de edad. Ya se me había terminado de formar el cuerpo, pues. Digo, ya tenía varios años con cuerpo de mujer, pero creo que ya se me había quitado la cara de mocosa. Como dice mi papá, el resto de mi cara ya había alcanzado el tamaño de mi nariz.

Hizo una pausa. Había intentado hacer un chiste para que funcionara como válvula de escape al vapor emocional pero la situación empeoró. Asumo que pensó en su nuevo rostro y, sobre todo, en su nueva nariz. Quizás también pensó en su padre. Cogió aire, sin embargo, y continuó.

El programa de televisión era de una estación de Monterrey. Supuestamente un ejecutivo de Canal Sony había hablado con el productor del canal local, un tal José Luis Valero, para decirle que hiciera un *reality show* de modelaje, como el que se hacía en su canal, pero a nivel local, con puras chicas de Monterrey y de la zona metropolitana. La ganadora

tendría una especie de *pase directo* al programa de Sony. Por supuesto, todo eso resultó mentira, pero en aquel momento, Silvia no estaba en condiciones de cavilar demasiado. Las pruebas fueron sospechosamente privadas. No al principio, cuando más de mil quinientas adolescentes se juntaron en la explanada de una nave industrial de Escobedo y pasaron a hacer un performance que incluía pasarela, baile, poses fotográficas y una entrevista con cámaras de televisión. Había diez módulos, cada uno atendió a más de cien mujeres y sólo cuarenta en total salieron de esa tediosa jornada con una invitación para presentarse la semana siguiente en las oficinas de José Luis, cerca de la Macroplaza en la calle de Abasolo, cada una a una hora determinada. De esas cuarenta chicas, la producción elegiría sólo a diez, que estarían aisladas en una casa durante poco más de un mes, peleándose, llorando y cuidándose de mostrarse guapas a todas horas para beneplácito de los televidentes regiomontanos.

El programa de televisión no era mentira. En efecto, se iba a grabar y a transmitir en un canal local de Monterrey. Lo que estaba lejos de ser verdad era el permiso para usar el formato y el ofrecimiento por parte de la cadena norteamericana para que funcionara como una especie de preselección de su *reality show* nacional. La necesidad del permiso se la sacaron de encima fácilmente con ayuda de un abogado: le cambiaron el nombre a las secciones y le hicieron algunas modificaciones estructurales a la idea original. Lo de la promesa de aparecer en Canal Sony lo trabajaron de manera oscura, como si fuera un secreto que se había salido de control. José Luis había dicho a los organizadores y a los encargados de captar a las chicas que era verdad. Se usó como un gancho para que acudieran al casting. Una vez juntas todas las jovencitas en la nave industrial, se les hizo saber mediante un altavoz que el

programa para el que estaban aplicando no tenía nada que ver con Canal Sony y que era falso el rumor de que la ganadora participaría en el otro programa. Culminó, sin embargo, con la promesa de intentar un acercamiento real. Algunas chicas decidieron retirarse, pero la mayoría, después de haberse transportado a Escobedo y haber esperado tanto tiempo, se quedó. Las cuarenta elegidas tuvieron una pequeña reunión al final del día. José Luis Valero les mintió de vuelta: les dijo que el rumor desmentido era, después de todo, verdad, pero que había tenido que decir públicamente que no era cierto por un tema de patrocinios.

—El muy cabrón nos dijo que sí se había apalabrado con el productor de Sony. Hasta nos dijo su nombre y nos contó con cierto detalle la supuesta cita en la que le dijo que sí. Luego nos dijo que no podía saberse porque no se había firmado contrato con los patrocinadores del programa nacional y que no permitirían que el programa local se llevara a cabo sin la presencia de sus productos en las transmisiones. Algo así. Nos mintió bien, pues, como se debe, con detalle.

Durante la cita que tuvo la semana siguiente, la cosa dejó por completo de parecer profesional. José Luis Valero le dijo que se había enamorado de ella. Te seleccioné porque desde el primer momento me enamoré de ti, le dijo. Y estoy seguro de que vas a ganar. Silvia pensó que la cosa no podía estar peor. Pensó en renunciar a la selección pero no lo hizo porque no dejaba de pensar que podría ser su oportunidad. Se sintió más tranquila una vez que la conductora del noticiario la entrevistó en su edición nocturna, en pleno *prime time*. Supo que estaba dentro, que su carrera como modelo ya había arrancado.

El *reality* era, en su mayor parte, una falsedad. Ni Silvia ni nadie vivía en la *casa-set* sino durante algunas horas, dos días de la semana. En ese periodo se grababa todo el mate-

rial que se transmitiría, dividido y editado en episodios de treinta minutos, durante toda la semana siguiente. Las obligaban a cambiarse de ropa cada dos horas para que en la edición final pareciera que habían pasado varios días. Las obligaban también a pelear. Dos de las mujeres que estuvieron en el programa, al menos durante las primeras semanas, en realidad habían sido plantadas por la producción con la expresa finalidad de diseñar injurias y amarrar navajas dentro de la casa. Una de ellas estaba incluso fuera del rango de edades que se había fijado en las bases, según nos dijo Silvia. Tenía como diez años más que yo, calculó.

Cada semana las chicas y el público —a través de mensajes telefónicos— votaban para expulsar a una. Poco más de dos meses después, cuando quedaron cinco finalistas, Silvia, que era una de ellas, recibió una llamada de José Luis Valero. El hombre la citó en su oficina cerca de las siete de la noche. Al llegar, Silvia se cruzó con una gran cantidad de empleados que se retiraban. Las siete era la hora de salida de casi todo el edificio. La televisora transmitía señal ininterrumpidamente y había incluso un noticiario a las 10 de la noche, pero el edificio de Valero era sólo para el personal administrativo y mantenía un horario de oficina más común. Silvia se sintió intimidada desde el momento en que entró al edificio. Luego subió a la oficina de José Luis. Según nos contó, supo que las cosas iban mal desde que vio las persianas cerradas y el piso vacío. José Luis Valero la esperaba echado para atrás en su silla de respaldo alto. Fotos enmarcadas de diversas estrellas locales e incluso algunas que habían alcanzado fama nacional poblaban las paredes. Como escena de película ochentera, el hombre cansado después de un día difícil mitigaba las vicisitudes de la profesión con un whisky en las rocas. También como en los años ochenta —continuando con la imagen que

Silvia nos dibujó— José Luis usaba un pantalón de pinzas, amplio debajo de la cintura pero no lo suficiente como para esconder una leve erección. Silvia no quiso adentrarse en la oficina y se anunció apostada en el umbral. Estaba nerviosa. José Luis le dijo dos veces que pasara, que no tuviera miedo, que *no mordía*. Silvia, ingenua, entró pero dejó la puerta abierta. Se sentó en la orilla del asiento que quedaba del otro lado del escritorio, lista para salir corriendo si la situación se complicaba. José Luis estaba ebrio, se le barrían levemente las **erres**. Hasta tres veces le ofreció un trago. Silvia lo rechazó. Él comenzó a hablar sin decir nada concreto. Lo hacía con lentitud y rodeando las breves ideas que mascullaba. Hizo luego un silencio y poco después se terminó de golpe el trago y se levantó de su silla, apresurando así el desenlace.

—“Sin rodeos, Silvia, ya te lo había dicho. Me gustas mucho”, me dijo mientras rodeaba el escritorio. “Quiero que entre tú y yo pase algo. Quiero que pase algo hoy mismo” —nos contó Silvia—, otra vez eran notorias su ligera embriaguez y sus incontenibles ganas de llorar.

Su relato se entrecortaba. Era casi espasmódico. Todo el coraje y la injusticia que acumuló durante años en ese momento le obstaculizaban la garganta. Es así. Los espíritus más fuertes suelen ser también los más jóvenes, pero la acumulación busca, tarde o temprano, un alivio. Silvia respiró hondo y contuvo sus ganas de explotar. Después siguió adelante con su narración, quizás atizada por nuestras miradas, llenas al mismo tiempo de indignación y de curiosidad malsana, esa combinación tan humana, tan horrible y tan difícil de evitar.

—Se acercó definitivamente. Me puse de pie. Hizo los últimos pasos con cuidado diciendo “no tengas miedo, tranquila, sólo quiero hablar” o alguna pendejada por el estilo.

La erección era notoria. Traté de dar un paso hacia la puerta, salirme de ese pequeño callejón que formaba la silla contra el escritorio antes de que lo bloqueara. No lo logré.

Nos contó con cierto detalle la forma en que se liberó de la violación. José Luis la había tomado con fuerza del brazo y la había jalado hacia sí. Cuando la tenía cerca, el aliento alcoholizado debió haber penetrado sin permiso hasta los senos paranasales de Silvia como una metáfora premonitoria. Pero Silvia no se distrajo. Comprendió, en cuestión de segundos, que sus habilidades de actriz podían sacarla del predicamento y ponerla a salvo. Le dijo entonces que se tranquilizara, que si lo hacían con suavidad y amor, ella dejaría que hiciera lo que quisiera con su cuerpo. Pasó a la ofensiva y le preguntó que qué ofrecería a cambio de una noche larga. Silvia usó esas exactas palabras.

—“¿Quieres ganar el *reality*?”, me preguntó. “Sí quiero”, le dije. Y entonces me dijo que eso es lo que ofrecería a cambio. “Vámonos a mi casa y, dentro de un mes, estarás mudándote a la casa del *reality* nacional, en el D.F.”.

En este momento de la historia Silvia sonrió. Habrá recordado el momento exacto en que huyó. La forma en que salieron abrazados de la oficina, José Luis besándole el cuello y ella aguantando. José Luis apretándole las nalgas con una mano primero y luego con las dos y ella aguantando. José Luis oprimiendo el botón S2 en el ascensor y ella aguantando, sonriendo, recordando la posición exacta del policía que vio en el lobby al llegar. Él metiendo la mano bajo su blusa y ella aguantando, esperando el momento exacto, oprimiendo luego el botón PB un par de segundos antes de que el elevador pasara por la PB, doblando la rodilla hasta conectar con violencia en sus testículos, borrándole de un golpe la erección y la sonrisa, tironeando y rasgando, esperando desesperada a

que las puertas se abrieran, pidiendo auxilio a gritos, corriendo hasta colocarse detrás del policía, que ya sacaba el arma y apuntaba al ejecutivo del canal. Sí, por eso sonreía, más que probablemente. Porque recordaba a José Luis gimiendo, tratando de no caer al suelo, tratando de parecer sobrio, tratando de que su carrera de productor, de hombre de traje, no se cortara de golpe.

Silvia no volvió al programa. Levantó cargos que la policía desestimó tras escuchar la versión del oficial que la había defendido. Por una razón oscura aseguró que Silvia estaba ebria y que le parecía evidente que había montado un escándalo para chantajear a José Luis. El programa de televisión emitió un comunicado falso en el que avisaba a los televidentes y a la prensa que Silvia había quedado descalificada del *reality* porque no había logrado superar el control antidopaje. La noticia apareció en los principales diarios del país. Su incipiente y fugaz carrera como modelo se complicó de la noche a la mañana y tuvo que abandonar, prácticamente exiliada, la ciudad de Monterrey. Por las noches, nos contó, recibía llamadas a su casa y a su celular con amenazas de muerte y de violación desde teléfonos públicos. Recibió correos electrónicos de cuentas hackeadas y dos avisos más violentos que involucraron hoyos de balazos de pistola y rifle en el cofre de su coche y en la puerta de su casa. Sufrió el acoso de una corporación pequeña pero poderosa. Se mudó a la Ciudad de México, acompañada por sus padres, buscando trabajo y paz.

Silvia dejó de hablar. Respiró. Concluyó.

—Así fue mi breve incursión en la vida del modelaje. Me alejé durante un tiempo en lo que pensaba mejor cómo entrarle. Ahora ya no podré volver a ese negocio nunca más... como tampoco podré volver a Monterrey.

Un agujero profundo, negro, sin fondo. Cada una de las palabras que pronunció Silvia la llevó más abajo. No existía la mínima posibilidad de optimismo en una historia así. Y no sólo porque narrara un sueño trunco, como hay tantos, sino porque se trataba de una niña que había sido presionada por varios flancos. Aunque no ahondó mucho en estos otros temas, en determinado punto la corrieron de la escuela en la capital y su madre dejó de dirigirle la palabra por meses. Su vida era un catálogo que mostraba la cantidad de formas en que el mundo puede ser violento con sus inquilinos. Silvia cambió radicalmente su forma de ser después de todas esas experiencias: se retrajo, se hizo una bola de nervios, se volvió huraña y aprehensiva, miedosa. Se retiró al campo para retirarse del mundo y, por lo menos así lo entiendo yo, se fue a buscar o a construir amarras espirituales para poderse sujetar de algo después de haber descubierto que el mundo —su mundo— no ofrecía salvación alguna, que era un naufragio escandaloso e irrefutable.

A los veinte se refugió en la cama de bejuco de una cabaña en un lugar llamado Xoxafi, cerca de unas grutas en Hidalgo. Hasta ahí llegó su exilio físico, pero el espiritual apenas partía cielo adentro, con las velas desplegadas, hacia la inmortalidad. Conoció por internet a una pareja de españoles que había instalado una casa de retiro monástico ahí, en medio de una selva más bien decadente y quemada. Sus actividades eran muy básicas y desinteresadas: se dedicaban equitativamente a meditar, a cultivar verduras en un huerto y a aprender las bases filosóficas y religiosas de alguna doctrina hindú. Con la ayuda económica de sus padres se mudó a la cabaña más pequeña. Ahí aprendió todo lo que sabe acerca de los viajes que el alma emprende cada vez que el cuerpo que encarna temporalmente muere. Aprendió acerca de lo que ella misma

denominó *el fluir de la energía*. Y aprendió también, aunque no lo mencionó en la mesa del restaurante, la principal enseñanza que tienen las religiones: la culpa.

Cuando apenas conocí a Silvia no entendía nada acerca de ella. No lograba descifrarla ni un poco. La tenía ahí enfrente, apenas al otro lado de la mesa, hablando y hablando sin una agenda escondida, sin estarse colocando como una víctima irredenta, sino desde una posición más o menos estable, y no podía dejar de pensar que era un personaje de ficción. Esas cosas no pasan. O no pasan todas juntas. Hay infinidad de personas que renuncian a sus sueños todos los días. También hay un número inconmensurable de víctimas de holocaustos personales, tragedias espantosas, accidentes horribles. Hay incluso muchas personas que renuncian a sus sueños y sufren presiones y accidentes de manera continua. Pero Silvia o alguien como Silvia es poco probable. Es una persona que ha renunciado a sus sueños, que ha sufrido violencia y presión de varios agentes, que ha rozado la muerte de la manera más extravagante que estaba a mano —un accidente aéreo— y que no sólo habla sin reparos de todo aquello, sino que lo ha aceptado, lo cultiva y lo atesora. Todo lo que le ha sucedido es algo que no le sucederá después. Así lo entiende, así lo valora, así lo pone en perspectiva.

Creo que ahora, meses después de cultivar una amistad sincera con ella, empiezo a descifrar algunos de sus rasgos. Miro cómo mira su vida. No llamaría optimismo a eso que se asoma por debajo de su piel cada vez que repasa alguno de los más terribles episodios de su vida. No. Es más bien reconocimiento. Tampoco lo llamaría resignación. Hay una luz ahí al fondo. Tiene un norte, un objetivo. Tolera su vida con una esperanza genuina de que después vendrá algo mejor. Por ese

*después* me refiero a un tiempo ulterior, a otra vida que viene al pasar el trance de la muerte. Eso la conforta por completo, increíblemente, y no se aferra a la posibilidad de un viraje de suerte en los próximos años. Ya entendió que eso no sucederá, no lo espera y —aquí es donde su visión escapa a mi entendimiento— tampoco lo quiere. Prefiere que las cosas no mejoren, porque así garantiza un boleto más favorable para el siguiente pasaje. En algo se parece su actitud a la mortificación con látigos que se infligían los sacerdotes medievales. Su vida está echada ya por la borda, es una transición hacia algo que no puede ser peor, que va a ser mejor. Para Silvia su biografía entera es apenas un capítulo de una historia mayúscula. La historia del Ser, supongo. Todo lo que sucede tiene una causa precisa, más allá de la física o científica, que tiene que ver con las acciones que su alma ha llevado a cabo en vidas anteriores y que determinará por completo el destino de sus vidas futuras. Todas esas ideas le metieron en la cabeza durante el campamento, cuando aún no se destrozaba la cara.

Puede analizarse la cuestión desde varios puntos de vista. Algunos quizás dirán —los españoles que organizan los retiros en la finca de Xoxafi, de entrada— que esta filosofía aprendida y sorprendentemente bien aplicada por Silvia le ha servido mucho para afrontar su nueva realidad, es decir, la que sobrevino después del accidente. Que la idea de la reencarnación y las múltiples vidas es real, tan real que conforta de hecho a quienes sucumben por el camino de la desdicha y serena con prudencia a los que celebran el paso por una cima. Algunos dirán que Silvia evidentemente se conforta con esa idea, que le ha servido para no suicidarse (¿se habría suicidado si no creyera de manera ferviente en vidas mejores que vienen después?). Y es cierto. Todo eso podría ser cierto, pero no podemos eliminar de la ecuación el factor de la juventud. Estas ideas de

muerte y otra vida, de juicios finales, de Thot, Hermes o el arcángel Miguel pesando nuestras almas en una balanza, de Dios Padre otorgándonos el pulgar arriba, en fin, todas esas ideas surgidas de la imaginación de quienes buscaron consuelo ante la comprensión de la futilidad de sus vidas, suelen emerger en las mentes de los viejos durante los momentos finales, en situaciones terminales, en futuros cancelados. Son ideas que fueron plantadas en ellos en algún momento y, conforme se van acercando al fin, comienzan a germinar en serio, más allá de la palabrería vana, como si se alimentaran de muerte o de miedo. Silvia, en cambio, tiene cuando menos cincuenta o sesenta años por delante y ya está pensando que *lo bueno* en otra vida vendrá. ¿No es demasiado pronto como para renunciar? ¿No es victoria y superioridad moral y ontológica lo que ofrecen las religiones a nosotros, los pobres mortales que habremos de convertirnos en polvo? Una próxima vida a cambio de esta, la promesa de gozo eterno o, en su defecto, de otra vida igual pero mejor si fuimos buenos, resta importancia a esta vida, la banaliza. La idea de una vida eterna nos hace polvo. ¿Quién es más pesimista? ¿Quién cree que la vida vale menos? Esa es la disyuntiva. ¿Es el escéptico malhumorado y seco por dentro, que ha perdido junto con la fe su finalidad, o quienes andan por esta vida creyendo que es un paso mínimo antes de otra vida mayúscula, eterna, o antes de otras cientos y miles de vidas, de otros retornos? Eso es exactamente lo que no entiendo. No me resulta extraña una señora llorando por un esposo muerto a los pies de la estatua de una virgen. Tampoco me es ajeno entender el dolor de un hombre que ruega a llanto largo que su hijo no muera en una intervención quirúrgica de emergencia. Esas son esperanzas de que buenas cosas ocurran o de que cosas indeseables dejen de ocurrir. Son expresiones de un dolor pasado o deseos de un futuro mejor. En todo momento se

entiende la búsqueda de una fuerza mayor para encaramarse a ella y pedirle tranquilidad, paz, dinero, salud. En una palabra: futuro. Pero la idea de que esta vida no vale mucho, del sacrificio completo, de entregar todos los minutos al sufrimiento o a la adoración en aras de ganar un bien pretendidamente mayor es lo que no puedo descifrar. ¿Qué hay mayor que la salud, la tranquilidad, la paz? En una palabra: presente. ¿Qué bien mayor hay que el presente?

Al final de esa noche no quedó nada más significativo que nuestro silencio. Botellas de vino vacías. Nos despedimos con abrazos sentidos en medio de una calle oscura, mojada y sin tránsito. María se habrá retirado a tratar de conciliar el sueño, atormentada y conmovida por la historia de Silvia, pero sobre todo por haber percibido su docilidad, su abandono y su renuncia. Silvia habrá ido a su cama dando tumbos, ligeramente con el cuerpo pero sobre todo con el espíritu, con ideas revueltas en la cabeza, con el futuro venido a poco, a menos, a nada. Quizás se llevó las manos a la cara por el cansancio y recordó en ese momento la imagen de su rostro y una ráfaga ácida le recorrió el estómago. Yo también me fui triste, con la conciencia de que no siempre el espíritu más fuerte es el que aguanta más golpes ni tampoco lo contrario. Que nadie puede anticipar la manera en que recibirá ninguna noticia, ninguna modificación al mundo, ninguna desgracia. Lo único que se puede hacer cuando llega el dolor, se haya esperado o no, se hayan practicado con detalle los gestos y las formas de recibirlo, es acogerlo y continuar. Paradójicamente, la vida continúa avanzando aunque no tenga ningún sentido.

—Con el país como está —dijo María— lo verdaderamente ingenuo es pensar que el avión se cayó por la coincidencia de variables que nos contaron. Dijeron muy pocas cosas, pero muy concluyentes y definitivas, ¿no crees? No sólo afirmaron que nadie lo tiró, sino también que no hubo fallas humanas durante el vuelo. No hay nada incriminatorio en la grabación de la caja negra, según ellos. Una grabación que, por cierto, nadie ha escuchado completa. Sólo nos transmitieron trozos en los noticiarios de siempre, los de la tele: audios cedidos —y editados— directamente por la Secretaría de Gobernación. Tampoco hubo omisiones, dicen, en el mantenimiento de la aeronave. Nada. Un accidente sin responsables, como cuando un turista se ahoga en el mar. Nadie, ni mecánicos ni pilotos ni empresarios de la aerolínea. “Un relámpago nos tiró”, así de simple, como si esa hipótesis no presupusiera o que los pilotos arriesgaron sus propias vidas, no sólo las nuestras, cruzando una zona de tormenta con un avión que quizás no la soportaría, o que un avión no aguanta un relámpago. Ambas opciones igualmente absurdas. ¿Recuerdas la conferencia de prensa? ¿Quién la organizó? ¿Qué medios hicieron las preguntas? ¿Lo recuerdas? ¿Sigues pensando que soy una paranoica, que soy ingenua? ¿Estás seguro de que soy yo la que está siendo ingenua?

—Entonces, ¿yo soy el ingenuo?

—Sí, Marcial. Claro que tú eres el ingenuo. También Silvia y el idiota ese que quedó tarado y todos los demás. Parece

que soy la única que cree que hay algo raro, que sospecha que no es tan fácil cerrar un caso como estos a menos de que se esté escondiendo algo, alguna responsabilidad. En ninguna otra parte del mundo se resuelven los casos con tan pocas explicaciones.

Por supuesto que yo ya había pensado que había algo detrás de esa explicación meteorológica, que se estaba escondiendo la responsabilidad de alguien detrás de la corrupción. No soy tan ingenuo ni tan estúpido. Pero por esas razones había decidido no indagar en el tema. No quería pasar el resto de mis días peleándome con una aerolínea gigantesca —contra su equipo de abogados— a través de un podrido sistema judicial mexicano que, por otro lado, ha demostrado históricamente su proclividad hacia la parte dispuesta a soltar más dinero. Y todo para terminar peor que como hubiera empezado. Muerto, quizás. Iniciar una querrela contra la aerolínea significaba desafiar también a la Secretaría de Gobernación, al sistema entero del poder, en un caso que por su propia naturaleza tuvo exposición internacional. Poner en tela de juicio sus *métodos de investigación*, es decir, las estrategias de manipulación del gobierno mexicano —tan famosas como aborrecibles—, hubiera significado, sencillamente, una afrenta al gigante asesino en que se ha convertido la clase gobernante con el paso de los años. No soy idealista. No soy tampoco un joven universitario dispuesto a arriesgar la vida para ser recordado por unos cuantos en Twitter.

María, en cambio, aparentemente tiene más dignidad y más valor que yo. También es mucho más inteligente. Nos dirigíamos en su coche, a gran velocidad, rumbo al lugar del accidente: algo quería demostrarme. Cuando me llamó para invitarme a venir no había entendido bien lo que buscaba, pero después me explicaría mejor las cosas.

Salimos de la autopista hacia el camino que nos iba a dejar en el lugar que buscábamos. La carretera dejaba de ser de cuota y se notaba de inmediato. Un pavimento negro, con grietas, agotado y olvidado, cortaba en dos el campo muerto. Yo recordaba un clima boscoso y sí, más adelante lo encontraríamos, cerca del Pico de Orizaba. El camino que se desprendía de la carretera hacia Atzitzintla, en cambio, era otra cosa. Predominantemente tierra seca y lináceas torcidas. Plantas que en otras zonas suelen ser suculentas, al lado de este camino eran sólo puntas secas con espinas, como fósiles de arácnidos gigantes. El aire era espeso de polvo y de luz gris, casi algo físico, una capa táctil, una tela sucia. María tuvo que bajar la velocidad porque la carretera era de un solo carril para ir y otro para volver y había además pozos esparcidos a lo largo de la carpeta asfáltica. En cualquier momento podría encontrarse con una camioneta de batea o con un taxi perdido rebasando en sentido contrario. En ambos lados había unas cuantas casas pequeñas, muy separadas unas de otras, todas pintadas de blanco, muchas con logos de partidos políticos o de grupos de cumbia pintarrajeados encima. Algunos perros flacos, echados en los umbrales, levantaban la cabeza para vernos pasar. Nos escoltaban cables de luz o de teléfono sostenidos cada cien metros por postes hechos de troncos podridos. Pasamos una cancha de fútbol de polvo y piedra con porterías hechas de tubos de pvc amarrados con mecate. También rebasamos hectáreas enteras de tierra surcada con líneas paralelas pero sin ningún asomo de vida. Parecía que a partir de la repetición del gesto de sembrar la gente hubiera pretendido revivir el suelo sin éxito. Sólo había quedado polvo peinado, cercado con un perímetro de púas, como si a alguna persona o a algún animal le interesara entrar a esas parcelas vacías. Había pobreza cosechando nada, simulando una comunidad. Casas aisladas, vidas pendientes y una

carretera calcinada que llevaba, sólo kilómetros más adelante, al bosque, a la montaña, a una tierra viva donde ya nadie podía estar. Un parque nacional —zona federal, el árbol prohibido— había liberado esa otra región de sus habitantes antiguos, los había desplazado hacia esta parte muerta. Ahora era propiedad del Estado, esa cosa rara e informe que no vive ni respira pero que sí come, engulle, defeca. Reubicación, dijeron, pero seguramente fue despojo, como siempre.

Estaba nublado y hacía viento. Una gran polvareda se levantó del lado derecho, se dirigió hacia el camino y nos interceptó. María tuvo que frenar más hasta llegar a cero. No había visibilidad como para seguir avanzando, mucho menos en ese camino tan inestable. Nos quedamos estacionados a mitad de un trayecto que por lo visto nadie transitaba a esa hora. Por las ventanas sólo nubes de tierra. El volcán, erguido ahí apenas adelante pero que no alcanzábamos a ver, era el único testigo de nuestra ubicación. Detenidos debajo de la pequeña tormenta, con la palanca en neutral, María exhaló fastidiada y comenzó a hablar.

—Tengo un amigo bien parado en la Secretaría de Gobernación, Marcial.

—¿Sí? ¿Qué tan amigo y qué tan bien parado?

—Preferiría no decirte aún quién es, pero es muy amigo mío. Muy cercano.

—¿Pesado?

—Sí, tiene un puesto alto... Por supuesto que no lo arriesgaría pasándome información así, abiertamente. Tampoco se atrevería a declarar nada.

—Pero si es tu amigo... Es decir, hay formas. Ahí está el WikiLeaks mexicano.

—No me ha dicho que sepa nada. No tengo idea si sabe algo o no —me dijo mirándome a los ojos, ambas manos sobre el volante.

María era muy hermosa, tenía una mirada profunda y seria que resultaba difícil de sostener. Los pómulos duros, la nariz recta y larga. Miré hacia delante.

—La otra vez me dijo que estaba convencido de que algo se escondió en ese caso— añadió.

—¿Sospecha de algo específico, de alguien?

—No lo sé, no lo sé —repitió en voz baja—, vamos al lugar, quiero verlo otra vez, ¿tú no?

—Sí.

La nube de polvo había comenzado a disiparse. Avanzamos.

No me invadió una energía, ni positiva ni negativa —aunque quizás sí y no supe distinguirla del flujo normal del torrente sanguíneo—; no recorrieron mi piel descargas eléctricas; no sentí la pulsión de la muerte mordirme la espalda. Lo único que sentí al llegar al claro donde había caído el avión fue una profunda tristeza. Una tristeza seca que no tenía nada que ver con el lugar presente ni sus vibraciones, sino con el lugar pasado y el recuerdo. La tristeza no vino de afuera de mí, sino de bien adentro. Habían pasado más de cuatro meses y la tierra seguía revuelta. Una franja de lodo cortaba de tajo el césped, que se veía muy crecido, verde y húmedo. Era aún muy clara la trayectoria del fuselaje sobre la tierra: había dejado un camino largo y recto por el que no volvió a crecer el pasto. Recordé que había habido fuego y luego agua con químicos arrojada por las largas mangueras de los bomberos. El camino por el que había subido el pequeño camión rojo que enviaron se cortaba unos cien metros atrás, justamente en el lugar donde María y yo acabábamos de aparcar el coche, y las mangueras se habían tenido que desenrollar por completo. Quizás esos químicos o el fuego mismo habían matado

esa franja de tierra. Era literalmente una cicatriz del bosque. María caminaba por delante, mirando el suelo. Traía zapatos bajos y pantalones de mezclilla. Caminaba con ciertos titubeos, el suelo estaba húmedo y disparejo en algunas regiones. El sol se había escondido por completo en una nube oscura y carnosa. En cualquier momento iba a comenzar a llover. María me llamó y volteó con una mirada triste. Ven, me dijo, y yo me acerqué hasta donde estaba. Aún no descubría lo que María se había agachado a recoger y ya sentía un nudo en la garganta. No lloré al ver que se trataba de un trozo de salvavidas amarillo. La zona, con toda seguridad, estaba llena de detalles así: etiquetas de maletas con el nombre de un muerto, tirantes de bolsas, pedazos de agujeta. A simple vista era toda tierra húmeda, pero ahí debajo, sepultados por la lluvia y el viento, yacía quizás una miríada de objetos que fueron importantes en su entorno original. Habría quizás un anillo o un arete que fue, alguna vez, un regalo de aniversario; o el trozo de una página de libro que sirvió para desenlazar una historia de amor en el trópico. Quizás ahí debajo hubiera también otro tipo de objetos, pedazos de alguien, un dedo, una oreja o un pie dentro de un zapato. Un pedazo de mi pierna.

Cayeron las primeras gotas y, segundos más tarde, comenzó un aguacero. María gritó divertida y corrió hacia el coche. Me dijo que la siguiera, pero yo no había aprendido aún a correr con la prótesis. Caminé rápido y me subí la chamarra hasta la cabeza. María se dirigió al coche. La miré alejarse, llegar y subir. Un par de minutos después subí yo también.

—¡Qué pena, Marcial! Estás empapado —me dijo con una sonrisa amarga que no escondía ni pretendía esconder el sentimiento de lástima que la invadía.

—Eso me gano por saltarme las terapias. Seguramente ya habría aprendido a correr —le contesté.

—Quítate la chamarra —me dijo—, voy a prender la calefacción y podemos esperar aquí un ratito a que pare la lluvia.

Encendió el aire y yo me quité la chamarra. De inmediato se empañaron todos los vidrios. Me escurrían gotas del pelo. María me extendió la mano con una bolsa de pañuelos desechables. El matiz del viaje cambió por completo de un segundo a otro. Ahora estábamos al final de un camino de tierra, en un bosque con el cielo cerrado de nubes, metidos los dos en un coche con los vidrios empañados y el aire templado. Nadie a kilómetros alrededor. Lluvia recia. Ver el paño de los vidrios me hizo pensar en mi aliento, en el de María, y en el calor que los dos emanábamos. El pequeño ecosistema formado en el interior del auto era agradable aunque pronto se envenenaría. No tuve más remedio que pensar en María desde una perspectiva sexual que, desde luego, me pareció inalcanzable. Ella era dura como un muro y en ningún momento, desde el día en que la conocí hasta el segundo anterior al surgimiento de esa pulsión sexual, insinuó una mínima puerta. Me quedé en silencio y ella también. No creo que estuviéramos pensando en los mismos temas porque ella no se notaba nerviosa. Aparentemente estaba enojada, pensativa o temerosa, pero no nerviosa. Traté de olvidarme del asunto afanándome en ajustar los broches superiores de mi prótesis y ajustando el zapato a la horma que quedaba en el extremo inferior. María miraba hacia el frente, pensando, perdida entre las formas brillantes que se entretejían en el parabrisas. Gotas que no alcanzaban a forjarse un camino antes de ser absorbidas por corrientes que transitaban otros caminos más grandes. Pensé otra vez que María era una mujer muy bella, sí, pero también muy extraña. Quizás un tanto paranoica. Recordé cómo había comenzado nuestra discusión en la carretera. No conozco con precisión los síntomas psicológicos de la paranoia, pero estoy seguro de

que el mal humor y la necedad forman parte de ellos. Suele pasar con la gente demasiado racional, demasiado científica: se acostumbran a que la realidad se amolde a las categorías que traen en la cabeza y no al revés. Y se vuelven necias y duras. Es lo que tiene la ciencia, contagia esa característica, acostumbra a la gente a que las cosas sucedan como piensa que deben suceder: acostumbra a la gente a tener la razón.

Pasamos algunos minutos en silencio. La lluvia amainó. María preguntó *¿vamos?*

Salimos de nuevo al bosque y anduvimos el mismo camino. El aroma a pino era intenso y muy agradable. Sentí el cambio de temperatura en los brazos y en el final de la antepierna derecha, donde se juntaba con la prótesis. Siempre me acompañará esa sensibilidad exacerbada. Esta vez María caminó conmigo y por momentos incluso se detuvo de mi brazo. Yo había dejado la chamarra en el auto y tenía las mangas de la camisa subidas casi hasta el codo. Su contacto fue agradable tanto por la suavidad de sus manos cuanto por lo que significaba: que no se había sentido incómoda en el coche unos minutos antes. No veía en mí sino a su acompañante y eso me quedó claro. En cuanto superó la parte más dispareja del terreno, me soltó. No se trataba de una *caminata cogidos del brazo*, sino que simplemente, quizás a raíz de verme lidiar con la prótesis, quiso estar cerca de mí en la parte lodosa o hacerme creer que yo la iba sosteniendo para que me sintiera bien.

Encontramos, en esa segunda inspección —que duró muchos minutos, quizás una hora—, varias cosas. Una pequeña torre de vasos de plástico con el logotipo de la aerolínea; un pedazo de tarjeta de información de emergencias, no sin un tufo paradójico; la manija de un portafolio de piel; unos audífonos que quizás podrían seguir funcionando; una piedra

ensangrentada, bien clavada en la tierra; un trozo de pantalla de laptop y el brazo de un asiento. Decidimos dejar todas esas cosas en el exacto mismo lugar en que las encontramos. No nos dijimos las razones para estar de acuerdo en ello. Quizás era una especie de muestra de respeto por los que habían muerto a nuestro lado, por las familias, o por los que sobrevivieron. En realidad no tenía ningún sentido llevarnos nada, aunque tampoco dejarlo en el lugar en el que lo encontramos y, siendo más estrictos, tampoco estar husmeando en ese sitio. En una hilera de árboles se alcanzaba a ver aún, a lo lejos, una tira de plástico amarillo de las que dicen “Policía - No pasar”, colocada probablemente hace semanas por un oficial durante las maniobras de rescate. Ahora era un plástico ondulante que disparaba un mensaje hacia ningún receptor.

En un momento vimos una silueta acercarse. Ya casi había oscurecido, aunque una resolana salía por detrás del volcán pintando el cielo con tonos de azul y rosa. No había luna y caía una breve brisa que bailoteaba con el viento. La silueta caminaba hacia nosotros. El paisaje lucía pálido. Conforme se acercó, la fuimos descifrando mejor. Hombre, hombre con perro, hombre con sombrero y perro. En este país no puedes estar tranquilo cuando alguien se te acerca, en la penumbra, en el medio de la nada. Saludó con el sombrero estando aún lejos y siguió caminando. María y yo permanecemos quietos. Por fin, cuando estuvo a unos diez metros, comenzó a hablar.

—¿Andan perdidos? —preguntó con un grito templado.

—No, no, para nada —dijo María.

—Vi un coche parado ahí atrás y pensé que sí, pues. ¿Se les paró?

—No, tampoco, señor. Estamos paseando, nada más.

El hombre se detuvo. Se nos quedó mirando unos segundos, como inspeccionándonos. Estaba un tanto encorvado para alcanzar a acariciar a su perro, que se había sentado sobre los cuartos traseros junto a él. Ambos iban completamente mojados. Debajo de la camisa se dejaban ver unos brazos anchos y musculosos. Debía tener alrededor de cincuenta años y se ganaba la vida —eso deduje— con un trabajo físico, porque estaba en plena forma. Su mirada era cálida aunque el rostro era severo, de facciones duras. Llevaba largo el bigote por encima de los labios y también las patillas, que escapaban por debajo del sombrero. Su piel, aún en la semioscuridad, lucía curtida por el sol. Sonrió y miró hacia un lado.

—Ah, ya sé. Vienen a chismear de lo del avionazo...

—Sí, la verdad sí —dijo María, que llevó toda la conversación— estamos nada más husmeando.

—¿Son policías? —preguntó, serio de pronto, la cabeza echada para atrás.

—No, para nada, señor...

—Rubén Ramírez, servidor.

—Yo soy María Lombardi y él es Marcial. Somos sobrevivientes del accidente.

—¿Cómo? ¿Ustedes venían en el avión? —preguntó sorprendido. Se quitó el sombrero, descubrió una maraña de pelos mojados y revueltos.

María le confirmó la noticia. Se quedó mirándonos otra vez, ahora incrédulo. Miró mi pierna flaca, intuyó que tenía un problema. Hizo un gesto que mezcló una emoción alegre con una sorpresa desagradable. Una de esas sonrisas amargas que comunican muchas cosas. Los gestos humanos son pocos, pero preñados de infinitos significados, por eso parecen tantos. El contexto los acaba de determinar. Por ejemplo, el

hombre dejó de acariciar al perro y le dio una palmadita en el costado. El perro echó a correr moviendo la cola. Con ese gesto, en esas circunstancias, con la velocidad y la paz con que lo hizo y a esa hora, Rubén Ramírez nos informaba que tenía la intención y el tiempo para platicar. María lo entendió y comenzó un breve interrogatorio.

Rubén era un hombre de rancho. Vivía del otro lado del volcán, donde acaba la cerca del parque nacional. Todos los días cruzaba esa parcela para ir de su casa al rancho en el que trabajaba, que era del hijo de un político local. Hacía de todo: construía o reparaba cosas, cuidaba a los animales, les daba de comer, pastoreaba ovejas. Se sorprendió al vernos caminando por ahí solos. Nos dijo que después del accidente habían cerrado la zona y que durante varias semanas estuvo iluminada, custodiada por soldados y llena de gente con bata u overol, levantando cosas, viendo cosas, llevándose cosas. Eran los días de peritaje, era la gente del ejército y de la Secretaría de Gobernación recuperando la caja negra, limpiando la zona de cadáveres y trozos de avión.

—Durante esos días me tenía que dar la vuelta por aquel lado para llegar a mi casa —nos dijo—, varias veces me detuvieron y me interrogaron. Una vez un soldado me acompañó hasta la casa para ver si de veras vivía ahí, si ahí estaban mi esposa y mis chavos como le había dicho.

—¿Pensaban que era periodista o qué? —preguntó María.

—Pues quién sabe —dijo— pero sí estaba raro. O sea, yo no me pasaba por ahí, pues. No me cruzaba por la zona acordada, pero aún así me detenían y me pedían que me identificara. No siempre, pero a veces.

—¿Se veían sospechosos?

—Pus no sé si sospechosos. Digo, es medio raro que haya tantos soldados cuidando un lugar. Sobre todo ahora. Para el

rumbo de Veracruz siempre que hay militares es porque hay algo raro.

—¿Y luego se fueron?

—Pues sí. De un día para otro levantaron las carpas y se fueron. Quitaron los listones y se llevaron las lámparas. Desde entonces esto está así. Vacío. De repente vienen gentes. De la tele o policías que se dan la vuelta. Pero la cosa ya se enfrió.

Rubén quería hablar. Parecía picado por la curiosidad de conocernos. Volvió a mirar mi pierna flaca, notó mi prótesis, que escapaba por debajo de la bocamanga del pantalón. Estaba ligeramente entusiasmado por el encuentro. Nos preguntó una vez más si de veras veníamos en ese avión.

—Yo los vi. Yo fui el primero en llegar aquí cuando el avión se cayó. Estaba en mi casa tomándome un café, ya para salir al rancho, y escuché el ruido. Era un avión, claro, pero se escuchaba fuerte. Las cosas vibraban. Se oía como un chiflido, un sonido raro.

—¿Se asomó a ver? —me animé a preguntar. Ahora la curiosidad estaba de mi lado.

—Sí —dijo— me asomé y lo vi cayendo. Sólo un ratito, por entre los árboles. Luego se escondió detrás de los pinos. Pasó muy rápido. Se veía clarito, clarito. Muy grande. Y hacía un ruido como de dinosaurio. Cuando escuchamos el golpe le dije a mi mujer que iba a ver, que despertara a los niños y que se fuera al pueblo a buscar ayuda. Mi casa queda ya trepada la montaña, como a dos kilómetros del pueblo que está del otro lado.

—¿Vio el avión cuando estaba cayendo? —preguntó María, con la actitud y la mirada de un detective.

—Le digo que sí. Apenas los vi caer y escuché el trancazo, me eché a correr para acá. Fui el primero en llegar. Era un desastre, señora. Había fuego y humo por todas partes. Gente

gritando, tratando de levantarse. Todo el mundo lloraba y la mayoría se quedó adentro de... bueno, de los pedazos de avión. No sabía por dónde empezar. Al verme llegar, un hombre se me acercó tambaleándose y me sonrió. Cuando estaba en frente de mí se le pusieron blancos los ojos, los cerró y se me desmayó aquí merito. Intenté cacharlo pero no lo logré. Cayó bocabajo sin meter las manos. Pensé que se había roto la nariz del golpe pero luego vi cómo tenía el cráneo en la parte de atrás. Roto, sangrando. Su cabello era una masa de sangre.

—¿Estaba muerto? —pregunté.

—Yo creo que sí. Había un avionazo y yo era el único ahí para ayudar. Entenderá que me fui corriendo para ver si podía echarle la mano a alguien más, pero luego luego me di cuenta de que no iba a poder hacer mucho yo solo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó María, el ceño fruncido.

—Porque había fuego y la gente estaba muerta o viva... y los que estaban a medias estaban atrapados entre fierros. Estuvo gacho... Arrastré a dos personas que estaban cerca del fuego y que parecían vivas, aunque inconscientes. Le ayudé a salir del cascarón a otros dos que estaban muy madreados del cuerpo, pues. Y luego me puse a tratar de apagar fuegos.

—¿Estaba incendiado todo? —pregunté.

—¿Pues no estaba usted ahí? —me dijo.

—Sí, pero no alcanzaba a ver mucho, estaba prensado y tenía el asiento enfrente. Sentía y escuchaba fuego, pero no cercano. ¿Estaba incendiándose el motor?

—¿El motor? No, no era el motor. Unos asientos y otra parte del pasto. Una de las alas también.

María se quedó mirando el suelo.

—Es que las alas guardan el combustible —le dije. Rubén sonrió y asintió. Había entendido el origen del fuego y le

entusiasmba, creo, la idea de que le contáramos cosas así, detalles, hechos. Quizás después se los contaría a sus compadres, a su jefe o a sus hijos.

—¿Se acuerda bien de haber visto el avión caer, Rubén?

—preguntó María con ojos encendidos. Algo le había hecho clic.

—Sí, señora, le digo.

—¿Echaba humo?

—¿Cómo que si echaba humo? Le digo que había fuego.

—Pero mientras caía. ¿Echaba humo el avión cuando iba cayendo?

—Ah... —dijo Rubén, y miró hacia arriba como afinando la memoria —no. Caía nomás, pero no iba en llamas ni echando humo.

María volteó a mirarme. La miré también. Adiviné cada una de las palabras que estaba por decirme.

—¿No crees que un avión al que le cayó un rayo estaría en llamas? —me dijo.

—Pudo achicharrarse algún circuito del motor con la descarga sin haberse incendiado —argüí. Rubén nos miraba entretenido. Después de mi pregunta volvió a mirar a María, como incentivando el intercambio de información.

—¿Y el otro motor? Nos dijeron que un motor se había averiado porque le cayó un rayo, pero ¿y el otro? ¿No se había quemado por la sobrecarga de trabajo?

—No sé si *quemar* significa necesariamente incendio —dije.

Rubén se quedó mirándome. María suavizó la mirada, bajó los párpados hasta la mitad. Inclino la cabeza. Me dijo, sin hablar, que estaba siendo ingenuo una vez más. Para ella el caso estaba concluido: había ganado. Un testigo diciendo que no había visto fuego en el motor mientras el avión caía era una razón suficiente para sospechar que había una causa

oculta del accidente aéreo. Mejor dicho una causa ocultada. Y la sospecha era una razón suficiente para empezar una investigación.

Convencer a María de algo era demasiado complicado. Una vez convencida, sin embargo, la verdad era absorbida por ella como una segunda naturaleza. María tenía el hábito de la verdad. Su vida estaba llena de certezas que nunca se vinieron abajo porque sólo las aceptaba como certezas después de escudriñarlas hasta sus últimas causas. Su trabajo como asesora de fusión en Laguna Verde exigía esa seriedad científica que acompañaba todas sus decisiones vitales. Desde niña fue así. Lectora, pero no de obras de ficción; divertida, pero con pocos amigos; cariñosa, pero sólo con unas cuantas personas; argumentativa, pero no agresiva. Seria, de pocas palabras, resuelta. Para sus padres no fue sino una consecuencia lógica que hubiera estudiado una carrera de rigor científico.

Me di cuenta después —porque a la fecha seguimos siendo buenos amigos y cada vez que viene a la ciudad nos vemos— de que la ciencia no es para ella una disciplina teórica, sino una filosofía de vida: se maneja a partir de argumentos científicos porque no le gusta especular ni creer. Estudió en el Centro de Física Aplicada y Tecnología Avanzada de la UNAM, en Juriquilla. Tenía la inquietud, cuando era joven, de sopesar los peligros y las virtudes de la energía nuclear con argumentos reales y no aprendidos de memoria. Por un lado, le había tocado vivir en su infancia el debate de la opinión pública en torno a la instalación de una planta nuclear en México; por otro, fue novia en su adolescencia de un activista de una organización local estilo Greenpeace. Un tipo que nunca pudo explicarle a fondo y con claridad las razones por las que defendía ninguna de sus causas. Siempre, según María, terminaba arguyendo

a partir de axiomas que no hacían sentido o permanecía en la vaguedad de lo verosímil. Los transgénicos tienen *químicos*, decía el novio. Sí, pero cuáles, preguntaba María. ¿Qué objeto del mundo está formado por otra cosa que no sean *químicos*? Hay una sustancia en el azúcar refinada que produce cáncer, decía. ¿Cuál? ¿Por qué? ¿Quién lo dice? Nunca encontró respuestas firmes. Mucho menos en lo referente al debate de la energía nuclear. Terminó la preparatoria abandonando a ese joven y decidiendo, con razones muy claras y firmes, la carrera que iba a estudiar y el tema al que dedicaría su vida en adelante.

La argumentación no es uno de nuestros fuertes como especie aunque seamos los únicos capaces de utilizarla. Preferimos escudarnos en otro tipo de trucos no necesariamente argumentativos ni exclusivamente humanos: miedos, amenazas, profecías, engaños y, sobre todo, creencias. Así somos, no hay cómo negarlo. Por eso encontrarse con alguien como María es un evento extraordinario.

Es, en definitiva, una persona inusual. En el sentido más estricto del término puedo decir que es uno de los seres más humanos que conozco. Es una persona comprometida con la característica que la hace diferente de las demás especies que cohabitan con ella en el mundo y eso, desde mi punto de vista, significa estar un paso evolutivo más adelante que nosotros, el resto de los humanos. Una vez me dijo que sólo había una cosa que le mortificaba verdaderamente. La había escuchado de una filósofa evolucionista de la Universidad de Londres llamada Helena Cronin. Decía que el peligro más urgente que corría la humanidad no era el deterioro del medio ambiente. Es decir, sí, sí que había un peligro latente en ese terreno, pero que antes de que un desastre natural acabara con la humanidad, la humanidad acabaría consigo misma. Lo que me da

miedo —me dijo una vez con los ojos bien abiertos—, lo que verdaderamente me aterra, es que la pseudociencia siga ganando terreno en el mundo. ¿Qué describe o identifica mejor a una persona que sus miedos más profundos?

María sobrevivió al accidente con mucha naturalidad. Por supuesto que pasó momentos terribles —esto, como ya lo he dicho, lo atestigüé de primera mano— y se llenó de miedo en los momentos previos e inmediatamente posteriores al golpe. Pero después no absorbió ningún trauma psicológico. Su carácter es reflexivo, pero no demasiado: sólo vuelve atrás si es para dar un paso adelante. Huye de las cuestiones que se mezclan demasiado con los sentimientos y con términos que escapan a una posible definición lógica. ¿Que sí sintió un vacío, un trauma emocional, una variación de la disposición anímica? Quizás, pero no los reconoció porque no supo explicarlos —¿quién puede explicar el vacío?—. Y quizás desaparecieron también porque el espíritu de María es una masa enorme que no ha sido explorada, como la región más profunda del mar, donde todo lo que no flota se diluye.

En la cama del hospital repasó el incidente una y otra vez hasta que entendió lo que había sucedido. Entendió la muerte y entendió también la supervivencia. No pensó que había tenido buena o mala suerte. La vida a fin de cuentas, como dijo Borges, es tan sólo una muerte que viene. Darse cuenta de que uno continúa vivo no significa mucho. Y no significó mucho tampoco para María. De todas las personas que conocí a partir de la caída del avión, ella es la que menos afectada se vio. La que menos cambió, la que menos perdió, la que menos aprendió. Para ella el hecho era uno y el mundo sucedía gracias a unas reglas muy claras, aderezadas con la ilusión de la libertad y la enfermiza manera que tenemos algunas personas de no querer aceptarla. Pero no es otra cosa que una determinación

ignorada por nosotros. El futuro no es libre de suceder —me dijo María en otra ocasión—, está dado, sólo que no tenemos ni las categorías ni las herramientas necesarias para entender cada una de las causas y poder así predecir sus efectos. En otras palabras, la visión del mundo de María se podría reducir a un juego de palabras metafórico, que se me antoja divertido: el mundo está escrito, sí, pero no sabemos quién lo escribió, en dónde, en qué idioma o cuánto tardaríamos en leerlo.

Supongo que es más fácil aceptar y enterrar un evento en el pasado cuando no hay nada en el presente que te lo recuerde. María no perdió un esposo, un hijo, una pierna o parte del rostro. Sólo, quizás, perdió un poco la tranquilidad de viajar en avión. Así, presumo, es más fácil superar los hechos. De todos modos María no había dado la vuelta a la página. No le hacía sentido la narrativa entera de la situación y, sólo por esa razón, parecía empeñada en investigar lo que había sucedido en realidad hasta sus últimas consecuencias. Tal vez esa era la forma que María había elegido para enfrentar la situación. Cada quien hace o hizo lo mejor que pudo. Cada quien se hizo de algún asidero, del que fuera, para mantenerse a flote. ¿Sobrevivir a un accidente aéreo te puede enterrar vivo? ¿Puede apagar la ilusión de vivir? Claro que sí, pero no simplemente por suceder, sino por seguir sucediendo todos los días. Para María el accidente estaba en el pasado, no era un presente continuo, sino una vivencia aislada que no había tenido grandes consecuencias. Así lo veía o así decía verlo: así lo enfrentaba.

Pero había, tengo que decir, una especie de deseo desesperado, un afán —que después se volvió un tanto enfermizo— por dilucidar la verdad científica del hecho. Entonces tan inadvertido no estaba, tan clavado en el pasado tampoco. Los demonios de la gente son muy distintos, cada quien los elige

sin saberlo, los alimenta y se acostumbra —o no— a vivir con ellos. Algo trataba de concluir María con el martillazo de la verdad para poder seguir adelante, aunque quizás nunca lo hubiera aceptado. Nunca tampoco se lo formulé así. En ese sentido —y sólo en ese— había arrastrado también un trauma: el golpe que le provocaba la ignorancia de la realidad desde el punto de vista fáctico.

—Voy a preguntarle a mi amigo, quiero saber exactamente qué pasó.

—¿Te da coraje que haya culpas sin castigar? —le pregunté. Estábamos cerca de entroncar con la autopista de vuelta a la ciudad.

—No —dijo.

—Sí —contradijo.

—No lo sé —terminó reconociendo.

Le advertí que podría ser muy peligroso insinuar alguna culpa. Que podía ser peligroso aún indagar, pero ella estaba ya resuelta, lo que significa que no iba a cambiar su postura tras escuchar mis recomendaciones o, incluso, que no estaba escuchándolas. Yo estaba deseando en el fondo que no desistiera de su investigación. Me había contagiado la curiosidad, que es el motor del saber humano, de la ciencia y, si se me permite la hipérbole, del mundo entendido como entidad histórica, como esa gran masa que gira y contagia de movimiento a todos los seres vivos.

Nos incorporamos a la autopista. María miró el carril de alta por su retrovisor. Mientras metía la quinta velocidad y empujaba un poco más el pie derecho hacia el fondo, sonrió con fuerza, casi de manera incontenida, e incluso soltó una pequeña risita como la que suelta alguien que descubre el engaño de un tahúr callejero o que ha caído en cuenta

de que una grúa se llevó su coche. Pensé en Rubén, en el humo ausente del motor, en el avión cayendo visto desde abajo, desde la puerta de la propia casa. Ese momento en el que Rubén nos dijo que no vio fuego ni humo, fue el momento *eureka* de María, científica hasta el último pelo, con cada uno de sus genes. La miré de lleno, estaba por preguntarle cómo, por qué, cuándo y hasta dónde llevaría su indagatoria. Ella tenía la mirada clavada en la carretera. Intuyó lo que iba a cuestionarle.

—Oye, Marcial. Tranquilízate —me dijo—, sé que no vivo en Suecia. Entiendo exactamente el problema en el que puedo meterme si empiezo a preguntar cosas a lo tonto. Vivo en Veracruz, ¿recuerdas?

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Sólo quiero saber la verdad.

—¿Y si la encuentras, qué vas a hacer con ella?

—No lo sé. Tal vez nada.

—Si no la usas para nada —le dije—, entonces no sirve. Y si la verdad no sirve, muere.

—¿Desde cuándo eres poeta? —me preguntó divertida, después añadió—, sólo quiero saber la verdad para estar tranquila, para poder cerrar el capítulo y seguir adelante, para poder olvidarme de todo.

—Si descubrieras que alguien específico, quiero decir, una persona con nombre y apellido, un tipo negligente, un mentiroso y, por tanto, un corrupto, fue el culpable de tantas muertes, del accidente que tú y yo sufrimos, ¿no tendrías ganas de delatarlo?

María se quedó callada por varios segundos. Seria. Pensativa.

—Si llegara a saber algo así —dijo al fin—, tendría que sopesar con precisión las consecuencias de denunciarlo.

Tendría que saber mis garantías y las de las personas que me hayan dado la información...

—¿Garantías? Vives en Veracruz. Creo que la ingenua ahora eres tú.

—Sí. Probablemente no haría nada con la verdad, sólo saberla. Pero es suficiente, para eso existe.

A veces no comprendo el afán de buscar la verdad a toda costa. ¿Cómo es que el ser humano está inclinado de manera natural hacia ella? ¿Lo está en realidad? ¿Es la verdad, sinceramente, una finalidad en sí misma, o tan sólo la buscamos para poder usarla en nuestro beneficio? Me quedé reflexionando largo rato, en silencio, incluso muchas horas y días después de haber cruzado esa charla con María, alrededor de esa triste noción: la verdad. Unos días después de esa excursión fugaz, María partiría definitivamente de regreso a Veracruz y dejaría de tener noticias de ella por los siguientes tres o cuatro meses. Quizás aun más, pero a quién le importa saberlo con exactitud. El tiempo, de cualquier forma, no existe. Sólo existen los relojes.

## NUEVE: LA VERDAD

Ya era 2016. Principios de año, quizás febrero. Recibí un correo electrónico larguísimo con una historia bien detallada que relataré a continuación. El remitente era María Lombardi; el asunto, *la verdad*. Su texto había atravesado de manera virtual regiones de los estados de Veracruz, Puebla, México y también buena parte del D.F. en apenas segundos. *La verdad*, pensé, había pasado por encima de territorio, población y gobierno —es decir, de parte de la patria— casi por la misma ruta en que meses atrás había pasado nuestro avión en problemas, pero en sentido inverso. Me tomé la enorme libertad de absorber la historia, rumiarla, imaginarla y volcarla sobre el papel. Para evitar la parquedad científica del mensaje original, le añadí al relato un hilo conductor y, quién sabe, quizás hasta algún truco narrativo para hacerla aunque sea un poco más atractiva. La verdad no es atractiva *per se*, así que espero que no se me juzgue por esta pequeña veleidad.

El 2 de noviembre de 2015 apareció anunciado en el portal *mercadolibre.com* un camión-pipa Sterling Acterra, modelo 2002, con capacidad para almacenar y transportar 10 mil litros. El vendedor se llamaba sencillamente *Daniel* y estaba ubicado en Hermosillo, Sonora. Se trataba de una unidad que, según las fotos, parecía en muy buen estado. Incluso lucía pintura nueva. A pesar de tener 13 años de servicio para un solo dueño —como indicaba el anuncio— apenas rebasaba los 27 mil kilómetros. Ese kilometraje extrañamente bajo, el hecho

de que se tratara de uno de los modelos de Sterling que aún tenían motor Mercedes y el precio, que estaba más o menos a la mitad del promedio de unidades semejantes, fueron las causas para que el anuncio durara sólo 18 horas publicado antes de que la pipa se vendiera. El vendedor, el usuario *Daniel*, era en realidad —según indicaba la factura— una empresa llamada Servicios Aeroportuarios de México SA de CV, con sede en el Distrito Federal, que nunca antes había vendido ningún vehículo a través de esa plataforma. El usuario fue dado de baja el 5 de noviembre de 2015, apenas tres días después de crearse.

En efecto, el motor y la carrocería del camión estaban en muy buenas condiciones. Lo que necesitaba reparación era la pipa. El nuevo dueño, el señor Roberto López Méndez, un agricultor de un pueblo cercano a Tlaquepaque, le hizo saber a María en una llamada telefónica que la única falla que fue reportada por el vendedor —e incluso asentada en el documento de compraventa para evitar futuras reclamaciones— había sido un pequeño agujero en la parte superior del tanque. Si bien esa falla no era propiamente una fuga, en el sentido de que no dejaba salir líquido de la pipa —porque estaba, digamos, en el techo—, sí era una fuga en el sentido de que los dejaba entrar. Y esa precisamente había sido la causa del gran problema en el que se metieron los dueños y los responsables de la pipa, problema cuya resolución emergente supuso su inmediata venta a un precio irrisorio en un territorio más o menos alejado de la capital. El camión fue enviado a Hermosillo para ser puesto a la venta allá. El comprador lo regresó un poco más cerca de la Ciudad de México, pero aún lo suficientemente lejos de una zona de alta densidad poblacional que pudiera entrar en el radar de un investigador cualquiera, al menos en el corto plazo. La venta fue rápida y líquida: el campesino fue instruido para pagar en efectivo y el papeleo de

cambio de dueño y registro fue ejecutado en tiempo récord con ayuda de algunos fajos de billetes deslizados debajo de varias ventanillas.

Procedo ahora a detallar los antecedentes. Las autoridades del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México habían dado luz verde para la renovación de la flota de autos y camiones de servicio en pista un par de años atrás, pero cada adquisición tenía que esperar a que la unidad que iba a sustituir se vendiera a un precio decente para optimizar los recursos y reducir los gastos del departamento de compras. El mantenimiento de estas unidades corría a cargo de la aerolínea a la que habían sido asignadas; sin embargo, seguían siendo propiedad del aeropuerto como entidad estatal y sólo puestas a consigna de las empresas por periodos concretos. El camión-pipa estaba formado en la línea de venta detrás de unas 33 unidades más viejas y, de pronto, después de un telefonazo del director general de Bravo a la oficina del director general del aeropuerto, pasó a ocupar la primera posición con la instrucción, además, de venderlo rápidamente, lejos de la ciudad y a un particular. Nadie opuso cuestionamiento alguno, las instrucciones fueron giradas y cumplidas con el especial detalle que exigen los que ocupan los puestos importantes.

Este camión-pipa, propiedad del aeropuerto, había sido asignado varios años atrás a Bravo Airlines. El agujero en el techo del tanque debía haber sido detectado y atendido por los técnicos de la aerolínea y supervisado por los del aeropuerto para obtener el permiso de operación. Ni unos ni otros notaron ni reportaron el desperfecto, nadie lo reparó y, meses después, provocó un accidente grave.

¿Cómo sucedió exactamente? Es octubre de 2015. Una noche bastante fría y lluviosa en el Distrito Federal. Estamos en el exterior del hangar principal de Bravo Airlines. El

crecimiento exponencial de *la aerolínea de bajo costo más grande del continente*, como la define su slogan, ha rebasado la capacidad de las instalaciones asignadas por el aeropuerto a sus aeronaves y a los vehículos de servicios aeroportuarios que le han sido entregados a consigna. Desde hace meses se debate en las juntas de consejo el financiamiento conjunto de las labores de ampliación del hangar de Bravo. El presidente de la aerolínea exige que el AICM pague por lo menos 50% de los gastos de construcción, argumentando que se trata de una obra de infraestructura que quedará como patrimonio del aeropuerto en caso de que la aerolínea cierre o mude su base a la nueva sede en Texcoco. El presidente del consejo del aeropuerto, por su parte, considera que los gastos generados por la ampliación del hangar deberían ser cubiertos completamente por Bravo, dado que satisface una necesidad particular que, en estricto sentido, el aeropuerto no tiene. Ambos puntos son aparentemente válidos y las negociaciones están atascadas. Mientras tanto, algunas unidades han tenido que pasar las noches y los días aquí, al aire libre, fuera de la protección del hangar. Por supuesto, el presidente de Bravo ha ordenado a los operadores que las unidades que son propiedad de la compañía —y no las consignadas— sean las que pasen las noches bajo techo. Este camión-pipa que tenemos enfrente, cuya función es almacenar y transportar combustible, es una de las unidades que duermen aquí, afuera.

Meses de lluvia, sol, combustible, otra vez lluvia y otra vez sol, oxidaron las coyunturas del tanque —que tiene la forma de un prisma hexagonal acostado—, en especial una zona de lámina que une el techo con una de sus paredes. El pequeño agujero, imperceptible en medio de la rispidez y el color ocre del óxido, se hizo presente ahí, como un bicho de generación espontánea, como una mariposa negra de la

muerte, sin que nadie lo notara. Durante un periodo de temporada baja, con pocos vuelos y otras unidades funcionando con más frecuencia, la pipa permaneció estacionada ahí donde está. Lentamente, como funcionan los sueros en los hospitales, se fue llenando de agua. La siguiente vez que la pipa se utilizó fue llenada de combustible sólo hasta una cuarta parte de su capacidad. El operador verificó que el medidor de la pipa marcara eso, 2,500 litros, como fue instruido, antes de cerrar la válvula de carga. Lo que ignoraban él y los demás individuos que tuvieron que ver en la carga de combustible de la pipa y, después, del avión en el que viajamos, era que aproximadamente una quinta parte de esa cantidad eran litros de agua.

El trayecto a Veracruz es demasiado corto, de manera que la aeronave no se llenó de combustible a su máxima capacidad. La razón es simple, el combustible también pesa, y más peso en la aeronave significa, de manera paradójica, mayor consumo de combustible: si se viaja con más, se usa más. El piloto y los oficiales en piso lo sabían y mandaron cargar el avión a 75% de su capacidad. El combustible es más denso que el agua, así que la capa de agua en el interior del tanque de la pipa estaba encima de la capa de combustible. En pocas palabras, toda el agua acumulada por la fuga de la pipa fue cargada al avión en lugar de combustible y sólo una parte de la carga fue combustible real.

Ninguno de los dos motores del avión falló por un desperfecto del sistema. Ninguno de los dos se incendió. Simplemente se quedaron sin nada que quemar y se apagaron a medio vuelo. Primero uno, luego el otro. Así de simple. Un agujero en el tanque de una pipa, provocado por haber abandonado el vehículo a la intemperie y esto, a su vez, provocado por una disputa de capital, terminó por derribar un avión y matar a docenas de personas.

Eso es todo.

¿Eso es todo? La realidad es, muchas veces, demasiado simple.

Por mi parte, haciendo aquí un paréntesis, hay algo que no me cuadra, que me brinca y me indigna. No puedo creer que uno tenga que estar en el aeropuerto al menos dos horas antes de que su avión despegue para asegurar que lo abordará. No puedo creer la minuciosidad con la que revisan el equipaje, los cuidados absurdos que se toman, las prohibiciones, los líquidos en botellas de menos de 100 mililitros, la bolsa cerrada con la pasta de dientes miniatura, la pasada bajo el arco, las auscultaciones, la laptop afuera de la mochila. No puedo creer que una hebilla, una moneda de cincuenta centavos o una placa cerebral hagan brincar una alarma. No puedo creer que el asiento deba estar completamente recto para poder despegar. El de todos los pasajeros. Y las persianas arriba. No puedo creer el celular en modo avión, el libro electrónico apagado, el cinturón amarrado y la mesita asegurada. No puedo creer que los pilotos no puedan comer lo mismo para evitar un doble envenenamiento por comida. No puedo creer el grito de *¡grace, grace!* así, en inglés, para advertir a la tripulación que el choque es inminente y que el avión está a quinientos pies del suelo —no entiendo para qué si, en ese momento, ya todos sabemos cuál será nuestro destino—. No puedo creer las manos en los tobillos y la cabeza entre las piernas. No. No puedo creer que una vez después de caído el avión se sigan tomando precauciones exageradas. “Dejen sus cosas atrás”, decía la sobrecarga en las faldas del Pico de Orizaba. Caminaba entre el cascajo humano y los escombros de avión, con un pie descalzo y otro aún enfundado en un tacón lustrado, con el pelo enmarañado y sudoroso y la mente también. Dejen

sus cosas atrás, nos decía, como si pudiéramos movernos de donde estábamos o como si estuviéramos todos vivos. Como si corriéramos un peligro y no acabáramos de transitar el difícil paso de la noción de *peligro* a la de *desastre*. Como si alguien se estuviera poniendo en riesgo por ir a recoger su iPod a un lugar rodeado de fuego, como si lo que necesitáramos en ese momento fueran más instrucciones... No, no lo puedo creer. No puedo creer que haya tales cuidados en cada vuelo pero que nadie haya notado que el combustible estaba menos amarillo o, qué se yo, que olía menos fuerte o que pasaba más rápido. En fin, que nadie revise si lo que se ha cargado a las alas del avión es realmente combustible y no desechos del baño del avión que ocupó esa misma posición en el aeropuerto unos minutos atrás. O que el combustible cargado fuera diferente al que necesita ese avión. Supongo que hay varios, o de diferentes octanajes. Me parece absurdo que se tomen tantas precauciones para algunas cosas y tan pocas para otras que son evidentemente más importantes que apagar el wi-fi del celular durante el despegue.

Pero en fin. Atengámonos sólo al texto de María. A los hechos. La narración describía lo que sucedió esa mañana y es a lo que María le ha llamado *la verdad*, dando por zanjado todo el asunto.

Yo difiero.

Teniendo claros los hechos, la pregunta por la verdad de lo que sucedió parecería desvanecerse. Estoy convencido, sin embargo, de que no se desvanece, de que persiste, porque no equivale a la pregunta por los hechos. Con esto quiero decir que *los hechos* no son *la verdad*, sino acaso una parte de ella.

Trataré de explicarme. Está lo que es, lo que sucede, la realidad o la evidencia —o como queramos llamarle—, sí. Pero esa no es la verdad. La verdad no es la realidad, sino la identidad entre la realidad y lo que se dice sobre ella. La verdad es un juicio. No es el conjunto de los hechos, sino un juicio sobre ellos, un pronunciamiento. Sí, está bien, había agua en el compartimiento de combustible del avión, el agua no hace combustión y los motores se apagaron, el avión no puede volar con los motores apagados, así que comenzó a caer. Los pilotos frenaron el avión lo más que pudieron usando todos los recursos que tuvieron a mano. El avión se estrelló. Pero, ¿eso es todo? ¿No nos falta un juicio más ahondado que el que queda implícito al decir que esto o aquello *es* la verdad? No me convence la idea de que el juicio al que los pensadores se refieren cuando definen la verdad sea una tautología: la verdad es lo que pasó y lo que pasó es la verdad. No. Ahí no hay nueva información, no hay conocimiento. Hay más cosas que decir acerca de lo que pasó, más juicios que emitir. Hay que desdoblar la verdad. Hay que hacer algo.

¿Qué hacemos con ella?

La verdad debe ser —¡por favor, por favor, que sea!— más importante que una simple cronología de hechos. Debe tener consecuencias para que podamos percibirla realmente, entenderla y, en fin, amarla o respetarla. Y las consecuencias de esta verdad específica sugieren otro tipo de juicio —uno que hace mucha falta—, uno legal para los responsables. Para el técnico que llenó la pipa de combustible, para el que llenó el avión con el contenido de la pipa. Para el que estacionó la pipa a la intemperie y no se percató del agujero. Para el supervisor o los supervisores de cada uno de esos responsables.

Para el jefe de ese supervisor y así sucesivamente para todos los eslabones de las cadenas de mando que desembocan, respectivamente, en el dueño de la aerolínea y en el presidente del aeropuerto. Pero ese juicio nunca llegará, así que esa verdad, la que se corresponde —e incluso se confunde, según Platón— con la noción de justicia, en este caso, como en muchos otros, quizá en la mayoría de las situaciones de una vida cualquiera, permanecerá sin suceder.

María terminaba su correo avisándome que, después de haberlo pensado durante varias semanas, había decidido no emprender ninguna acción legal contra la aerolínea, el aeropuerto o alguna dependencia gubernamental (después de todo María estaba en el mismo escalón que yo, no era tan valiente). Buscó la verdad sólo para conocerla, porque María está diseñada para eso. La justicia, en cambio, parecía no preocuparle tanto. Quizás porque no tenía nada que vengar. No perdió el rostro o la pierna. O a su madre. La venganza es el motor más potente de la justicia, quizás el único. Al parecer, para María, ese otro motor también falló.

Reflexioné mucho acerca de todo lo sucedido, desde la perspectiva de quien lo ha dado por concluido, como el que mira hacia atrás la montaña escalada, orgulloso o cansado, me da igual, pero con un punto de vista privilegiado que le muestra la ruta entera. Pensé mucho en la historia, en todas las historias, en sus protagonistas y en sus ramificaciones. Quise reflexionar como lo haría un historiador, buscando un *ethos*, o como un hombre humilde que busca pecados y culpas. Traté de reflexionar como si fuera una persona espiritual o un sacerdote obligado a pronunciar una homilía a los sobrevivientes. Quise entender lo que pasó como algo más que una simple sucesión de eventos. Traté de que cada uno de los momentos

y las vivencias desafortunadas encajaran como piezas de rompecabezas, traté de dejar pasar el tiempo y alejarme para poder apreciar la imagen que se había formado. Pero no. Desde acá, desde el final, no encontré nada más que un montón de piezas maltratadas, juntadas a la fuerza, que no forman ninguna imagen, que no encajan, que no tienen límites y que no son siquiera piezas. Encontré lo mismo que he encontrado cada vez que miro hacia atrás con afán holístico, comprensivo, sistemático, si acaso estas cosas significan algo distinto. Encontré desorden, caos, azar, suerte (mala) y capricho del tiempo y de su percepción. Pensar en lo que pasó, con fuerzas y concentración, fue como despertar a medias de un sueño. Lo mismo veía un avión cayendo que el rostro de la incredulidad de María. Las barreras entre una cosa y la otra eran blandas, casi sensibles, y se derrumbaban sobre sí mismas. No pude distinguir la lección que debía aprender en cada caso o con cada historia. Antonio Martel y su lepra mental, sus lesiones en el alma, su enfoque mesiánico. Las hermosas piernas de Martina flaqueando. Pensé en la caída de todos los árboles y de todos los aviones de la historia. Tuve en mente la cantidad de cuerpos que aún yacen enterrados en las profundidades del mundo. Todas las vidas que han nacido y perecido nada más en la última década. Ya no en miles de años, en cientos de generaciones. Comparé esas cantidades increíbles con las gotas de agua que se filtraron a la pipa, la inmensa pequeñez de ese detalle, de ese agujero, que valió una cantidad de vidas igualmente insignificantes. Un chasquido de luz, de tiempo, de memoria. Las arenas del mar. Reflexionar es tirar una piedra al estanque, mirar las ondas alejarse, distraerse con la idea de la eternidad y luego tratar de encontrar otra vez el centro. Una vez perdido es a cada instante más difícil localizarlo, cada vez las ondas están más lejos y menos presentes. Y la piedra

cada vez está más abajo, más en el fondo, hasta que llega a tocar el suelo para confundirse con otros cientos de miles de piedras iguales. Y desaparecer. Primero de nuestra memoria, luego de la superficie del fondo, luego de la tierra y al final de la existencia. Como nosotros.

¿Qué significa haber estado adentro de un avión caído?  
¿Qué significa haber sufrido el momento previo a la muerte pero no morir? ¿Qué significa haber tenido que adaptar mi manera de vivir y de relacionarme con el mundo a la nueva forma de mi cuerpo después de ese accidente? ¿Qué significa perder un trozo de cuerpo?

No lo sé.

¿Nada?

¿Eso es lo que me quedó? Así me nació escribirlo ahora que pretendo cerrar la historia. Este ejercicio de escritura me ha servido para darme cuenta de qué es lo que traigo en la cabeza cuando pienso en el accidente, qué es lo que me quedó ahí para siempre, como enseñanza. No, no son máximas de vida, no son dudas del porvenir o del pasado, del origen del ser humano o de su destino después de la muerte. No pienso en Dios o en los ángeles o en el curso de la naturaleza ni en las causas últimas de la vida. No. Pienso en las causas inmediatas, en lo estúpido que me resulta tomar precauciones mínimas cuando lo que se hace al volar en avión es retar a la naturaleza, llevando una cosa que es del tamaño de un edificio hasta los 30 mil pies de altura y de un continente a otro, cruzando los mares. Sí, eso sucede, lo tenemos absorbido como la realidad del mundo, como consecuencia de un avance tecnológico interminable y voraz, y lo damos por sentado, pero no deja de ser inverosímil. Ahora, mientras escribo esto sentado junto a la ventana de mi departamento en el piso 6, veo pasar un

avión. Lo miro desde acá y me imagino a las 150 personas que van ahí dentro, leyendo o distraídas, sin pensar que están a bordo de una casa voladora, encima de una ciudad. Sólo se preocupan por enderezar su asiento, abrochar su cinturón, asegurar su mesita.

Miro lo que escribo. Ahora debería estar dictándole a los lectores una conclusión que levante su ánimo, que les haga recomendar este libro a sus amigos tristes o solos, que les haga sentir que deben aprovechar cada instante de sus vidas antes de que un avión se caiga con ellos a bordo o, peor, que caiga sobre su casa o que no sea un avión sino un piano. Eso. Eso debería estar escribiendo en estas páginas finales, pero no. Las conclusiones a las que llego son de orden más rupestre. No pienso que deberíamos aprovechar más el tiempo que tenemos por delante, tampoco que deberíamos estar cerca de nuestros hijos o llamar a nuestros padres de vez en cuando. Tampoco concluyo que la justicia es una zorra escurridiza, sobre todo en México y en especial cuando hay una empresa influyente a las puertas de un escándalo. No, mi conclusión es de breve alcance: dejen de joder con quitarnos los zapatos en el filtro de los aeropuertos.

¡Qué canalla!

Soy de corto aprendizaje. Pero hago el intento una vez más. Trato de encontrar ahí debajo un descubrimiento más importante. Repaso todo lo que he referido en este texto, la estructura, los puntos de vista. Cada uno, según yo, entregado a pensar que el mundo se rige por unas reglas y no por otras y, por tanto, cada uno asignando una explicación y unas consecuencias diferentes a un mismo hecho. ¿Quién está en lo correcto? ¿Cuál de todas esas interpretaciones de los hechos es la verdadera? ¡Eso, eso! Encuentro ahora un hilo para

desenrollar este nudo de historias sobrepuestas. ¿Buscaba la verdad en su acepción de *juicio sobre los hechos*? ¡Pues la he tenido delante todo el tiempo! Cada quien ha hecho un juicio sobre los hechos, ha desarrollado una posibilidad de la verdad y se ha aferrado a ella para explicarse el mundo, explicarse el ahora y entender al fin su propia situación en esas dos categorías. Qué simple es encontrarse: sólo hace falta creer. Qué horrible, por otra parte, la condición humana, que se ve obligada a adherirse siempre a una creencia después de haber visto cómo la mayoría de sus creencias anteriores terminó por fallarle.

Horrible pero qué simple.

Podría ser verdad —empecemos aquí— que Martina tiró nuestro avión a fuerza de pensamientos negativos, que el poder de su mente atrajo la desdicha. Un gran poder —dice el personaje sensato de casi cada cómic de superhéroes jamás escrito— conlleva una gran responsabilidad. *Ten cuidado con lo que deseas*, dicen también que dice la gente en Oriente. Podría ser verdad. Sí, *podría*. La clave está en el pospretérito. Sabemos que la causa técnica del desplome fue el agua en el compartimiento del combustible, de acuerdo, pero no sabemos exactamente cómo habría de actuar el destino si fuera movido por la fuerza de nuestros pensamientos. Es decir, desde dentro de la óptica de Martina no hay una contradicción entre los hechos y lo que ella clama como verdadero. Quizás, como en las tragedias griegas, el deseo y el pensamiento no son tan burdos y, antes bien, actúan con sabiduría sobre algún detalle que desembocará, después de varias vueltas y giros de la trama del mundo, en lo que se desea. Los pensamientos, diríamos parafraseando algún pasaje bíblico, podrían actuar de maneras misteriosas. Martina quería que Marcelo Souto

muriera, quería venganza, pero su pensamiento no puede hacer que el hombre muera así nada más, que se le detenga el corazón o que simplemente caiga en el suelo como si lo hubieran desconectado de la Matrix. Si la reacción generada por la acción de desear fuera tan directa y evidente, *El secreto* no sería una máxima escondida en un libro de autoayuda, sino una ley, como las de Newton. En cambio así, si logras que la gente ignore la forma en la que sus deseos afectan el desarrollo del mundo pero la convences de que efectivamente, si son perseverantes, lo afectan, tienes en las manos una filosofía de vida que puedes vender a millones de lectores, en todos los idiomas, sin tener que dar demasiadas explicaciones. Ronda Byrne —la autora de *El secreto*— es evidentemente más genial que la mayoría de los escritores candidatos al Nobel juntos.

Concluyo esta idea: no estoy en condiciones para negar la verdad de la versión de Martina. No se contrapone con los hechos y termina, a su manera, por explicarlos. Usó el poder de su mente —o, para ser más específicos, el flamante conocimiento acerca de los poderes de su mente— para hacerle daño a una persona. No podría haberse enterado de que el efecto específico de su pensamiento fue, quizás, la distracción del personal del aeropuerto al llenar el tanque del avión. O quizás más atrás, fue la discusión definitiva que trabó las negociaciones para ampliar el hangar de Bravo. O quizás fue el incremento del volumen de agua que se precipitó en la zona del aeropuerto durante los días que la pipa estuvo a la intemperie. Pudo ser incluso algo de carácter más sobrenatural: que uno de sus pensamientos negativos sobre el señor Souto, el que terminó de llenar el recipiente de pensamientos negativos que exige el destino para actuar, haya hecho brotar de la nada un hoyo en el tanque de la pipa. No lo sabremos jamás. Lo que sí sabe hoy Martina es que Souto está muerto. Pongámonos un

momento en sus zapatos. A mí, como creo que se ha notado, me parece completamente estúpido pensar que *el secreto* es algo real. Pero partamos de alguien (Martina) que sí lo acepta. Con esa creencia como la forma del recipiente, vertamos ahora los hechos: ella piensa cosas horribles sobre Marcelo Souto porque lo odia. Le desea la muerte. Unas semanas más tarde, sea por la razón técnica que sea, el avión en el que viaja ese hombre se desploma desafiando la solitaria probabilidad que tiene de hacerlo entre nueve millones. Para ella, como para todos nosotros si tuviéramos esa creencia como punto de partida, resulta evidente la causa profunda del avionazo: Martina tiró el avión. No hubiera deseado que tantas otras personas murieran también, pero ella no puede controlar la forma en la que el destino traza la ruta para llegar al punto que le ha propuesto. Por eso decía lo de la gran responsabilidad y lo de cuidar los objetos de nuestros deseos. Ella debe estar consciente de todo eso. Y debería estar destrozada por las consecuencias de sus pensamientos criminales. Eso, sin embargo, es un tema aparte que no corresponde analizar ahora. Convengamos al menos en que aquello que Martina cree que es la verdad bien podría serlo, y que la única diferencia entre quienes afirmarían rotundamente esa verdad y quienes no lo harían —aun sin poder negarla por falta de evidencias que la contradigan— es una creencia previa diferente.

Como la de Antonio Martel.

Él está convencido de que hubo providencia divina —por divina entendamos del dios cristiano— en el incidente del avión. Antes, durante y después de la caída. Está convencido de que hay providencia en todos los actos de su vida y en los de todas las vidas del mundo, incluyendo las que transcurren al margen de Cristo. Las vidas de poco más de 50 personas estuvieron en juego, desde su perspectiva, tan sólo para que

Dios pudiera darle a él una lección. Algunos murieron, otros no. Algunos perdimos un miembro, alguien más perdió el rostro y más de veinte perdieron la vida. Familias enteras sufrieron esas pérdidas, no sólo los muertos. Y Antonio cree, en el fondo, que Cristo ha querido mostrarle con esa grandeza terrible, me refiero al tamaño de la desgracia, el camino de la salvación. Quizás no sólo a él, sino también a los otros sobrevivientes, a los familiares de los muertos, al mundo entero que ha leído y seguido las noticias en la televisión. Está convencido de que la catástrofe, justamente cuando más se le puede achacar al azar o a la probabilidad, es la manera que tiene Dios de comunicarse con el mundo, con el hombre. Con él.

Recuerdo a Martel sentado en una silla el día de la conferencia diciéndome que sí, que estaba consciente de que Dios trató de decirle algo específico a él y, quizás, también a mí. Lo recuerdo llevándose triste y lentamente el tenedor a la boca mientras mandaba sus ojos lejos a tratar de recuperar una respuesta que se le había escapado. La respuesta a su futuro. ¿Qué seguiría después de este punto? Para él, la verdad no se reduce tampoco al agua en el tanque de combustible. Como Martina, ese hecho era sólo la forma en que la voluntad de alguien se había manifestado. Desde la perspectiva de ella se trataba de su propia voluntad, desde la de Antonio era la voluntad de Dios todopoderoso, que actúa siempre y a toda hora. Es y será lo que dios quiera, dice la gente como Antonio. Estamos hablando de un determinismo integral, una creencia constringente, ante la que la Iglesia católica ha tenido que luchar a lo largo de los años. Hablamos de ese cajón de la libertad que los jerarcas y los padres de la Iglesia se han empeñado en matizar y decorar de tal manera que parezca que una de sus paredes no existe. Hacer convivir la voluntad del ser supremo —que ocupa todo el conjunto de lo posible— con la libertad y la voluntad

humanas no es una tarea sencilla. Antonio lo cree factible, sin embargo. Y real. Y como a todo lo que no puede explicarse porque es contradictorio, le achaca el nombre de misterio. Cree que la voluntad divina acompaña a la humana, la guía, la permite, la tolera y, de alguna manera, la deja ser, aunque al mismo tiempo la sobrescriba, la borre, la contravenga y la aplaste. Como sea que funcione la valoración que hace un individuo de un axioma tan problemático y brumoso, una vez aceptado se convierte en una creencia que subyace en el fondo del alma, con la forma específica que recibe el líquido de los hechos explicándolos instantáneamente, de la misma manera en que el agua toma la forma del tarro el que se vierte.

Por las razones que se arguyeron cuando analizamos lo que llamaremos *escenario Martina*, el *escenario Antonio Martel* puede también convivir con los hechos en una armonía tan perfecta, que termina por explicarlos con una mayor profundidad. Termina por ofrecerles —sin contradecirlos— una explicación, que los cristianos suelen llamar la *dimensión sobrenatural* de los hechos. En ese sentido, la conclusión de Martel es también la verdad, al menos desde una perspectiva. Y podemos decir aun que se trata de una verdad hermosa, en tanto que pudiera convivir no sólo con los hechos, sino con otro tipo de explicaciones de carácter más científico y metafísico pero menos integral. Puede convivir casi con cualquier otra teoría o manera de entender la realidad sin chocar con ellas en ningún punto. Y por eso, no por ninguna otra razón, es también una verdad fuerte y potente.

Hasta este punto, sin embargo, la única diferencia que se ha ofrecido entre la creencia de Martina en *el secreto* y la de Antonio Martel en la providencia ha sido de carácter estético: ambas son creencias que en algún momento Martina y Antonio adoptaron porque pensaron que eran más atractivas que las demás. Así de simple.

Y entonces recuerdo a Silvia. ¿Cuál es el *escenario Silvia*?

Para ella el accidente tiene también un sentido ulterior. Tiene una causa que va más allá de las explicaciones técnicas. Mucho más allá. Muchísimo. El fluir de la energía, el camino que lleva el universo de la unidad a la diversidad y de vuelta a la unidad absoluta. El paso de ese gran trozo de energía que es cada vida por el cuerpo que le ha tocado en suerte. El paso de una vida anterior hacia esta y de esta hacia una posterior. ¿Qué significa, frente a la eternidad, frente a la infinidad de vidas pasadas y futuras, frente a la unidad que niega la individualidad, un evento como el accidente del avión? Lo mismo que un grano de arena comparado con toda la arena del mundo, incluyendo la de los desiertos, la de las playas y, sobre todo, la del fondo de todos los mares. Nada. No significa nada. Veintinueve muertes significan veintinueve saltos de un alma a otro cuerpo, veintinueve pasos dados de la multiplicidad hacia otra multiplicidad menos numerosa, cada vez más pequeña, cada vez más unitaria.

Silvia entiende las catástrofes que le han caído encima como promesas, el sufrimiento y la derrota como oportunidades de mejores vidas futuras. Yo me imagino que desde el inicio de los tiempos o, mejor dicho, desde que el hombre comenzó a reflexionar sobre la muerte, existe la postulación de vidas posteriores. Me parece algo natural —me refiero al deseo de no desaparecer, al miedo del hombre hacia la aniquilación absoluta—. Debe ser algo que viene impreso en nuestra naturaleza, románticamente entendido como un deseo de trascender, pero quizás más un instinto nacido a puro fuego del miedo. La visión de Silvia no es diferente a casi ninguna religión, por más que los españoles de Xoxafi hayan evitado a toda costa usar el término *religión*. De hecho es una adaptación libre y mezclada de ciertas partes del budismo, de

algunas creencias egipcias, de otras estoicas, de algunas griegas e incluso de algunas de culturas americanas prehispánicas.

Hay una diferencia muy clara con las creencias de Martina y Antonio, sin embargo: Silvia no busca que su voluntad o que la voluntad divina se impongan. Ella lo que quiere es seguir su camino hacia la unidad del ser y olvidarse cuanto antes de todo lo que le suceda en este mundo, en esta vida, en este momento. Ha dado un significativo paso hacia el abandono y eso es, precisamente, lo contrario a la voluntad y lo contrario también a la imposición. Lo interesante, al menos para mí, sería descubrir cómo se refugió Silvia en esas teorías que aprendió en las cabañas monásticas. ¿Cómo llegó Silvia a ese escenario? ¿Cómo ha de prepararse un espíritu, a fuerza de madrazos, para volverse tan receptivo? Lo que más me impresiona de la actitud impasible de Silvia, cuando miro a través de esos vendajes de piel que le desfiguran la cara e intento encontrar el brillo de sus ojos, es la manera en que asumió el concepto de la culpa. La manera en que se agachó tan abajo que está dispuesta a que le suceda cualquier cosa, por más injusta que parezca. Todo lo que le ha pasado se lo merece por algo que hizo antes, en otra vida. Convenientemente, como funciona toda religión (a la manera de un engaño para la sumisión), ha olvidado lo que hizo. El olvido, sin embargo, no la exime del castigo, y eso lo sabe ella y lo ha de saber el verdugo. ¿Quién es el verdugo de Silvia?

La culpa es un cristal. Silvia mira y entiende la realidad a través de ese cristal. La naturaleza, la *physis*, el devenir, le prepararon el camino. La fueron preparando para la desgracia de perder el rostro.

Una vez más, aunque no haya voluntad —o no haya un sujeto específico que la manifieste, porque la voluntad del destino sigue siendo voluntad, acaso del ser—, encontramos

imposición. Y una vez más encontramos compatibilidad. De los hechos con la voluntad de Martina, con la de Dios y, ahora, con el devenir del ser en su camino a la unidad. Todo puede ser verdad, nada se contradice, nada se anula.

Queda un escenario por mencionar, el más sencillo, el *escenario María*. Me parece nada menos que consecuente el hecho de que sea sencillo. La ciencia, desde la postulación de la navaja de Ockham, se ha arrimado y ha preferido siempre, para entender las causas y los efectos de un evento, la explicación menos enmarañada. *La explicación más simple y suficiente es la más probable*. Los científicos son buenos sabuesos, detectives implacables que han dejado el alma en otra gabardina en el perchero de su casa.

La explicación de María, ni qué dudarlo, está contenida en el correo que me envió. Para ella no hay sino una sucesión de hechos. Esto causó aquello. Aquello causó esto otro, y así sucesivamente. En ocasiones, cuando los científicos andan de manga ancha, pueden llegar a aceptar explicaciones de carácter más psicológico para entender los efectos de la libertad humana. Pero esas explicaciones no dejan de ser simples o, en el peor de los casos, simplificadas a la fuerza, como hacen los malos periodistas cuando tienen que llamar la atención sin perder claridad. El ejemplo más próximo es la manera en que se explicó el avionazo de Germanwings. Andreas Lubitz, el piloto, estaba muy deprimido y decidió suicidarse. Punto. Eso dijeron: causa, entonces efecto. Claro, directo, sin mayores rodeos ni complicaciones. El veredicto fue corto y ya después los medios se encargaron de aderezarlo con fotografías sacadas del Facebook en las que Andreas lucía triste, sombrío o melancólico. Nunca vimos aquella otra donde abrazaba feliz a sus familiares con una bebida veraniega en la mano derecha.

Nadie se preguntó quién tomó esa foto en la que aparece corriendo con audífonos blancos, quién estaba tan cerca de él en ese momento. La explicación más simple es la que tomaron como verdadera y después acomodaron y publicaron las partes de la realidad que abonaban a favor de esa teoría y soslayaron las que no.

En la película *Magnolia*, de Paul Thomas Anderson, justo al principio, se narran algunos casos policiales extraños en los que no existió ninguna explicación sencilla y, por tanto, se dificultó mucho la resolución. Son historias reales. Una que recuerdo —espero recordarla bien— es la de aquel niño que decidió suicidarse tirándose de la azotea de su edificio. Él ignoraba, sin embargo, que al estar en remodelación la fachada del edificio se había colocado una red de seguridad por si algún albañil caía por accidente al vacío. Esta red le hubiera salvado la vida de no ser porque, al pasar por fuera de la ventana de su propio departamento en el tercer piso, una bala de escopeta le reventó el vientre. El niño cayó en la red de seguridad y murió por el balazo. En efecto, su madre estaba disparándole un escopetazo a su padre —y errando el blanco— en el exacto momento en que él pasaba cayendo por afuera de la ventana. La explicación de su muerte es bastante retorcida. Pero esperen, que hay más. Los padres del niño solían pelearse muy a menudo —una de las razones por las que el niño había querido suicidarse—, y a veces llegaban a amenazarse con palos y aun con la escopeta de la casa. En un afán por provocar la muerte de su propio padre, el niño cargó la escopeta de la casa —que casi siempre permanecía sin cargar—, esperando de que en la siguiente pelea la madre disparara al padre accidentalmente en medio de sus amenazas. Casi lo logra. Lo que logró, sin embargo, fue su propia muerte. El niño fue, pues, cómplice de su propio asesinato. Una forma muy

extraña e involuntaria de suicidarse, ¿no es así? Ahora bien, si para este caso no hubiera habido testigos, la explicación más sencilla, aunque quizás también un tanto complicada, probablemente hubiera sido otra, y las cosas se habrían explicado falsamente sin que nadie lo notara.

¿A dónde voy con esta referencia? Estoy intentando demostrar que la navaja de Ockham es también una creencia. La realidad rebasa muchas veces la observación y, por tanto, hay veces que entre las hipótesis que se lanzan para explicarla —aunque se atienda a la sencillez, a la brevedad y a la posibilidad— no está la que verdaderamente explica los hechos.

Las creencias son apuestas. Hay unas más factibles que otras pero ninguna es cien por ciento segura. El propio concepto de *apuesta* da cabida a que haya al menos dos posibles resultados, de manera que, aunque no tengan la misma probabilidad de suceder, comparten la posibilidad, y sólo sumadas llegan al cien por ciento. La ciencia, a partir de Ockham y con un gran impulso del método científico y la disciplina de la estadística, es también una creencia: la creencia de que la hipótesis más segura no es una apuesta, sino un hecho. Es la creencia de que las explicaciones de los fenómenos son verdaderas mientras no se demuestre lo contrario. Es la creencia de que las cosas se explican mediante la *corroboración* de una teoría y no mediante la *falsación* de todas las demás.

¿Es cierto esto que afirmo? ¿O en qué se diferencia, realmente, de las otras creencias que analizamos antes? ¿No está María creyendo en la explicación más sencilla, la de corte físico, de la misma manera en que Antonio o Martina creen en su propia explicación?

Es una cuestión terrible. Una discusión tristísima.

Una tarde Martina y yo, exhaustos, fumábamos echados en su cama. Estábamos desnudos y compartíamos el mismo

cigarro. Afuera llovía, lo recuerdo. Mirábamos la calle a través de la puerta del balcón que estaba abierta. Las cortinas se abombaban hacia nosotros en intervalos breves. La lluvia había mojado parte del piso de la entrada, pero a Martina parecía no molestarle la invasión. Después de un buen rato de silencio me dijo: *la ciencia me da ternura*.

Me quedé mirando su perfil. Parecía muy concentrada en ese pensamiento, tenía la mirada perdida muy lejos, quizás ya mojada por la lluvia. Se veía hermosa. Permanecí callado. Quizás ella pensó que mi silencio ponderaba la profundidad de su observación, pero no. Más bien estaba fingiendo concentración para evitar lo que se adivinaba como una de esas discusiones largas, estériles y terribles que terminan con insultos y mala leche. A mí me da ternura la pseudociencia, pensé. Tú pseudociencia. Pero ahora, después de reflexionar sobre las valoraciones que damos a los hechos, entiendo mejor el sentido de lo que me dijo aquella vez. Toda la soberbia y la pedantería que contiene esa frase, que me provoca un ardor de estómago que podría confundirse fácilmente con el sentimiento del odio, es precisamente la actitud que toma la ciencia ante estas otras posibilidades de la verdad. Es la actitud que tomo yo, que ha tomado el mundo occidental a lo largo de la historia. Somos seres diferentes, Martina y yo. Y María y Silvia y Antonio. Y aquí cabe también, dentro de la complejidad de esta taxonomía, mi padre. No sólo somos individuos diferentes, sino casi casi especies diversas, clanes o tipos de seres humanos completamente apartados uno del otro. Unidos, no obstante, en una realidad dolorosa y permanente: nuestra propia ignorancia.

A todo esto hay que añadir otra posibilidad: que ninguna de las hipótesis, de los *escenarios*, haya dado en el clavo. ¿Qué

pasaría, por ejemplo, si años después nos enteráramos de que el avión derribado fue un atentado terrorista no reivindicado? ¿O que, a pesar de que el avión podría haberse quedado sin combustible, antes de que eso sucediera otro sistema falló? Todos los datos que hemos bautizado como *explicaciones* se derrumbarían y comenzarían a reconstruirse en otro sitio para sostener otra conclusión. Es lo que algunos llaman un cambio de paradigma. Antes de Copérnico se pensaba que el Sol giraba alrededor de la Tierra, y ese modelo, dibujado y proyectado con lujo de detalle, con una medición exacta de la órbita del sol que explicaba a la perfección las cuatro estaciones del año, era tomado como el verdadero. Todos los experimentos que se realizaron para demostrar la teoría geocéntrica —variaciones de las sombras, duración exacta de los días, proyecciones delicadas de temporales y climas— reforzaron la hipótesis hasta coronarla tácitamente como ley, como rey, como explicación última de la forma del universo. Siglos más tarde el científico cracoviano demostró, a partir de los mismos experimentos, que la hipótesis heliocéntrica también se sostenía y, peor aún para los científicos de la época, explicaba algunos otros misterios más. La humanidad entera decidió entonces cambiar de creencia. Esta nueva teoría es mejor, dijeron, y reconstruyeron su mundo a partir de ese nuevo modelo. Mataron al rey anterior y coronaron a este nuevo, sin detenerse a pensar que la ciencia entera tembló con el nuevo rey, que Copérnico demostraba, más allá de que el Sol estaba fijo y que la Tierra no, que la ciencia era falible. Demostró a un mismo tiempo que el hombre no es el centro del universo y que la ciencia no se contrapone a la creencia, sino que es una más de ellas.

Todo eso sucedió hace cinco siglos y aquí estamos aún, tratando de salvar a la ciencia del infierno de las creencias.

Tratando de salvar las creencias del infierno de la ciencia. Tratando aún de separar esas dos formas de relacionarnos con el mundo para así negar una realidad más dolorosa, que ni los *creyentes* ni los *científicos* quieren aceptar, que ningún ser humano ha querido aceptar: nuestra puta ignorancia.

¿En qué momento le dimos tanta importancia al saber? ¿En qué momento la verdad se volvió el rubí que todos queremos tener, que todos pensamos que sabríamos cuidar, pero que nadie ha podido siquiera acercarse a observar para decidir si es legítimo o apenas una imitación bien cortada? Maldita sea. Estamos tan lejos de la verdad.

Estoy tan lejos de la verdad. Y tan sumido en la mierda.

Tengo que confesar que en algún momento del camino me convencieron de que el accidente me había cambiado. Me hicieron creer que si no notaba el cambio que había sufrido mi espíritu al rozar la muerte no significaba que no lo hubiera sufrido, que más adelante aprendería, quizás, a notar los efectos del cambio, poco a poco, felizmente. Me convencieron de que esos cambios, además, eran maravillosos... Lo creí sin entender lo que me estaban diciendo, como los feligreses aceptan y creen los misterios de sus propias religiones. Como los científicos creen que los resultados de sus experimentos sostienen su hipótesis. Con esa misma ingenuidad que, ahora lo veo tan claro, es una de las características humanas más comunes.

Toda mi vida he estado esperando a que algo suceda, un hecho fundamental, una convergencia de variables que modifique el curso de la monotonía de mi vida, que la dote de sentido. Cada vez que me pongo a pensar en lo que quiero hacer con mi vida miro hacia el futuro. Una vez que pase esto, haré aquello. Una vez que haya concluido este proyecto, podré

dedicarme a aquel otro que he venido aplazando toda la vida. Siempre, siempre, mi futuro está más preñado que mi pasado. La posibilidad desborda la historia, el *hubiera* excede infinitamente el *es* y el camino que queda por delante es mucho más largo que el que tengo detrás. Así veo mi vida, como un camino largo en el que allá, a lo lejos, se ven muchas bifurcaciones, pero nunca llego a ellas. Permanezco en el camino que tengo bajo mis pies, sin opción, esperando, esperando. Cada vez que miro al frente tengo la esperanza de que el panorama haya cambiado, que las salidas del camino central, las bifurcaciones, estén más cerca. Pero siguen allá, detrás del murete, temblando como el agua de un oasis imaginado. Cada vez que miro hacia atrás tampoco percibo mucho. El camino es muy breve y está completamente escondido en la penumbra.

Ahora ha sucedido algo, el evento fundamental. ¿O no? ¿Cuántas veces ha sobrevivido usted a un avionazo?

Después de haber intentado explicar lo que me sucedió, después de tratar de ser objetivo, de ofrecer a cada postura los beneficios de la verosimilitud y de la posibilidad, me encuentro exactamente en el mismo lugar que antes de hacerlo. Quizás no he explorado varias formas de explicar una misma realidad. Quizás he explorado más bien la posibilidad de que haya varias realidades coexistiendo una encima de la otra. Quizás todo es verdad al mismo tiempo. Quizás el mundo entero es un avión que cae, constantemente, eternamente, lleno de muertos potenciales y muertos en acto, todos cadáveres si se nos mira de cerca con un mínimo sentido cronológico. Quizás cada uno es el desastre de su vida, un avionazo, una muerte tranquila en un sillón, un balazo en la nuca. Cada vida es igualmente dispensable y accidental. Un accidente de avión no es más raro que un juego perfecto en el beisbol de las grandes ligas. Nada es tan raro. Todos los días suceden cosas que

*a priori* habríamos catalogado no sólo como infrecuentes, sino como poco menos que imposibles o, de plano, como locuras inimaginables. El mundo y el tiempo son tan vastos, más este que aquel, que llenan por completo el conjunto de lo posible. En un tiempo infinito no hay cosas que no puedan suceder. Cada día pasa lo impensable y ahí estamos todos, leyendo los diarios, rascándonos las cabezas, llorando nuestras lágrimas. No. La frecuencia con que sucede lo imposible es la grieta desde donde comienza a rasgarse el velo, a desquebrajarse el modelo de mundo en el que habíamos decidido vivir. Somos un chispazo de eternidad, ¿no es cierto? ¿Qué sucederá con Silvia y con María? ¿Qué con Antonio y qué conmigo? Poco a poco, unos antes que otros, moriremos. De la misma forma en que morirán todos los seres humanos, incluso los que no han comenzado a existir. El mundo no cambió con nuestro accidente como tampoco cuando el avión alemán cayó. El mundo no ha cambiado nunca, ni con las guerras mundiales ni con Napoleón. Ante la eternidad ningún hecho es importante, ni siquiera anecdótico o estadístico.

Ahora, meses después, me descubro una vez más esperando a que suceda algo con mi vida. Algo radical, importante, un evento fundamental. Quiero que algo me saque de aquí, de esta realidad que arrastro, igual que antes, pero ahora con una sola pierna. Quizás la gran enseñanza es esa, que la sensación constante de que algo que nos cambiará la vida por completo está por suceder es el rasgo más humano que tenemos. Quizás eso explique nuestro histórico, enfermo afán por las historias, por las predicciones y por las profecías. Quizás ese mismo rasgo, esa esperanza continua, fue lo que me llevó a escribir este texto. Quizás esa sensación —definida psicológicamente con el término *ansiedad*— es la forma en que decidimos

disfrazar el sentimiento que yace debajo, que nos avergüenza y que nunca quisiéramos confesar, nuestra verdadera inclinación: la búsqueda constante de la muerte.

Todos, absolutamente todos, de alguna manera o de otra, somos sobrevivientes. Día tras día tras día, hasta que, de pronto, dejamos de serlo.

## DESPUÉS DE MATAR

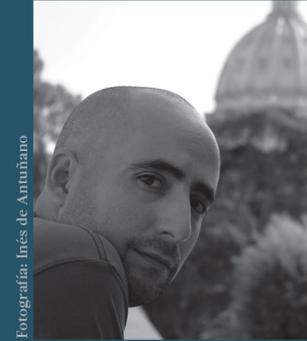
### AL OSO PARDO

de Josemaría Camacho Sevilla, se terminó de imprimir en agosto de 2017 en Cigome S.A. de C.V. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Ma. del Socorro Zepeda. Formación y diseño: Mayra Flores Mercado. Diseño de portada: Ángel Esquivel López.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA





**JOSEMARÍA CAMACHO SEVILLA.** Nació en la Ciudad de México en 1979. Estudió filosofía clásica. Fue director creativo de varias agencias de publicidad nacionales e internacionales. Ha colaborado en diversos medios de comunicación, entre los que destaca el Canal Once, del IPN. Actualmente trabaja en el desarrollo de un proyecto cultural independiente y es socio de Delicatessen, estudio creativo. Ganó el Primer Concurso Nacional de Cuentos sobre Fútbol de Ibbby México en 2011. Ha publicado los libros de cuentos *Imagine un pez*, Foc, Barcelona, 2013, *Los que hablan a gritos*, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2015 y *La ficción que nos precede*, Abismos Casa Editorial, 2017. También es autor de la novela *Interruptus*, Luzzeta, 2016. Colabora en diferentes publicaciones, entre ellas *VozEd* en Madrid y *La Tempestad* en la Ciudad de México.

**ILUSTRACIÓN DE PORTADA: INÉS DE ANTUÑANO** (Ciudad de México, 1982). Maestra en Diseño y Comunicación Visual por la UNAM. Trabaja como diseñadora e ilustradora independiente. Su obra ha sido seleccionada en repetidas ocasiones en el Catálogo de Ilustradores de la Secretaría de Cultura y en el Concurso Nacional de Cartel Invitemos a Leer.

# DESPUÉS DE MATAR AL OSO PARDO

Convertirse en sobreviviente de un avionazo no es una victoria sobre la muerte sino una confusión, un sinsentido. Los 27 pasajeros supervivientes del vuelo 405 de Bravo Air, desplomado cerca del Pico de Orizaba a finales de 2019, se convierten de pronto en *héroes*, cuando lo único que habían logrado, por mero accidente del destino, era subsistir sin empeñarse en ello. Marcial, el protagonista de esta novela, piensa que el trato que le da la gente después de la tragedia es como si hubiera matado a un oso pardo, es decir, como si hubiese realizado un acto épico. Lo único que ocurre es que la vida ya no es igual ni para él ni para los otros 26 afortunados. Por eso, después del episodio que registra la peripecia aérea, narrada por Marcial, más los días de hospitalización, la pierna que le han amputado, las pérdidas, la mitad del rostro estrellado de una hermosa mujer, la zozobra de todos, cada uno intentará explicarse por qué no murió.

*Después de matar al oso pardo* es una novela salpicada a ratos de humor, de una narrativa poderosa que escoge un terrible acontecimiento para crear un discurso filosófico. Los personajes terminan por representar conceptos: la mujer presa de la omnipotencia de ideas, la científica que investiga las causas de la caída del avión, aquel que piensa que Dios le ha dado la oportunidad de pagar sus pecados, etcétera, mientras Marcial discurre que la fatalidad resulta tan accidental como un juego perfecto de beisbol y que la verdad es una interpretación de datos.

Démosle la bienvenida a una historia muy bien contada y neo-existencialista. Finalmente, *habemus* una novela de ideas.

Anamari Gomís

SDC

